

John Berger

King

Traducción
Pilar Vázquez

ALFAGUARA



«y un horizonte de perros ladra muy lejos del río.»

FEDERICO GARCÍA LORCA

6 a.m.

Me muero por intentarlo. Oigo estas palabras entre sueños y me sale un arrullo de paloma del fondo de la garganta, donde el gaznate se junta con la nariz. Esa parte que se seca cuando tienes miedo. Me muero por intentar llevaros a donde vivimos.

La M-1000 es la salida norte de la ciudad. El tráfico es continuo, día y noche, excepto cuando hay un accidente o cuando la bloquean los trabajadores en huelga. A unos doce kilómetros del centro y a cuatro de la costa hay una zona en la que nadie se para salvo que se vea obligado a hacerlo. No porque sea peligrosa, sino porque ha sido olvidada. Incluso quienes se detienen un momento olvidan inmediatamente su existencia. Está despoblada, pero es una buena extensión de terreno. Te llevaría una media hora rodearla corriendo. Dicen que van a construir en ella el estadio más grande de la historia, con capacidad para cien mil espectadores. El siglo que viene se podrían celebrar aquí las Olimpiadas. Otros dicen que tiene más sentido construirlo al este de la ciudad, más cerca del aeropuerto principal. Los especuladores, dice Vico, apuestan por ambos emplazamientos. El nuestro se llama Saint Valéry; y allí nos dirigimos.

El tráfico de la M-1000 es criminal. Procuero no salirme del arcén. Sólo hay que llegar hasta la gasolinera Elf, donde huele a carburante de muchos octanos; un aroma de diamantes. ¿No sabéis cómo huelen los diamantes?

Hace un mes una banda de chavales rociaron con gasolina a un viejo que dormía en la calle, detrás de la Estación Central, y luego le aplicaron una cerilla. Se despertó en llamas.

Una muerte de hereje.

¿Qué cojones quieres decir? El pobre cabrón no distinguía una mezquita de una catedral.

Tal vez su herejía era que no tenía dinero.

Al llegar a la gasolinera bajamos un desnivel que termina en el descampado donde un día levantarán el estadio olímpico. No existen palabras para describirlo, porque es un erial sembrado de fragmentos de desechos, y en su mayoría no tienen nombre.

Ha terminado el invierno; y ya es primavera. Las noches son todavía lo bastante frías para hacer tiritar a un cuerpo poco abrigado, pero ya no matan. ¡Haber sobrevivido otro invierno! Todo está brotando. Los rábanos de Vica están saliendo bien. El plástico que les puso Vico ha ayudado, pero lo fundamental ha sido el mantillo que robamos. Vica se llama Vica porque vive con Vico.

El terreno se utiliza de vertedero de chatarra. Camiones estrellados. Radiadores partidos. Lavadoras destripadas. Cortadoras de césped oxidadas. Frigoríficos desvencijados. Fregaderos rotos. Hay también matojos y pequeños arbustos, y algunas flores duras, como ojos de perdiz y lenguas de perro.

Eso de ahí es mi montaña. Cuando hace treinta años tiraron la antigua edificación, emplearon un peso pendular y un cable. El edificio no fue aplastado, sino derrumbado. Así que la montaña de escombros es fácil de escalar.

Quando llego arriba ladro por sistema. Y luego los otros sonidos se hacen más nítidos: unos niños jugando en Ardeatina Street, una golondrina avisando a otra de la presencia de un cuervo, un tren avanzando hacia el norte, la sirena de un barco muy lejos, y, detrás de todos ellos, el rugido de la M-1000.

Todos los perros sueñan con el bosque, lo conozcan o no. Incluso los perros egipcios sueñan con el bosque.

La calle en la que nació olía a aserradero. Los árboles llegaban a los aserraderos ya descortezados, brillantes, apilados en los inmensos camiones de diez ejes.

Las orillas de un río, donde cargaban barcazas de grava, fueron mi primera escuela. Un río inmenso y, como todos los ríos, en su permanente fluir, una demostración de la más pura indiferencia. Vi cómo se llevaba a tres niños en una sola noche.

En el bosque podía dejar de preocuparme. Iba siguiendo un rastro hasta donde me llevara. Corría entre pinos altos como iglesias y saltaba los obstáculos imaginarios de las sombras, y cuando me quedaba sin resuello, me arrastraba hasta el lindero, donde me esperaba la niña, espíandome, y me echaba en la hierba.

Cuando se ponía el sol, la oscuridad cubría el bosque, pero no de color negro, sino con el misterio, con la invitación del negro. La oscuridad de un abrigo negro, de una mata de pelo negra, de un tacto cuya existencia desconocías.

Oigo la voz de Vica, aunque no esté conmigo ahora; me sucede muchas veces.

Cierra el pico, King, farfulla, no sabes de qué estás hablando.

Estoy hablando de sexo.

En la calle sólo hay violación, dice ella, nada más.

Vica y Vico tienen un capote colgado a los pies de su cama. Por la noche, si alguno de los dos tiene que salir, se lo pone. A ella le queda grande. Pero cuando se lo pone él, parece que el gabán está saliendo a cagar por su cuenta; lo oculta totalmente. Está forrado con piel de borrego y es de un color blanco sucio, como la nieve después de echarle sal.

Vico dice que este tipo de capote fue en su tiempo una prenda reglamentaria del ejército sueco. Mantiene el cuerpo caliente cuando la temperatura exterior es de cuarenta grados bajo cero. Dice que lo sabe porque a su empresa le ofrecieron fabricarlos.

No estoy seguro. La gente de aquí tiende a exagerar cuando habla del pasado, porque las exageraciones también son un buen abrigo contra el frío.

Desde la montaña de escombros veo todo Saint Valéry. Conozco estos pagos como puede conocer un hombre la ropa que lleva puesta. Saint Valéry se extiende en el terreno como si fuera el capote forrado de borrego. Vivimos al abrigo de Saint Valéry. En invierno nos libra de morir congelados. Y en el calor del verano nos tapa cuando nos desnudamos para lavarnos.

Vico y Vica viven en el extremo inferior de la manga derecha, y más o menos a la altura de los botones del puño hay un saúco. Jack vive en el cuello. Jack es el único habitante de Saint Valéry que tiene tablas en el suelo y unos canalones decentes para la lluvia. Fue el primero en llegar, y nunca se moja. Nadie se puede instalar aquí sin su consentimiento, y les cobra a todos un alquiler por el pedazo de tierra que ocupan. Vica le hace algo de comer una o dos veces a la semana, y ésa es nuestra forma de pagarle. Marcello, que trabaja los domingos limpiando camiones cisterna, le proporciona las bombonas de gas. Su chabola no sólo tiene un suelo de tablas, sino también un tejado de cañizo y una puerta con candado. Si alguien quisiera asaltarla, le sería más fácil por la ventana; su ventana, a diferencia de las nuestras, abre y cierra.

Los pobres se roban entre sí igual que los ricos. Por lo general, los pobres lo hacen sin deliberación; no planifican sus robos. Los pobres se imaginan todos los días que va a cambiar su suerte. No creen realmente que vaya a cambiar, pero no paran de fantasear con qué pasaría si así fuera. Y no quieren perderse el momento si llegara a suceder. Cuando ven un mechero en el suelo al lado de un par de zapatos, lo agarran como si fuera la misma Suerte en persona quien se lo entregara. Y se dicen: ésta es una señal de que nuestra suerte ha cambiado. Agarrando el mechero no piensan: Robo. Piensan: Suerte. No, los pobres no planifican de antemano el daño que hacen. No anotan todos los detalles mientras se llevan una fina copa de cristal a los labios y comprueban la hora en Tokio. Los pobres deciden en el último momento.

¡Cuánto hablas!, me grita Vica, aunque no está a mi lado. Hablas demasiado, King. ¡Y no sabes lo que dices!

En la parte de atrás del cuello vive Anna. La caseta de bloques de hormigón ya estaba allí; debió de alojar en su día un transformador de la luz. No tiene ventana. Anna se estableció allí sin preguntarle a Jack. Llegó por la noche y para cuando se hizo de día ya estaba instalada. Jack se acercó y se enfrentó a ella.

Vete a tomar viento, le dijo ella. No pienso entrar por el aro.

Entrarás, dijo Jack.

No he construido nada, respondió ella, y esto no es tu inmobiliaria.

Si la señora no quiere salir ahumada...

¡Qué señora ni qué leches! Y agarró una lata de cerveza y se la tiró.

Te doy diez minutos para salir de aquí o te sacaré yo mismo, dijo él, conque ya puedes ir reuniendo tus cosas.

Y, claro, ella también empezó a pagarle. Seis latas de cerveza a la semana.

Aquí, le explicó Jack, no nos andamos con huevadas. ¿Entendido?

Jack no cree que se pueda hacer nada para mejorar el mundo, pero insiste en eso de no andarse con huevadas. Ésa es la única ley en Saint Valéry. La ley de Jack. Y ésta es la razón por la que se pasa horas haciéndose chaquetas de papel. Puede que sea difícil de comprender; en este abrigo hay que entender muchas cosas sin saber los porqués.

En el puño izquierdo vive Joachim. Su sitio está cubierto por una inmensa lona de camión. Vico me corregiría, me puntualizaría diciendo que es poliamida. Debajo, Joachim ha dispuesto unas ventanas y una puerta. Es el hombre más corpulento de Saint Valéry; tiene barba y un cuerpo muy peludo. Oye mucho la radio; está muy orgulloso de la suya: un aparato muy grande, lleno de lucecitas que se encienden y se apagan. Y tiene un gato que se llama Catastrophe. En el pecho lleva tatuadas una mujer con los pechos desnudos y bajo ella la palabra EVA en letras azules y rojas. Es muy amigo de Marcello, y en las largas noches de verano juegan a los dados. Vica cree que debió de ser marinero. Para nada, dice Vico, es demasiado grande, los marineros nunca son tan corpulentos. Joachim le habla mucho a Catastrophe con ese tono de voz que los hombres suelen reservar para hablar con las mujeres.

Por la noche, me dijo una vez Joachim, Catastrophe se echa a mi lado y ronronea. Más de lo que tú haces, King. Tú y tu puta fidelidad.

Malak vive bajo la manga derecha. Está aquí gracias a Liberto. Él responde por ella, y nunca la ha tocado. Sus caminos debieron de cruzarse en algún momento.

Liberto podría ser su padre, además de ser su salvador.

Una vez la oí decirle, ¡Vente a morir conmigo!

Liberto se irguió como sólo puede hacerlo un español y dijo: No vuelvas a insultarme o a insultarte de ese modo, Malak. No vuelvas a hacerlo.

Liberto tiene una herida que no acaba de cerrarse en la ceja izquierda y un suave bigote negro. Ha estado en la cárcel varias veces y es el único que lee libros aquí.

Saul lee la Biblia, y Vico ha leído miles de libros en su vida; aquí ha dejado de leer. Para leer, uno tiene que quererse un poco, sólo un poco basta. Y Vico no se quiere.

En el bolsillo izquierdo vive Danny. Su sitio es un contenedor desechado, y cuando hiela, él lo caldea con un brasero. Siempre tiene las manos calientes. Su cara es puntiaguda, como la de un podenco feroz. Se ha herido muchas veces en la nariz y la boca, aunque no debe de tener más de veinte años.

Para empezar el día, Danny necesita oír risas, como otros necesitan una taza de café y un trozo de pan tostado con margarina.

La mujer y la sardina, dice en broma, cuanto más pequeña más fina.

Todos se las han ingeniado para poder tostar el pan sobre el cámping gas. Vico se fabricó un tostador con una radio de coche. Marcello repite constantemente que piensa robar electricidad de uno de los cables que cruzan el terreno, pero todavía no

lo ha conseguido. Danny es el único que no tiene tostador. Usa un chiste en su lugar.

Antes de que acabe el año, dice, una mujer con Visa se enamorará de mí. ¿Lo bastante vieja para poder ser tu tía?, pregunta Joachim. No, responde Danny, ¡de mi edad! ¡Será una enana con bigote!, insiste Joachim. Será muy guapa, dice Danny, tan guapa como un visón, y todas las mañanas desayunaremos en el Bella Venezia. ¿Por qué no en la cama?, pregunta Corina, que apenas habla. Porque le gusta follar toda la noche, responde Danny, y madrugar. Vamos al Bella Venezia, y ella pide un chocolate.

Esa chabola de allí, junto al hombro izquierdo, la construyó Luc, que se ha ido.

A mí... Yo me muevo por donde no hay miedo, le dije a Luc un día.

Hay miedo en todas partes, dijo él.

No donde yo voy.

Donde hay vida, hay miedo, repitió.

En los sitios que yo digo hay muerte, le dije, hay lucha por la vida, hay ocultarse, hay huir, hay hambre y no hay miedo.

¿Qué hace entonces huir a un perro?

El deseo de vivir.

¿No has visto nunca temblar a un perro?

Los perros tiemblan cuando no saben qué hacer.

¡Como nosotros!

No, ¡vosotros tembláis cuando sabéis qué hacer tanto como cuando no lo sabéis!

¡Vete a cagar, perro!

No respondí. Sólo lo miré. Hay que joderse, King, dijo él. Te han puesto en mis manos, y ¿sabes por qué lo han hecho?, no lo dicen, pero te han puesto en mis manos para que no vuelva a intentarlo.

Se frotó la nariz de abajo arriba, entre los ojos.

Luc tiene la boca un poco torcida. Todo lo que dice es un intento de ponerla derecha. Cuando habla, empuja con la lengua en las comisuras. Unas veces la izquierda, otras la derecha. Lo que dice importa menos que su constante esfuerzo por cambiar la boca de sitio.

Dicen que hacen todo lo que pueden, dijo, pero ¿a que no pueden saber lo que pasa aquí dentro? Y frotó su frente contra la mía.

Cuando lo intentó, se rompió la muñeca izquierda. La lleva vendada y todavía le duele.

En donde se nota que no soy humano es en que soy posesivo con el dolor. Con el dolor de los otros, quiero decir. El dolor de la mano de Luc, por ejemplo. Me pongo en el lugar de quien está sufriendo y aúllo si se acerca alguien. Es algo que aprendí de mi madre, y ahora es más fuerte que yo.

Luc, le digo, vamos a ver si pillamos algo que comer.

Tú y yo vamos a cenar carne esta noche, contesta él. Haz lo que yo te diga.

Nos encaminamos hacia el centro de la ciudad, al barrio de Quirina. Escogemos con mucho cuidado la carnicería. Una pequeña, con un solo dependiente. Antes de entrar, Luc se colocó el abrigo como si fuera una capa, abrochado al cuello y sin meter los brazos en las mangas. Yo me quedé fuera.

Luc entra y le pregunta al carnicero si tiene carne para ossobucco, una pieza que le dé para varios días. Necesito que sea buena, añade, y alza la mano vendada.

¿Un accidente?, pregunta el carnicero.

No. Me mordió un perro.

Ésta es la señal para que yo empuje la puerta y entre. Y eso es lo que hago.

¿Es suyo ese perro?, pregunta el carnicero.

Es la primera vez que lo veo, dice Luc, pero yo que usted lo echaría inmediatamente, me parece que mira raro.

¡Fuera!, grita el carnicero.

Yo doy un paso adelante.

¿Y echándole un cubo de agua? ¿Tiene agua en la trastienda?, le sugiere Luc.

No se acerque a él, dice susurrando el carnicero, y sale por la puerta de atrás.

Yo me pongo a aullar.

Con una destreza considerable, Luc agarra del mostrador una pieza de dos o tres kilos ya atada y preparada para rosbif y se la mete bajo la capa.

Podría haberme ido en ese momento, podría haberme escabullido. Algo me lo impidió; quería dejar clara una cosa y que Luc la viera y la comprendiera. Quería decir algo a propósito de resistir frente a la mierda, a propósito del amor propio. Así que me quedé, alcé la cabeza y enseñé los dientes.

El carnicero lanzó el agua por encima del mostrador. Cayó toda sobre mi cuerpo. Debía de estar acostumbrado a baldear. No todos los hombres saben apuntar con el agua.

Me quedo en el sitio, chorreando. Y espero que no vea que me tiemblan los ijares.

Qué perro más raro, dice Luc, nunca había visto cosa igual.

Retrocedo poco a poco, paso a paso, alcanzo la puerta y desaparezco.

Su carne es kosher, ¿verdad?, ha de preguntar Luc entonces.

¿Por qué coño iba a ser kosher?, le preguntará el carnicero, atónito.

Je suis désolé, creí que era una carnicería kosher. Désolé.

De vuelta en el Rancho, Luc asó la carne. Los días de fiesta, si a un habitante de Saint Valéry le sobra lo bastante de cualquier cosa para poder compartirla, invita a sus vecinos favoritos. Los días de diario, si por suerte alguno ha pillado de sobra, se lo guarda para él. Luc y yo dimos buena cuenta de la carne entre los dos.

Luego, saciados, nos tumbamos en una manta y contemplamos los faros de los vehículos que pasaban en dirección sur por la M-1000, hacia nosotros. Y a veces también echábamos un vistazo a los pilotos traseros, como cabezas de alfiler de sangre, de los que se alejaban.

Siete semanas después, Luc se suicidó. La segunda vez fue a tiro hecho. Se tiró de un puente.

Ahora que se ha muerto, me gustaría enseñarle a Luc un muro que recuerdo

donde salen setas en primavera. Ocultas entre la hierba, negras y húmedas, parecen un hocico negro apuntando al cielo. Huelen a la tierra y al aliento de una anciana que te dice la buenaventura a cambio de una chocolatina. Luc encontraría allí un kilo de colmenillas. Y las guisaríamos con ajo y perejil y luego haríamos una tortilla con cuatro huevos y una cucharada de vino blanco para aligerarla, y nos la repartiríamos. El difunto y el perro.

Saul, que antes vivía bajo tierra, en lo que había sido un subterráneo, en el lado izquierdo de la bastilla del abrigo, se ha hecho con el Rancho de Luc. Con el permiso de Jack, claro.

Saul tiene la misma edad de Vico y lleva siempre, haga frío o calor, una gorra de tweed. Nunca le he visto sin ella. Marcello le dio a Saul un viejo aparato de televisión, que él usa de asiento. Habla más o menos una vez por semana. Trabajó veinte años en un matadero, hasta el escándalo por el cual lo despidieron. A mí me ha dicho varias veces, De joven me gustaba ir a cazar conejos. ¿Quieres que vayamos? En cuanto tiene un momento libre, se pone a leer la Biblia. Sostiene el libro en la palma de la mano, como si fuera un pájaro que acabara de posársele. Y su fe es tan profunda que lee con los ojos cerrados.

Un poco más al sureste del abrigo, en la dirección del atajo que lleva al mar sin pasar por la ciudad, el terreno forma una hondonada, una zanja superficial, pero bastante larga. Puede que en algún momento formara parte de un túnel que acabó desmoronándose. No es peligroso porque la pendiente es muy suave. Muchos amantes sin casa han descubierto que esta oquedad les ofrece por la noche un cobijo. Danny dice que es un Boeing. Tiene más o menos la forma y el tamaño de un aerobús, y Danny encontró allí entre otras basuras una maleta que todavía tenía en el asa una etiqueta de una línea aérea de Houston. Entonces hizo uno de sus chistes:

Yo no diría que este Boeing va a ciegas, pero he estado inspeccionándolo, y el cuadro de mandos de la cabina está en braille.

Corina vive en una furgoneta cerca del bolsillo interior. Disminuye de tamaño de día en día, dentro de poco será sólo piel.

¡Perro perezoso!, me dice.

Guardo el sitio, le digo.

Si todos lo guardáramos, no habría nada que guardar.

No hay mucho, dije yo.

Mira mis manos, ¿qué puedo enseñar?, preguntó.

Tus manos.

Simula que me da un puntapié con sus botas de hombre y escupe. Después de sonreír, Corina siempre escupe; es por los dientes que le faltan.

Después de que Vico y Vica construyeran la Cabaña, Corina tardó dos meses en reconocer su presencia. Su furgoneta está a menos de un tiro de piedra. Durante dos meses se hizo la sorda cada vez que Vico o Vica le dirigían la palabra.

Pero entonces, una soleada mañana, le dijo a Vica, Si quieres tener más sitio para tender, puedes atar la cuerda al retrovisor de mi furgoneta. La ropa tendida nunca me ha asustado.

Alfonso es el más rico de Saint Valéry, y vive en el bolsillo derecho, en frente de donde vivía Saul antes de trasladarse al sitio de Luc. Alfonso se construyó un

chamizo contra una tapia de ladrillo que quedaba en pie. Hizo él toda la carpintería. Su chabola tiene un tejado de verdad, con chimenea, y un escalón de madera en la puerta. A veces deja allí algo para mí, pero esta mañana no ha dejado nada.

Es el habitante más rico porque sabe cantar. Agarra su guitarra eléctrica y canta en el metro. Una vez me llevó con él. La idea era que yo recolectara el dinero mientras él tocaba, y eso es lo que hice. Pero luego conoció a una princesa y decidió que ella podía hacerlo mejor que yo. Y podía. Claro que también le obligaba a darle la mayor parte del dinero, con lo que él salía perdiendo.

Tiene una voz muy bonita, la voz de un perdedor; las mejores voces masculinas son las de los perdedores. El problema de Alfonso es que pierde demasiado. Se gasta todo lo que gana en estas princesas. Se las trae a pasar la noche. Se van temprano, con su dinero, y al día siguiente él no sale, se queda dentro, recuperando la voz. Según Vica, Alfonso no tiene cabeza; tiene menos sesera que un mosquito, dice.

Éste es el sitio favorito de Marcello para tomar el sol. No sé adónde se va Marcello en invierno; se fue en octubre. Según Jack, debería de estar de vuelta en marzo, y no ha llegado todavía. Marcello recoge electrodomésticos; toda la manga izquierda está llena de ellos. Cinco televisores, grandes, de dieciséis pulgadas. Siempre está diciendo que va a robar electricidad para él y para los demás, que sería muy fácil. Nada es fácil, dice Liberto. Cuando hace bueno, Marcello se quita toda la ropa, salvo el calzoncillo, y se tumba al sol. Hay un pedazo de hierba y unas matas que te protegen de las miradas. Marcello dice que todo empezó a irle mal cuando le dejó la mujer. Los hombres que acaban de ser abandonados tienen un olor característico, bastante distinto del de los que viven solos. Un olor parecido al de la leche agria. Trabajaba en el metal. ¿Tienes hijos?, le preguntó un día Vica. Dijo que sí con la cabeza y abrió otra lata de cerveza. Me pregunto si Marcello, con su flequillito —tiene el pelo rubio— y su suave boca y sus ojos de terrier joven, se habrá ido para siempre, eso me pregunto.

¿Queréis saber cómo terminé en Saint Valéry? Iba andando. Por las carreteras. Caminando por la izquierda, de frente al tráfico. No sabía exactamente qué buscaba, simplemente imaginaba que las cosas serían mejor cerca del mar. Me llevó cuarenta y nueve días. Dormía de día y caminaba de noche.

Por qué dejé mi casa es otra cuestión, y no estoy muy seguro de saber explicarla. Con lo que quiero decir que no sé con exactitud qué sucedió. Todos aquí te dirán lo mismo. De pronto no hay dentro ni fuera, y tienes que sobrevivir solo la hora siguiente y la siguiente y la siguiente. Nadie lo ve venir. Para cada uno llegó de una forma diferente. Y en todos los casos sucedió cuando no estábamos mirando. Yo lo oí antes de verlo. El sonido del tráfico detenido. Luego viene el olor a orina.

Cuando por fin llegué a esta ciudad, Vico reparó en mí bajo las grúas abandonadas del muelle B.9. Se dirigía al Puerto Nuevo, donde amarran los yates. Esperaba encontrar alguno con bandera italiana, porque era originario de Nápoles. Por aquellos días, todavía creía que había una lejana posibilidad de encontrar un trabajo temporal, si tomaba alguna iniciativa. De modo que se ofrecía de guía por el Egeo a los dueños de los yates.

Ya no se daba cuenta de su aspecto. No era capaz de ver su desaliño, pues se había peinado, había encontrado una maquinilla y se había afeitado, se había cepillado los pantalones, limpiado los zapatos y lavado las uñas.

Tenía una pinta inexplicable. Como todos nosotros. Se nos ve bajo las mejillas, en las comisuras de la boca, en la forma de encorvar los hombros.

No necesitamos un guía, le dice el dueño del yate.

Soy especialista en historia y geografía, le asegura Vico.

Tiene una voz sorprendente, porque es delicada y leve. Se posa sobre las frases como las mariposas sobre las flores, levantando y agitando las alas.

Nos bastaría con una putita que nos hiciera un strip-tease y eso es algo, viejo, que no creo que puedas encontrarnos, dice el dueño del yate, y todos se ríen.

El odio que los fuertes sienten hacia los débiles en cuanto los débiles se acercan más de la cuenta es algo particularmente humano; no sucede entre los animales. Entre los humanos hay una distancia que ha de ser respetada, y cuando no lo es, es el fuerte, no el débil, quien lo siente como una afrenta, y de la afrenta surge el odio. Al sentir el odio del dueño del yate, aullé.

Uno de ellos, que llevaba unas gafas de sol metálicas, miró por encima del hombro y dijo, ¡Largo de aquí, chucho!

Conozco sitios que no salen en el mapa, insistía Vico con su voz de mariposa.

No te necesitamos a ti, ni tu perro, ni tu mapa, ¿he hablado claro?

No es mío el perro.

Quítate de en medio, ¿quieres?

Se volvieron de espaldas y se alejaron.

¿Qué te pasó?, es lo primero que me pregunta Vico. ¿De dónde sales?

Lo miro.

Permíteme que me presente. Me llamo Vico. Soy descendiente del gran Giambattista. Tenía una fábrica. Eso es totalmente cierto. Una pequeña fábrica, y mis vecinos eran los de Philips; eran unos buenos vecinos.

¡Mierda!, digo. ¿Y qué fabricabas?

Hacíamos ropa, ropa de trabajo. Poliéster, polietileno, elastina, politetrafluoretileno, vinilo...

Cada nombre suena como una flor, y la mariposa aletea en su voz cuando los pronuncia.

Lo miro. Tiene el cabello cano y la frente cruzada de arrugas. Andará por los sesenta y tantos. Tal vez más, porque tiene unas orejas inmensas, y las orejas agrandan con la edad. Son unas orejas de elefante, y por ellas le asoman unos pelillos. Los ojos son oscuros. Sendas piedras negras en las huellas de unas patas sobre la arena recién bañada por el mar. Las piedras están inmóviles. Sus manos, de uñas finas y agrietadas, son pequeñas y delicadas como las de una muchacha. Pero también grises y llenas de callos, como si llevaran años trabajando con plomo o cualquier otro metal. Si sólo le vieras las manos, dirías que son las de la hija de un soldador de acetileno que sustituyó a su padre en el trabajo cuando él se fue al otro barrio.

Hacíamos batas, pantalones, capas, gorras y guantes, que eran nuestra especialidad, me dijo. Hacíamos los mejores guantes aislantes de toda Europa. Empleábamos un derivado del cuarzo. ¿Cómo te llamas?

No se lo iba a decir tan pronto.

Te llamaré King, dijo.

Después de andar un rato, se sentó al borde de una fuente en una plaza y sacó una lata de Fanta de la bolsa de plástico que llevaba en la mano. La abrió y me ofreció. Yo decliné con un movimiento de cabeza.

Hay algo que cambia en torno a los cinco años, dijo. En tiempo de paz, claro. Si te refieres a un tiempo de guerra, todo es diferente. En la guerra no hay infancia, King, eso está claro, no hay infancia. Hasta los cinco años, en tiempo de paz, lo inesperado llega como una sorpresa, y las sorpresas hasta los cinco años son siempre buenas. Pasada esta edad, cambia algo, y lo inesperado es invariablemente malo. Muy malo. Mírame a mí. Me tapo de la cabeza a los pies para protegerme del frío y de lo inesperado. Trato de mantenerlos fuera, día y noche. Al frío y a lo inesperado. ¿Te gustaría ver dónde duermo?

Nunca había oído a un hombre hablar así, y lo seguí y me enseñó dónde dormía, bajo el Puente Sublicius. Me dio pan mojado en leche. Vica no estaba con él entonces. Pasó un mes antes de que me la mencionara. Un día apareció.

¡Éste será mi perro!, dijo en cuanto me vio, ven, ven conmigo, perrito.

7.30 a.m.

Ahí está Vica cagando, como todas las mañanas, detrás de los neumáticos. Vica, como decía, es la mujer de Vico. Cuando una mujer tiene tan poca intimidad, no está mal hacerle en ciertos momentos una cortina de palabras. Así que voy a contar la historia de la golondrina.

El pájaro entra volando en una habitación. Vuela y vuela en círculos sin encontrar la ventana abierta por la que ha entrado. Una y otra vez se da con los cristales, a través de los cuales sigue viendo el cielo. Bate las alas cada vez con mayor frenesí, y éstas suenan como una carraca de las antiguas, de madera. El pájaro cree que no hay cristal. Se cree en el cielo, pero descubre que no puede volar. Se para y agita las alas. Se lanza hacia uno de los cristales, como si esta vez la velocidad fuera a atravesar la tela en la que está atrapado. Pero se golpea con el cristal y se aturde. Su caja de plumas con forma de pájaro se estremece violentamente con cada golpe, y el corazón que aloja bate más rápido que las alas. Una gota de sangre le cuelga del pico. Cada vez que se choca con el cristal, suelta una nueva gota. Y entonces, durante la siguiente y última vuelta frenética al cuarto, sucede un milagro. Confunde la ventana contra la que se va a lanzar con la que está abierta. El pájaro sabe inmediatamente —antes mismo de que su cola haya traspasado el marco de la ventana— que está de vuelta en el cielo. Y gorjea. Un gorjeo breve, apenas audible, pero claramente feliz.

Vica se coloca la falda en su sitio y vuelve hacia su chabola. Al principio no me creí sus nombres. Vico, Vica, se parecían demasiado. Pero ahora Vica significa esta ama a la que adoro y Vico significa amo. Ésta es nuestra puerta.

Vico la llama la Cabaña. Y Vica antes la llamaba la Cabaña del Tío Tom. Cuando lo decía, se le saltaban las lágrimas. En el rabillo del ojo se le veían. Me acuerdo que daba la impresión de que había detenido el llanto, de modo que las lágrimas no le corrían por la nariz hasta la boca. Había hecho un gran esfuerzo para contener el llanto, pero nada podía hacer con las lágrimas que se le quedaban en el rabillo del ojo.

La llamaba así como una forma de recordarse a sí misma lo lejos que estaba de cualquiera de los sitios en los que ella hubiera soñado vivir. Había nacido en el Prinsengracht de Amsterdam. Más tarde la oí llamarla «nuestro bar», con una risa ligeramente ebria. Vica bebe cerveza.

La Cabaña mide tres por cuatro. Antes de construirla, Vica se pasó un día entero quitando todas y cada una de las piedras que había en los doce metros cuadrados de terreno. Luego lo humedeció y lo pisoteó y lo golpeó en las esquinas con sus hinchadas manos, para dejarlo liso como una mesa.

Construimos las paredes con somieres clavados en el suelo. A ellos fijamos planchas de poliestireno y pedazos de conglomerado. Joachim nos ofreció un bote de pintura naranja. Dijo que era demasiado chillona para él solo. Era un color más adecuado para una familia, dijo.

Vica pintó las planchas de color naranja, y dejó algunos trocitos de poliestireno sin pintar para que parecieran estrellas blancas. Cuando Vico apaga la linterna por la noche, brillan en la oscuridad, y nos dormimos mirándolas.

Una de las cosas en las que estamos de acuerdo los tres es en el sueño. No sé cuál de los tres tiene un sueño más ligero. Tal vez nos turnamos para dormir profundamente. Unas veces duermo al lado de él; otras, al de ella. Siempre duermo con ellos y nunca duermo entre ellos.

Cuando estamos dormidos, los tres juntos, estamos protegidos. Nadie viene a molestarnos, como hicieron con el viejo de la Estación Central.

En lo que estamos de acuerdo es en que dormir es lo mejor de todo. Ni Vico ni Vica lo dicen. Pero saben que es cierto. Ha sido cierto durante casi cinco años. Dormir es lo mejor. Nuestro acuerdo de que dormir es lo mejor y el hecho de que somos tres hacen que nuestros cuerpos se relajen en cuanto nos acostamos.

Cuando hiela y no hay nada para quemar, lo que sucede con frecuencia, se acuestan totalmente vestidos, con los guantes puestos. Antes de quedarse dormidos se quitan un guante y se dan la mano. Así, dándose la mano, miran los cartones del techo, donde dice:

ART. NO. 353455B

C/ NO. — 700

INHOUD 2 STUKS

Luego se vuelven, con el conocimiento de que no hay nada mejor que el sueño.

Vico y Vica. Es una broma que nos gastan. Ponerse estos nombres es una forma de tomarse a guasa el absurdo de las cosas. No, permitidme que me corrija. Tengo que hacerlo a menudo. Hacer una broma con sus nombres es una forma de reírse de lo que les ha pasado y de olvidar así, durante el tiempo que duran dos o tres rápidas carcajadas, la calamidad.

El plástico que cubre las planchas de uralita del tejado está sujeto con trozos de hormigón, pero cuando hace viento, la lluvia se cuele por las rendijas, y el cartón se empapa, empieza a gotear y las manchas de humedad se hacen más y más grandes.

La primera desesperación empieza entonces, cuando piensas que nada

volverá a estar seco nunca. La primera desesperación es la humedad.

Humedad + frío = desesperación.

Desesperación + hambre = no hay dios.

No hay dios + alcohol = autodestrucción.

Ya han pasado las lluvias: eso es lo que quiero decirle a Vica. Va a hacer bueno. Habrá tormentas de verano y nos empaparemos hasta los huesos. Pero todo se secará enseguida, eso es lo que quiero decirle. Ya no se pudrirán las cosas con la humedad. Se ha acabado la humedad. Eso es lo que quiero decirle.

¿Hace bueno de verdad, King?, me pregunta. Está acostada. Si hace bueno, dice, haremos dos viajes y nos traeremos cuatro garrafas de agua, ¿vale? A Vico le gustará, King.

El agua es un problema para todos los habitantes de Saint Valéry, y cada cual lo soluciona de formas distintas. Sin embargo, Vica es la que más agua usa porque está siempre lavando. Siempre tiene algo tendido a secar. Si sabes adónde mirar, puedes ver su ropa tendida desde la M-1000. A la derecha yendo en dirección norte, inmediatamente después de la señalización luminosa que informa del estado del tráfico. A la izquierda del montón de neumáticos.

Esta mañana Vico y Vica discutieron diez minutos por culpa de lo que iba a hacer Vico hoy. Las castañas no se venden bien en primavera, y todavía es demasiado pronto para ponernos con el maíz. De modo que Vico quería llevar rábanos. ¡Pero cómo puedes ser tan tonto!, gritaba Vica en la oscuridad, ¡cómo

puedes ser tan tonto! La gente compra los rábanos a las chicas jóvenes. O a los niños.
¡Pero nunca se los comprarán a un viejo, un viejo como tú!

¡Vas a ser el hazmerreír!, chillaba Vica.

De los dos, Vica es la que mejor rebusca en la basura. Vico no sabe hacerlo.
Todavía le asusta que su madre pueda verlo.

Para rebuscar en la basura con cierto aprovechamiento tienes que hablarle a lo
que buscas, y Vica lo sabe:

Ven acá, pequeña Col. Seguro que debajo de estas hojas podridas estás
deliciosa.

A ver, a ver, Pollo, ¿a que todavía queda un poquito de carne blanca pegada a
tus huesos?

¡Me caes bien, Cazuela, aunque te falte la tapadera!

Permíteme que me siente, Silla. Ya encontraré algo para poner en el lugar de
la pata que te falta. ¡Mejor tres patas que dos!

Vica sabe hacerlo; él no sabe.

Ahora Vica agarra un frasco de mostaza que estaba en el suelo, al lado de la
cama, y sumerge los dedos en él.

Él dice que la mostaza no sirve de nada, pero se equivoca, King. Sé que se equivoca. La mostaza ayuda. Tendría los dedos rígidos si no hiciera esto todas las mañanas. Nunca se desinflamarían y tendrían un aspecto espantoso. Tres minutos cada dedo, media hora para las dos manos. No estoy segura de qué es lo que les hace tanto bien, si el masaje en sí o el movimiento que tienes que hacer para darlo. ¿Podrían ser ambas cosas, prenda? ¿Te imaginas mis manos a los dieciocho, tocando a Janáček? No, no te lo puedes imaginar.

Conocí a una niña gitana
de la gacela tenía el andar
el pelo negro sobre los hombros
y los ojos más hondos que el mar.

No es la primera vez que me canta esta canción. La canta de vez en cuando y me ha hablado cientos de veces de Janáček. Las historias mil veces repetidas se convierten en muebles, y la gente de aquí apenas tiene mobiliario, así que repiten sus historias continuamente. Vica lo hace. Joachim lo hace. Jack lo hace...

Para subir a por el agua hay que aguzar el ingenio. El carro que Vica robó en el supermercado es una jaula sobre ruedas. Cabe un hombre dentro. Sólo llevamos dos garrafas de veinte litros cada vez, por el peso. Lo difícil es conseguir que Vica trepe por el desnivel con las dos garrafas. Arriba del desnivel está la gasolinera Elf. Dejamos el carro abajo. Y yo la empujo desde atrás. Ella casi se sienta en mi cuello. También se le hinchan los pies, como los dedos de la mano. Nos paramos a la mitad para que recobre el aliento.

Le lamo las corvas cuando se apoya en mi cabeza.

¡King! ¡Basta!, dice.

Llenamos las garrafas en los lavabos de la gasolinera. El encargado nos tiene declarada la guerra.

¡Ya estáis robándonos el agua! ¡Largo de aquí!

Hoy no se atreve a acercarse porque me quedo en la puerta, mirándolo. Se le ve cabreado.

Me voy a hacer con una pistola, farfulla.

Vica rechina los dientes y finge que lo ignora.

Después de arrastrar las dos garrafas hasta abajo y de cargarlas en el carro, Vica me ata al pecho un cinturón que me ha fabricado, y tiro del carro de vuelta a la Cabaña. Ella se pone detrás, guiándome como si fuera un arado.

Para nadie es un secreto que estoy un poco enamorado de Vica. Ella lo sabe. Lo sabía perfectamente cuando se puso a coser las piezas del arnés para que pudiera tirar del carro. Se aprovecha de mi lealtad.

Vico también lo sabe. ¡Vete con Vica!, me dice a veces. Sabe que ella prefiere hablar conmigo. A él ya se lo ha contado todo muchas veces. Yo soy nuevo. Hago que la gente sienta que es la primera vez que oigo lo que cuentan, cuenten lo que cuentan. Es un don que tengo: una especie de ingenuidad infantil. Mis ojos no dejan ver lo que han visto.

Así que, conmigo, Vica repasa su vida como ya no puede hacerlo con Vico. A veces, se pone celoso. Vuelve a la Cabaña, me ve estirado junto a la cocina que ellos usan de mesa y a Vica hablando sin parar mientras manosea algo que ha sacado del tarro donde guardan sus tesoros, levanta el brazo y, mirándome furioso, grita, ¡Fuera! Grita como el árbitro en un combate de boxeo. Y yo salgo. Es mejor así. Salgo y meo.

No quiero estar enamorado de ella. Para sobrevivir tengo que ser decidido y supongo que tengo que estar solo. Por su parte, Vica nunca decide ni se propone hacer algo para seducirme. Tal vez era diferente antes. Ella y Vico se conocieron en Zúrich en los setenta. Él estaba negociando un contrato para el abastecimiento de toda la ropa de trabajo de los empleados municipales (si lo que cuenta de su fábrica es cierto). Se conocieron bajo una tormenta, y él no tomó el tren que pensaba para regresar a Nápoles. Ella debía de ser seductora entonces. Una cuestión de concentración y juego de piernas.

Hoy es la persona menos seductora que se pueda imaginar. No hace nada por seducir. Se comporta como si nadie la viera o la oyera. Se comporta, incluso cuando te habla o te mira, como si estuviera sentada sola en un banco. Y esto es un problema. Porque cuando te enamoras un poco de ella, enseguida descubres que te has enamorado de lo que es, no de lo que hace. Yo estoy enamorado de lo que es.

No, tengo que volver a corregirme. Puede suceder que por un breve instante la vieja costumbre de utilizar su encanto saque a relucir lo mejor de ella. La primavera pasada estábamos vendiendo narcisos junto a la Oficina de Correos del Circus. Frente a nosotros, en la acera, teníamos veinte ramilletes en un cubo rojo con agua. Eran de un amarillo chillón, como el olor de los puerros. Los habíamos cogido, a cientos, del jardín de una casa de la costa; la casa estaba cerrada a cal y canto. Suele estar deshabitada hasta el mes de mayo. Fui yo quien les enseñé cómo se podía entrar en el jardín.

Una escolar compró dos ramilletes y dijo, ¡Gracias, abuela! Y Vica, cogida de improviso, le pasó un dedo por la mejilla. A lo cual la niña respondió mandándole un beso, y Vica levantó su agarrotada mano y le mandó dos.

Yo tiro, y Vica dirige el arado. Los dos llegamos a casa cansados y sudorosos.

Creo que te voy a bañar, dice.

Ésa es una de sus bromas habituales. Cuando se siente bien no gasta bromas. Gasta bromas cuando se siente mal.

En invierno guardamos las garrafas en la Cabaña, esperando siempre que no se hielan. El invierno pasado se congelaron, con lo cual la Cabaña estaba todavía más fría. Cuando llega la primavera, como ahora, las dejamos fuera, bajo un tejadillo de uralita sujeto entre el tejado de la Cabaña y el saúco, junto a la cuerda de tender.

¡Vamos a sacar los trapos a secar al sol!, gritó Vica cuando nos trasladamos y Vico puso la cuerda.

Para ella todo son «trapos», incluso la sábana nueva que nos encontramos dentro de un carro de la lavandería en una puerta trasera del Park Hotel. A veces le lava la ropa a alguno de los hombres que viven en el terreno. Vale, te lavaré los trapos si no están demasiado gorrinos, se ofrece.

Cargamos con las garrafas y las dejamos bajo el saúco, y sobre el tejadillo deja el cubo rojo que utilizamos para los narcisos.

Colgada de una de las ramas más altas del arbusto guarda una escoba. La agarra y se pone a barrer la tierra: primero el suelo de tierra de la Cabaña y luego el camino que lleva a donde viven el cubo rojo y las garrafas de agua. Me gusta verla barrer. Nada que ver con las boberías de un ama de casa o con la idea de mantener limpio el hogar. Eso es algo imposible. Le limpia la nariz todos los días; eso es todo. Me encanta su forma de mover los brazos al barrer. Como una foca bajando de las rocas a la orilla del agua.

¡Lo que nos faltaba! ¡Como si no hubiéramos tenido bastante por hoy, joder!, dice entre dientes y vuelve a guardar la escoba entre las ramas del arbusto. Luego saca dos tazas de dentro de la Cabaña y las lava en el cubo rojo. La observo. Tose y escupe al suelo cuarteado.

¡Putá!, dice.

Muchas veces, después de guiar el arado, tiene un momento de fatiga.

¿Te acuerdas de cómo era antes?, le digo para consolarla. El monedero vacío. Ni una limosna nunca. Sólo un paso tras otro. Un pie delante del otro, pasitos mientras las manos rebuscan dentro del saco. Pasitos con la chaqueta sin botones. Las palabras salían solas. ¿Te acuerdas? Palabras como: ¡Que no me duela! Y en cuanto salían, cambiabas de opinión, apretabas los dientes y decías, ¡Que me duela! ¡Que me duela! Me va a doler, King. ¡Cuanto más me duela mejor!

Eso es lo que quiero decirle: No te ha dolido. Todavía no.

Vamos a comer algo, King.

La puerta de la Cabaña se abre hacia fuera. Tiene tres ventanas de cristal esmerilado. Jack nos vendió la puerta. Dentro, en el marco, Vico puso tres ganchitos para colgar los pocillos de aluminio. Hay muy poco espacio.

Cuando entro en las crudas noches de invierno, corro el peligro de quemarme el lomo contra la salamandra de hierro, eso si han encontrado leña para cargarla, claro. El hierro caliente huele a remolacha.

Encontramos la estufa en un vertedero y la trajimos hasta aquí en el carro. Nos llevó mucho tiempo hacer los seis kilómetros, y allí donde vaya siempre recordaré la marca... Las letras estaban grabadas entre dos rosas también en relieve: GODIN.

Casi pegada a la estufa hay una cocina de hierro. La usan de mesa, y en el horno guardan la comida. No cocinan en ella.

Sobre la cocina hay un tarro de cristal, uno de esos tarros que utilizan las mujeres para hacer conservas de frutas o verduras, con una tapa y una goma para cerrarlos al vacío. Ellos no lo cierran y Vica lo usa para guardar sus tesoros privados. Es un tarro de dos litros. El objeto más grande que contiene es una armónica Hohner de un modelo llamado Big River Harp. Que yo sepa, ninguno de los dos la ha tocado nunca. Es un tesoro porque la encontraron, un verano hace muchos años, en un prado donde habían estado follando. La vieron al ponerse de pie. Detrás del tarro hay un calendario apoyado contra la pared naranja. Vico pasa la página todos los meses, y cada mes hay un tipo diferente de alfombra, a todo color. En enero, una alfombra de Tabriz, que fue tejida para el Sah Thamasp I, bajo la cual dice: «Ésta no es una alfombra, sino una rosa blanca...». En febrero hay una alfombra de Kerman. Y una de Konya en abril, el mes en el que estamos. Bajo ésta dice: «Cuando Marco Polo visitó Konya en 1271 observó, "Aquí tejen las alfombras más bellas del mundo, con el más hermoso colorido"».

Es un calendario del año pasado, y, excepcionalmente, lo encontró Vico en la basura. De vuelta a casa, esa noche, se pasó dos horas cambiando todos los días de la semana, para que sirviera para este año. Justo encima del calendario, en la pared naranja, es donde brillan las estrellas de Vica.

Entre la mesa y la cama no hay espacio apenas: justo para poner las rodillas y los pies cuando te sientas al borde de la cama, como Vica ahora. Está sollozando. No le hago caso. Ya parará.

La cama ocupa un cuarto del espacio de la Cabaña, y está en la esquina

opuesta a la puerta. La ventana, que Jack nos dio con la puerta por el mismo precio, porque, como dijo, no había derecho a que una pareja de esa edad se viera así, ocupa la pared de detrás de la cama. Es una ventana que no se abre y está orientada al sureste, hacia el mar. Desde aquí no se ve el mar nunca, pero sí se ven las nubes costeras.

En la esquina, a los pies de la cama, está lo que ellos llaman la cocina: dos hornillos de gas colocados sobre una cómoda y una bombona a un lado. Entre la cómoda y la cama cabe justo Vica de pie. Está tostando un trozo de pan rancio en uno de los hornillos.

A la derecha de la cómoda, hay un armarito. Cuando se abre el armarito se bloquea el paso a la puerta de la calle.

El armarito tiene tres estantes. En ellos guardan sus ropas, latas de conserva y comida, un cepillo del pelo, un cepillo de dientes, cucharas, platos, un abridor de botellas, la sal. Vica está buscando la margarina para untar el pan. La encuentra detrás de una lata de comida para perros en la que el mes pasado plantó un bulbo de jacinto.

La planta ya ha brotado del bulbo, y el jacinto, todavía verde, tiene la forma y el tacto de una cabeza de serpiente, de una cabeza de pitón. La semana que viene se pondrá azul, y su perfume impregnará la Cabaña.

Rechazo el pan que me ofrece Vica.

Es mejor que vayamos a buscar las otras dos garrafas, King.

Subimos hasta la gasolinera de la misma forma que antes. Pero esta vez la puerta de los lavabos está cerrada con llave. Vica forcejea, tirando de la manija con

las dos manos.

¡Hijo de puta!, exclama entre dientes, y empieza a bajar el desnivel, hundiendo los tacones de las botas en los cascotes indescriptibles, sin nombre.

¡Espera!, le digo. Hay alguien en el servicio.

Me mira furiosa y se sienta. Esperamos diez minutos, sin abrir la boca. Le doy en el codo, y la puerta se abre y sale una mujer con una llave y un secador del pelo en las manos. Lleva el cable arrastrando por el suelo. Tiene el pelo brillante y todavía húmedo.

Vica se acerca a ella con andares de emperatriz. Esta Vica es capaz de hacer que los desconocidos no vean su falda manchada y sus botas polvorientas, y ello gracias a su forma de moverse, con el pecho por delante. No es una cuestión de seguridad en sí misma —esa seguridad se la aplastaron hace mucho tiempo—. Es bien plantada por cómo son sus piernas, y no hay más que hacerle.

La joven, moviendo la cabeza para retirarse el pelo de la cara, le alarga la llave y dice, Me dijo que se la devolviera cuando acabara. Pero se la doy, y usted puede devolvérsela cuando haya acabado. ¿Vale?

Creo que he localizado su coche: un Opel.

No se preocupe, yo se la devuelvo, dice Vica.

¿Cómo se llama?, pregunta la joven. Observo que en la mano derecha lleva un anillo de oro con una gran piedra azul. Probablemente lapislázuli.

¿Quién?

¡Qué ojos tan inteligentes tiene!

Alguien tenía que ser inteligente.

¿No le asusta el coche?

No, qué va, dice Vica. Bajo la ventanilla un poco, y le gusta que le dé el aire, le gusta sentir pasar el aire. Nunca se asusta.

¿Va muy lejos?

Vica me mira con sus ojos sin edad. Amsterdam, dice.

Pues sí que va lejos, dice la joven.

Estaremos allí mañana, si viajamos toda la noche, dice Vica.

Bonne Route!, dice la joven de la sortija azul, y se aleja a paso ligero, reposando las manos en el aire como en una balaustrada.

¡Rápido, ahora!, le digo a Vica, y la empujo por el trasero.

Según Vico, los babilonios creían que había lapislázuli macho y lapislázuli hembra. El lapislázuli hembra era más luminoso.

Deslizamos por el desnivel las dos garrapas llenas. Vica las pone en el carro. Yo tiro y ella me sigue, dirigiendo el arado.

Cuando llegamos a casa, lo primero que hace es sacarse del bolsillo la llave de los aseos de la gasolinera y echarla en el tarro con los otros tesoros. Luego se cambia y se pone los pantalones vaqueros. Sólo lleva falda en Saint Valéry. Para ir a la ciudad se pone los vaqueros, todos los jerseys que necesite y un anorak negro que encontró en un parque.

Una figura llena el umbral e impide pasar la luz. Lo oí venir y reconocí su paso mesurado. Es Jack, el Barón, como lo llama Vico. Hace mucho que no se corta el pelo. Tiene ojos de Gran Danés.

Hace nueve meses, cuando Vico y yo llegamos a Saint Valéry, Jack no pensaba dejar que nos instaláramos. No sé cómo Vico supo del sitio. Posteriormente le dijo a Vica que se había enterado por un moribundo, que era una especie de herencia. En cualquier caso, cuando llegamos aquí, Jack nos miró y dijo, Ni hablar, esto está lleno, no quedan huecos.

Estoy dispuesto a pagar, dijo Vico.

No se trata de dinero, viejo, es una cuestión de elección.

¿Y cómo llevas a cabo la elección, si permites que te lo pregunte?

Por lo que veo, y tú tienes pinta de estar chalado. Admito al perro, pero no a ti. ¡Largo de aquí!

Lo siento, pero tengo que esperar a mi mujer; hemos quedado en reunirnos aquí, dijo Vico.

¿Tienes mujer?, creí que sólo tenías al perro.

Sí, tengo una mujer.

¿Por qué no lo has dicho antes, tío? ¿Está enferma?

No.

Si tienes mujer, puedes quedarte.

Llevamos treinta años casados.

¿Sabes cuánto es la entrada, viejo?

Me dijeron que mil quinientos.

¿Quién te lo dijo?

Un conocido que se murió. Se llamaba Han.

Ha subido desde entonces, hoy es dos mil quinientos. ¿Los tienes? No tienes pinta de tenerlos.

Dame dos días y te pagaré, dijo Vico. Y cuando te pague, ¿dónde podemos ponernos?

Aquí.

¿Aquí?

Aquí, al lado del saúco. Tengo una puerta y una ventana que te doy por el mismo precio. Creí que sólo tenías un perro. No sabía que tenías mujer. Eso lo cambia todo.

Vico pagó a Jack los dos mil quinientos que le pedía vendiendo su cámara fotográfica. La había guardado. La había envuelto en un calcetín de lana y la llevaba en una bolsa. Así la escondía para que no se la robaran en la calle y la protegía de los golpes y arañazos. Fui con él a venderla. Fue al final de otoño.

Vico tenía el aspecto de esos hombres que entran a calentarse a las bibliotecas públicas cuando nieva. Es analfabeto y ha rescatado unas gafas de la basura para dar la impresión de que es un lector regular, y las bibliotecarias lo dejan en paz. Él observa a las chicas del instituto que van a consultar las enciclopedias. Vico no es este hombre. Ha leído miles de libros en su vida, pero ha llegado a tener el mismo aspecto que él.

Entramos en la tienda. Lleva las gafas en la nariz.

¿Cuánto puede ofrecerme por esta Canon 42?, pregunta.

¿De bayoneta o de rosca?

De rosca.

Eso significa que es antigua. Enséñemela.

Está en perfectas condiciones, dice Vico, dándosela, y tiene un zoom de 35-80.

¿Conserva la factura de compra o la garantía?

¡Por Dios!, dice Vico.

Llegados a este punto, el de la tienda empieza a sospechar que la cámara es robada. Me echa un vistazo, y su sospecha pasa a ser una certeza.

¿Dónde la compró?

En Roma.

¿En Roma? Roma está muy lejos. Este modelo se ha quedado anticuado y no me resultará fácil venderla. Lo siento, pero no me interesa.

Sí, la compré en Roma.

¿Pero no tiene ningún papel que lo certifique?

Ninguno. Tiene un mecanismo en el flash para que no salgan los ojos rojos en los retratos.

Ahora ya nunca salen.

El de la tienda empieza a odiarnos. Quiere decirle a Vico, ¡A ti no te hace falta flash para tener los ojos rojos! ¡Siempre los tienes! ¡Fuera de mi tienda! Eso es lo que está pensando decirnos.

¿Quiere ver las fotos que he tomado con la cámara que tiene en las manos?, le pregunta Vico con su vocecita aterciopelada.

No nos interesa, dice el de la tienda.

La cámara que tiene en las manos ha tomado fotos de la pirámide de Gizeh, en Egipto, del Estadio de Aphrodisias, de la guarnición romana de Timgad, en Argelia, que tenía un teatro con capacidad para tres mil quinientos espectadores, de la Chertosa di San Martini de Nápoles, de la torre de Chimarron de Naxos, del Templo de Hera, en Paestum.

Veo que ha viajado mucho, pero no nos interesa. Se ha quedado anticuada.

Está en perfectas condiciones, y el temporizador no tiene un fallo.

Hoy nuestros clientes prefieren las cámaras automáticas.

Con esta Canon 42 proyectaba tomar fotos en el norte de Europa: la Estación Central de Helsinki, la Casa Rietveld-Schröder de Utrecht, la ciudad jardín de Darmstadt, que fue financiada por la archiduquesa de Hesse. Hoy una Canon 42 vale diez mil, y yo se la dejo en cinco porque tengo prisa.

¿Por qué le corre tanta prisa venderla?, le pregunta el de la tienda.

Porque es primavera, responde Vico en un susurro.

El de la tienda se cuelga la cámara del hombro, abre la caja registradora, saca tres billetes de mil y los deja encima del mostrador.

Esto es lo máximo que doy. O lo toma o lo deja.

Vico agarra el dinero.

No tenía elección, me dijo cuando salimos a la calle.

Ahora entiendo por qué Jack el Barón dijo al principio que tener mujer cambiaba las cosas. Pocas parejas sobreviven a las calamidades sin dejar de ser pareja. La visión del otro empeora las cosas para ambas partes. Una pareja es una rareza, sobre todo una pareja ya entrada en años. Para la mente militar de Jack, una pareja mayor era algo semejante a la nobleza.

Esta mañana Jack se ha afeitado y se ha peinado con agua.

Tengo que ir al centro, dice. ¿Te importaría quedarte por una vez? No podemos dejar el sitio solo. Es demasiado peligroso.

No me gusta decepcionar a la gente, contesta ella, pero tengo que reunirme con Vico.

Entonces deja que King nos guarde.

King se quedará, asiente Vica.

Cuando a Vica le agrada algo, no sólo le sonrío la boca, sino también el cogote. Y por un momento le agrada la idea de dárselas con queso a Jack. Se lo veo en el cuello, y este placer se transforma en una especie de benevolencia.

Me gusta tu chaqueta, le dice.

Jack finge que no la ha oído; prefiere que se fijen en su chaqueta y que no hagan comentarios.

Tengo una reunión a las diez, dice, así que si me vas a invitar a un café, tienes que darte prisa.

Sin leche, dice ella.

Está bien, dice él.

Como decía, Jack se hace él mismo las chaquetas. Las hace de papel; las corta y las cose como si fueran de tela. La que lleva esta mañana está hecha con las páginas del catálogo de un vivero. La llama la chaqueta floral. Tiene otra hecha con mapas. Todas tienen muy buen corte y botones dorados, como si fueran blazers.

Tengo que ir al Ayuntamiento, dice. He oído algo que no me gusta nada.

Vica abre el armario para ver si hay azúcar. Jack espera en el umbral; a la luz que se filtra por la ventana, las flores de su chaqueta son blancas violáceas y rosadas.

No tomo azúcar.

Nosotros tampoco —aunque no es cierto; lo dice porque no les queda.

Voy a averiguar qué hay y a avisarles, dice Jack. Tiene un cuello de carnero.

¿En el Ayuntamiento?, pregunta ella.

Parece que corre prisa. Luego luce su sonrisa de militar, destinada a tranquilizar a Vica y a recordarle todos los peligros de los que él va a salvarla.

Vica se pone un pañuelo a la cabeza. Nunca va a la ciudad sin pañuelo. Tiene dos: uno de tonos dorados y otro negro. Yo prefiero que se ponga el negro. Es más seguro.

King se quedará, dice.

Desde la puerta los veo dirigirse hacia Ardeatina Street. Debido a la chaqueta de Jack, parece que Vica va caminando por el descampado en compañía de un arbusto florecido. Siempre que se pone una de sus chaquetas —tiene cuatro y sólo se las pone los domingos o cuando va a la ciudad—, Jack se mira de lado en el espejo que tiene en la chabola y se dice:

En una ocasión conocí a una buena mujer.

En una mujer conocí una buena ocasión.

Invariablemente, esta broma le hace erguirse y adoptar el porte del sargento que fue en tiempos.

Veo a Vica tropezar con algo y la mano inmensa de Jack sujetándola por el codo para impedir que se caiga. Luego ella lo toma por el brazo y los veo caminar como una pareja, hasta que desaparecen.

Me he quedado solo guardando Saint Valéry. Salgo de la chabola y me subo a la montaña de escombros. Desde aquí puedo vigilar todo el abrigo. Nuestra Cabaña, la casa de Jack, la furgoneta de Corina, el contenedor de Danny, la caseta de Anna, la tienda de Joachim, el Rancho de Saul, el sitio de Alfonso y el de Liberto.

Mientras estoy allí sin hacer nada, veo que se acercan dos hombres desde Ardeatina Street. Desconocidos. Nadie se deja caer nunca por aquí. Esto no son las Ramblas. Nadie viene aquí a nada. Me enfrento a un dilema. Soy más rápido, mucho más rápido que ellos. ¿Los asaltaré desde atrás sin ser visto? Quien persigue suele llevar ventaja. ¿O vuelvo al camino y les salgo al encuentro? Son grandes, jóvenes y no tienen pinta de inocentes. Cualquier general los alistaría de soldados en su ejército mercenario. Escojo el camino, por donde se abrocha el abrigo.

Mi ventaja es que ellos son dos. Me han visto. Con que lograra mantenerlos frente a mí. Si se separan estoy perdido. Uno de ellos ha empezado a coger piedras. Avanzo despacio, parándome antes de cada paso, como si comprobara el terreno antes de descargar mi peso sobre él. Lanza la primera piedra. Falla.

En cuanto son más de uno, los hombres se distraen. Ésa es mi única esperanza. Ya estoy lo bastante cerca para recordarles la posibilidad de huir. Se han parado. El hombre lanza torpemente una segunda piedra, que me pasa rozando la cabeza. Me oyen aullar y observan mis ojos.

Pásame una de tus piedras, dice el segundo hombre, yo le daré. Y se miran, como yo esperaba, durante una fracción de segundo.

Una fracción de segundo basta para que el perro pueda aprovechar el factor sorpresa. No dura más que el instante en el que la golondrina supo —antes mismo de que la cola hubiera traspasado el marco de la ventana— que estaba de vuelta en el cielo. En esa fracción de segundo en la que miran a otro lado, salto contra el hombre de las piedras, lanzándome con todo mi peso contra su pecho. Cae de espaldas.

Aquí demuestro que soy listo. Me retiro para darle tiempo a escapar. Y los dos hombres salen corriendo en distintas direcciones. El general ha decidido no llevar a cabo la invasión. Si no hubiera resistido, me habrían matado. Se tarda lo suyo en aprender a medir el tiempo como los perros.

Recorro al trote el abrigo y me acerco hasta el Boeing. Luego termino en el sitio donde le gusta tomar el sol a Marcello. Me tumbo y cierro los ojos. No duermo. Oigo a cualquiera que se acerque. Veo una playa. Sólo yo la conozco. Mi playa está a cuatro kilómetros al sureste de Saint Valéry, al otro lado de la desembocadura del río. Sobre el río hay tres puentes, cada uno con un arco romano. Ya no se utilizan. Dos de ellos están más o menos en ruinas, y la hierba crece entre las piedras del tercero. No sé por qué los construyeron tan juntos. El río aquí parece un dedo con tres anillos. Golondrinas de mar y cormoranes y gaviotas sobrevuelan el agua. Lo que me gusta es que cuando estoy sobre el arco del puente, trotando sobre la hierba que crece entre las piedras, todo parece ir cuesta abajo, alejándose de mí, hacia las olas. ¿No suele ser el placer algo parecido a esta suave inclinación? ¿No lo son casi todos los placeres?

El mar ha retrocedido más de lo normal y llego al lindero del bosque de algas. Las algas son tan verdes como los helechos y por dentro está oscuro, con una oscuridad húmeda que huele a piel pálida y dientes brillantes. Se me arruga la nariz. Por todos lados, los vívidos y húmedos colores de los órganos del cuerpo.

Entre la maraña acaba de cerrarse una concha de vieira. Oigo el clic. Bajo una roca hay un coral amarillo con la forma de la ubre de una vaca, y en lugar de manar leche, gotea una telaraña gris. Separo las sebas marinas, me llegan a las orejas. No hay nada en la orilla tan verde y sinuoso como estas algas. Huelen a nacimiento.

Al otro lado de las sebas descubro a mi amigo, el cangrejo ermitaño. Llámame Torgny, me dijo. Lo encuentro en casa. Le llamo Tor. Vive en una concha de buccino. Está siempre sentado en su casa, pues sus cuartos traseros no tienen caparazón y están por lo tanto desprotegidos. Sin su concha no duraría más de una hora. Cuando algún hijo de puta intenta jugarle una mala pasada, se repliega completamente en el interior de la concha y tapa la entrada con su tenaza derecha. Ésta es más grande que la izquierda para que pueda usarla de puerta. Vive con varias anémonas que llevan el pelo suelto, azul y dorado. Están pegadas en el exterior de la concha de buccino.

¿Qué hay de nuevo?, me pregunta.

Nada, respondo.

Les va bien vivir juntos. Las anémonas no se pueden mover solas y con Torgny tienen asegurado el transporte. Caminando sobre sus potentes patas delanteras, mueve la concha de un lado a otro, y así a las anémonas les es más fácil encontrar alimento. Salen a cenar fuera todas las noches. A cambio, ellas lo protegen, pues sus ondulantes mechones contienen un veneno que disuade de cualquier ataque, sobre todo de los pulpos.

Los problemas nunca vienen solos, dice Tor. Tengo que trasladarme. Esta concha es demasiado pequeña. He encontrado otro buccino que es bastante más grande. En cuanto me traslade me desharé de este caparazón. Me aprieta increíblemente en el pecho. El problema, como siempre, son las anémonas. No quieren dejar la antigua vivienda. Habla con ellas, King, si puedes.

Cariño, le digo a la más joven, ven la primera y tendrás el mejor sitio en la nueva concha.

Mueve la cabeza y pasa de mí.

¡Él es el propietario!, le digo gruñendo, ¿me oyes? Es el propietario y os está echando, a todas. Ya podéis ir empezando a moveros.

Dejan sus mechones dorados y azules flotando a su aire y se hacen las sordas.

Recemos juntos en la oscuridad, les dice Torgny, recemos juntos en nuestra aflicción y yo os llevaré a todas a mis espaldas hasta nuestro nuevo hogar y nuestra salvación.

Las putas aprietan sus ventosas y se agarran con más furia que nunca al viejo buccino.

Me acerco a ellas y les pregunto con toda la tranquilidad del mundo, ¿Queréis morir una a una? ¿Solos, queréis morir solos? ¿Es eso lo que queréis?

Esto funciona. Una a una se van yendo sin alboroto. Retraen sus tentáculos y se repliegan como capullos de rosa. Luego dejan que el cangrejo ermitaño las lleve a la espalda, una a una, a su nueva casa, donde vivirán un tiempo, hasta que un día tengan que volver a trasladarse.

¡Mira, King!, dice Tor antes de unirse a ellas. ¡Mira!

Apoya sus masivos hombros —tiene los hombros de Jack— y la concha se resquebraja y cae en pedazos al fondo del mar. Por dentro es blanca como la cal y por fuera tiene el color de las raposas.

Entra rápido, Tor, le digo.

Y en ese mismo momento oigo otra cascada de guijarros o algo parecido y abro un ojo. Jack ha vuelto y está rodeando el Pilon. Me levanto y, aunque está lejos, veo que tiene la chaqueta rota. Mala señal.

1.30 p.m.

Rodeo el Pilón, que es una charca de agua estancada. Hace unos días encontré allí una rana; desafiante, hinchada de orgullo, saltó al agua en el último momento. Era más blanca que verde, porque las ranas en invierno se ponen blancas.

Cruzo el terreno, subo el talud de cascotes y echo a correr. El sol en el cielo es semejante a la piedra que Vico lanza lejos para que su perro vaya a buscarla. Tengo una forma extraña de hablar porque no estoy seguro de quién soy. Muchas cosas conspiran para arrebatarme las palabras. La palabra muere, y ni siquiera el dolor sufrido le pertenece ya. Me dirijo al Circus, en el centro de la ciudad.

Voy sorteando el tráfico, bajo el sol, y cruzo la calle a saltos. Antes la gente se alarmaba cuando veía a un perro corriendo solo por la calle. Les recordaba los robos. Hoy la pequeña inquietud que crea un perro extraviado es más tranquilizadora que las estridentes alarmas de los coches aparcados, de las tiendas y de las residencias protegidas con alambre espinoso, que saltan incluso cuando nadie está intentando forzarlas. Hoy desaparece todo, pero los ladrones no son visibles porque están mar adentro. Esto hace que casi se reciba con gusto la pequeña inquietud que pueda crear el perro. Por Ardeatina Street la gente me mira, levantando las cejas y arrugando la nariz, y en sus bocas abiertas hay casi una sonrisa.

Un anciano carga con una silla de camping plegable para sentarse y descansar después de andar unos metros.

En muchas tapias de la ciudad se ven pintadas perrunas. Paso por delante de un rinoceronte vestido de verde, de la Libertad sin su toga, de siete letras que componen la frase OKUPA YA. Pintadas en una pared, todas son palabras de amor. Un par de labios rojos y grandes como el hígado de una vaca. Seis letras unidas para formar la palabrota RIESGO.

Pasan grandes camiones diésel. Una madre con un niño a la espalda se cambia de mano la bolsa de la compra.

Tres chavales pasan patinando a toda velocidad. Cambio de dirección para unirlos a ellos y me pongo en medio. Dos chicas y un chico.

¡Que no se acabe nunca!, parecen decir con su mirada, y bailan al son de esta mirada, lentamente, sostenidos por su velocidad, como el viento sostiene a las gaviotas sobre los barcos. Miro sus piernas. Sigo sus piernas y sus tobillos, que se curvan, y sus rodillas, que conducen.

¡Las piernas de los chicos no son como las de las chicas! Las piernas de los hombres están hechas para plantarse en la tierra, están hechas para aceptar el trauma de la llegada. Hemos llegado juntas, dicen las piernas del hombre, las dos juntas.

Las piernas de las chicas están hechas para partir. Para estar siempre partiendo. Estamos a punto de irnos y llegas tú, ¿adónde vamos, pues?

Los seres humanos fueron hechos para el baile. Fueron. Sólo mientras bailan se transforman en un don, en un puro don, todo lo que pueden hacer, todas sus capacidades y su ingenio, todas sus tretas, todas sus mentiras y todas sus terribles verdades. Seres creados para el tango.

Suena la bocina de un autobús. El conductor nos grita varios improperios y nos hace gestos con la mano, y nosotros retrocedemos de un salto a donde podemos girar y girar, a donde están las palomas. Corro alrededor de las bailarinas sobre ruedas, y las palomas alzan el vuelo.

¡Eh, mira!, grita una de las chicas, deslizándose con una pierna en el aire y la

otra flexionada, tienes hambre, ¿no?

¡Qué perro más flaco!

¿Cómo te llamas? ¡Dinos tu nombre!

Al menos lleva collar.

¿Qué pone?

Ten cuidado. No lo asustes, puede morderte.

¿De dónde crees que viene?

A lo mejor se come el resto de mi Big Mac. A mí ya no me apetece más. ¡Eh, perro!

Saca de la mochila el envoltorio de la hamburguesa, abre la tapa y pone delante de mí en el suelo media Big Mac. Cuando se agacha, le tiembla el tobillo porque sólo apoya en el pavimento la punta del patín. Me zampo la hamburguesa y me largo.

Ya no se rien. Los brazos les cuelgan a lo largo del cuerpo y sus manos están huecas. Ha desaparecido esa sensación de dirección, de destino.

Dejo de correr. Ando con la cabeza alta y la espalda recta, a fin de indicar que sé exactamente adónde voy y que allí donde voy me esperan. Si no, en este barrio corro el riesgo de que me crean descarriado y me lleven a la perrera.

Dos mujeres que hacía mucho que no se veían acaban de encontrarse por casualidad en la esquina. Son incluso mayores que Vica. Me doy cuenta de que se quieren besar, pero están tan anquilosadas que no se pueden inclinar sin caerse. De modo que doblan un poquito las rodillas hasta que se tocan y así se sujetan la una a la otra. Luego, alargando el cuello, se besan en ambas mejillas.

Siempre que pasa camino del Circus, Vica se detiene, si no lleva mucha prisa, en la iglesia de Santa María. Vico nunca va a la iglesia. Es una pequeña diferencia que les proporciona un tema constante de conversación. Cuando no hay futuro no hay mucho de que hablar, y todos los temas son buenos.

¿Has ido a la iglesia?, le pregunta Vico.

Naturalmente, responde Vica.

¿Y has rezado?

Claro. He rezado por ti, he rezado por King, he rezado por mí, he rezado por todos nosotros. Y se está tan tranquilo ahí dentro. Te podrías echar un sueño.

Las oraciones forman tanto jaleo como las palomas, dice Vico.

Y además se está calentito, dice Vica.

Estaban en el Circus, instalados junto a la entrada de mercancías de una gran zapatería. Era invierno, y vendían castañas. Vico había convertido un barril de gasolina TOTAL en un brasero que transportaban en el carro del supermercado.

Las castañas asadas huelen a madera quemada y a buena carne. Incluso los borrachos mañaneros sienten su aroma desde la otra punta de la calle, de modo que no tienes que gritar para atraer a los compradores. Vico se habría muerto de hambre antes que gritar. En el caso de las castañas, su apetitoso olor lo hace por ti. Vica sí que grita cuando está con él en el puesto.

Para dar la vuelta a las castañas y que no se quemen, Vica usa una vieja cuchara que lleva en el bolsillo de la chaqueta. Vico las vuelve con los dedos. Por eso se le han encallecido y tienen la piel escamosa, parecida a la de las gambas, pero no como la del pescado. No es húmeda y fría, sino que es seca y cálida, semejante al papel con que se hornean algunos bizcochos.

Estaciones, bibliotecas, trenes, escaleras, sí, vale, dormiré en todos ellos, Vica, ¡pero no pienso dormir en una iglesia!

Yo tampoco duermo allí.

Decías que tal vez me podría echar un sueño ahí dentro, y yo te digo que No.

Éstas ya están, dice Vica refiriéndose a las castañas en el fuego, mételas en los cucuruchos.

Antes de tostar las castañas, hay que hacerles un corte, porque si no, estallan. Una muesca a lo largo con la punta de una navaja. Luego, cuando las pones al fuego,

su piel se abre por la muesca, como si fuera un abrigo desabrochado. Y su carne caliente, harinosa en unos sitios y arrugada en otros, se sale pidiendo a gritos ser comida.

Caminando prudentemente por la acera, evitando las alcantarillas a un lado y las entradas de los edificios con sus cámaras de vigilancia al otro, veo enfrente de la calle la iglesia de Santa María, la iglesia de Vica. Sus columnas son como los dedos de una mano en los que la torre descansa la barbilla. Detrás de las orejas y de la cabeza, asoman las nubes blancas que empuja el viento del oeste. La expresión de la torre es de sorpresa. Tiene la boca abierta. Mirando la iglesia de Santa María, me distraigo y no me fijo por dónde voy. Cuando me doy cuenta ya es demasiado tarde.

¡Eres un mierda!, gruñe el perro.

¡Y tú, Rottweiler, trabajas para la bofia!, contesto, y veo que me he metido en un lío.

Tienes una oreja mordida, ¿quieres tener la otra?, me amenaza.

Ándate con cuidado, perro gris, perro vendido que trabajas para la bofia por una pitanza de perro, mucho cuidado con lo que haces.

Está atado a una correa muy corta y no llega hasta mí. Lo que no quita para que él siga actuando como servicio de información para su amo. Éste lleva un cinturón y una pistolera y tiene unos dedos gordezuelos. En ese momento tiene la vista fija en una titi que se está bajando de un taxi a la entrada de un hotel, en donde tres hombres en uniforme color cereza organizan un montón de maletas. No debe encogerseme ni un solo pelo, pues el Rottweiler se daría cuenta. Tengo que impresionarle inmediatamente para que no le transmita ningún mensaje a su amo. Si no, me espera la perrera. Tengo que mostrarle que no temo nada, porque tengo quien me respalda, porque tengo innumerables relaciones, un prestigio inestimable. ¿De dónde sale el valor? De la tierra, y sube por las patas.

¡Cuidado con lo que haces!, digo, ¡mucho cuidado! ¡No se discute conmigo!

Rottweiler empieza a bajar la guardia, parece que lo he convencido. Relaja la frente y cierra los ojos, mientras su amo observa boquiabierto cómo mueve el culo la titi. Yo sigo mi camino con el corazón golpeándome en las costillas.

Para abrir las castañas hace falta una buena navaja; una navaja fuerte, afilada y no demasiado grande. Se toma la castaña entre el índice y el pulgar de la mano izquierda y se practica una incisión con la punta de la navaja bien sujeta con la derecha.

¿Se sabe de niño lo que es la riqueza?, me preguntó Vico un día que estaba de buen humor. De niño, la riqueza es una navaja en un bolsillo del pantalón y una linterna en el otro.

No, dice Vica, de niña, la riqueza es un cuadernito de cuero rojo con varios números de teléfono apuntados.

Unos días después, echado junto al brasero de las castañas, se me ocurrió una idea entre las orejas: el mundo es tan espantoso que Dios tiene que existir. Le pregunté a Vico qué pensaba él.

La mayoría de la gente sacaría la conclusión opuesta.

Y mientras lo decía echó varias castañas calientes en uno de los cucuruchos que hace Vica con páginas de revistas viejas.

Estoy pensando en el bosque, le dije.

Todos los días hablas del bosque, dijo.

No, depende de la estación.

Nostalgia. Mal du pays. Saudade.

No puedes ver los rayos del sol entrando en el bosque y no admitir que es hermoso, dije, mirando de frente a Vica, que estaba sentada en la acera con la espalda pegada a la fachada. El mundo está bien hecho, todas sus hojas. Sólo los hombres son ruines.

Eso es, dijo, sólo los hombres.

Algunos de los más ruines han sido mujeres, dice Vico.

Las mujeres son hermosas como los abedules, dije.

¡No sabes de qué estás hablando, King!

Estoy hablando de Dios. Vico había terminado de llenar un segundo cucurucho y agitaba los dedos en el aire para enfriarlos. Estoy hablando de Dios. Si el mundo de los hombres es ruin, y el resto está tan bien hecho, tiene que haber una fuerza del mal. Si no, nada tiene sentido.

La ignorancia y la estupidez, dijo Vico mientras cortaba una nueva tanda de castañas antes de ponerlas a asar.

No son los ignorantes quienes hacen el mal, dijo Vica, son los listos.

Si hay una fuerza del mal, tiene que haber también una fuerza del bien. ¿No? Y eso significa que esa fuerza es Dios, dije.

¡Por lo que más quieras, tírale una castaña!

Si todo fuera tan hermoso como el bosque, nunca creería en Él, les digo. Es la mierda lo que me hace creer.

No contestó ninguno de los dos. Pasado un rato no queda nada que decir.

El mango de la navaja de Vico es de asta de carnero. Cerrada es un poco más larga que el ancho de su mano. Para abrirla, se tira hasta que hace clic, y para cerrarla la empujas por la espalda, por el lado opuesto al filo. La silueta de una hoja de navaja parece una mujer bailando el tango.

Atajo por unas callejuelas, son más seguras cuando voy solo. Tengo pinta de ser de la zona. Estas calles, sin embargo, son peligrosas para dormir. Por la noche, la gente que vive aquí se cree que la calle es el pasillo de su casa, donde pueden hacer exactamente lo que necesitan y quieren, al instante. Estas callejuelas son como la última noche —no hay tiempo que perder en ellas—. Las putas hacen buen negocio en sus cuartuchos, y los chulos llevan pistola. Ahora, en el inerte calor de la tarde, el único sonido es el de una pelota de tenis.

Un niño la tira contra una fachada ciega en una plaza en la que hay un restaurante barato. Está cerrado ahora. Al niño le parece que lleva mucho rato tirando la pelota. Ya nada le puede sorprender; se conoce de memoria la pared y la pelota, y ambas tienen la misma desidia que él.

Para introducir un pequeño cambio —cambiar algo es mucho más difícil de lo que os creéis vosotros, que tanto habláis—, decide coger la pelota en el último momento, antes de que bote en los adoquines, entre las manchas y los trozos de papel y las mierdas de perro y las espinas de pescado del restaurante. Ve venir la pelota, espera, saborea el momento de no hacer nada, plenamente consciente de esa fuerza abrumadora que hace que sea tan difícil cambiar nada, y se agacha para agarrar la pelota a un palmo del suelo. La siguiente vez, la pelota viene con más fuerza y tras la sudorosa y prolongada espera, lo único que tiene que hacer es doblar las rodillas y agarrarla entre los talones.

La tercera vez calcula mal y la pelota toca el suelo. No hace nada, espera como antes, pero mucho más tiempo. Mira fijamente a la pared, la pared mira a la pelota, que rodó y se paró al tropezar con una lata de cerveza vacía. La pelota mira al chico, el chico se rasca la barriga y sigue esperando. Tres gatos hambrientos y adormilados están echados a la puerta del restaurante.

Por fin, el chico va a buscar la pelota y luego retorna, diligente, a su antigua posición, frente a la pared. Volverá a empezar. ¿Qué otra cosa puede hacer?

En ese momento, me hago ver. Abre un poco más los ojos. ¡Eh!, dice.

Yo abro la boca.

¿Quieres jugar?

Bota la pelota en el suelo y yo salto junto a ella y no la agarro. ¿Por qué iba a hacerlo?

Juguemos, dice. Vamos a jugar a esto. Yo tiro la pelota contra la pared y cuando rebote, tú tienes que pillarla antes que yo; si no la pillas, gano yo.

¿Y si la pillo?

Si la pillas antes que yo, hacemos algo más difícil. ¿Vale?

¿Como qué?

Sonríe por primera vez.

Tira la pelota, y yo no voy a buscarla. La vuelve a tirar de forma que rebote hacia donde estoy yo, y la agarro fácilmente.

Pues venga, empecemos, le digo.

Esta vez la lanza hacia el ángulo donde la pared se une a otra pared, y la pelota rebota. Nunca había visto esto, y él sí, así que él se pone en el sitio correcto y yo no. Como digo, cambiar algo es mucho más difícil de lo que os creéis vosotros, que tanto habláis.

Repite la jugada, y esta vez yo también estoy donde tengo que estar; los dos saltamos y nos chocamos en el aire, y la pelota se nos escapa. El chico cae sobre mí, y los dos nos echamos a reír en el suelo.

Me levanto y voy a buscar la pelota.

¡Tira!, me grita.

Salgo corriendo con la pelota, y él me persigue. De pronto, me vuelvo y, abriendo la boca, la suelto delante de él.

Creo que vamos a empezar un partido. Somos cuatro, y con cuatro ya se puede jugar. El chico, la pelota, la pared y yo.

Nosotros cuatro contra la tarde.

El chico tira alto y fuerte. Si en lugar de ser una pared ciega fuera una fachada con ventanas, la pelota habría llegado al segundo piso. Por debajo hay pintadas perrunas. Letras más altas que el chico se apretujan, como las anémonas de Torgny, y parecen gigantescos capullos de rosa. Sólo los perros las pueden leer con facilidad. Estas letras perrunas dicen: NO HUYAS.

La pelota roza la esquina de la pared, y ésta la devuelve girando a toda velocidad hacia mi derecha, como yo había previsto que lo haría, de modo que ahí estoy preparado para cogerla. Atrapo la volea, me paro para recobrar el equilibrio y la tiro suavemente al suelo, a los pies del chico.

Vamos, decimos los cuatro al tiempo.

El chico vuelve a lanzar la pelota y yo la atrapo. Y luego otra vez y otra vez y

otra vez más.

Cada vez es diferente, cada vez la pelota, la pared, él y yo jugamos a un juego distinto, que sigue siendo el mismo, y cada vez somos más rápidos, el último avisando al siguiente de dónde ha de ponerse.

La velocidad nos toma en sus grandes manos y nos eleva como cuando estás nadando en el mar, con lo que no tardamos en flotar sin hacer pie, sin tocar el suelo.

El juego va cada vez más deprisa. La pelota parpadea, el chico chilla, la pared guiña los ojos al sol y para mí, que corro enloquecido, no existe nada más. Cuando logramos cambiar algo, el cambio es más rápido de lo que os creéis vosotros, que tanto habláis. Los gatos han huido. La velocidad nos arrastra a todos.

Otras pintadas perrunas abajo del todo de la pared dicen: FIN DEL MUNDO. El chico tira la pelota demasiado baja, y golpea en la M de MUNDO. La esquina de la pared no puede alcanzarla y yo tampoco llego.

Antes o después tenía que romperse porque estamos jadeantes, sin aliento. La pelota se escapa rodando a dormir a la otra punta de la plaza. La esquina de la pared se disuelve al sol. El chico y yo hundimos nuestras sonrisas el uno en el hombro del otro, nuestras orejas se tocan.

El chico recobra el aliento.

¡Vaya día!, dice, con los ojos muy abiertos y el brillo de los mocos sobre sus labios sonrientes. Le lamo.

Sus palabras son exactamente las mismas que empleó Jack esta mañana cuando volvió a Saint Valéry.

¡Vaya día!, dijo Jack.

Tenía la chaqueta rota como si alguien lo hubiera agarrado por el cuello para echarlo fuera de alguna parte, y la manga izquierda estaba rasgada del codo al puño, como si él se hubiera vuelto en redondo para dar un puñetazo a quien intentaba echarlo. No le pregunté qué había sucedido.

Debía de haber vuelto a toda prisa, porque sudaba mucho, y la sal del sudor le hacía lagrimear.

¿Te vas, King?, me preguntó.

Asentí con un gesto de cabeza. Frunció el ceño y hundió ligeramente la cabeza entre los hombros. Escucha, me dijo, si ves a cualquiera de ellos por la ciudad —cualquiera salvo Corina—, diles que vuelvan rápidamente. Lo antes posible.

¿Ha pasado algo malo?

Preguntas demasiado.

¡No puedo remediarlo!

No está el día para bromas, King.

Alzó la cabeza y miró hacia la ciudad, más allá de Ardeatina Street. Unas cosas ocultan otras. Los rascacielos de oficinas tocan el cielo. El cielo se extiende sobre un mar invisible. El reflejo del sol en una ventana. Una grúa que gira. El Rugido perenne en nuestros oídos. Parecía que estaba buscando algo. Así ganan tiempo algunos hombres, y durante el tiempo ganado se hacen más fuertes, recuperan la fuerza al recordar su soledad y su entereza habitual. Esos hombres tienen unas reacciones muy lentas, y uno se puede fiar de ellos.

Les di que pensar, dijo, pero el asunto no ha quedado zanjado, no está en absoluto zanjado. Si ves a alguno de ellos, tráetelo enseguida. Sé bueno. Hazme este favor.

Jack se encaminó solemnemente hacia su casa.

El chico de la plaza quiere venirse conmigo, y yo le digo que no, que tiene que quedarse allí. Le pregunto dónde vive.

Nadie habría sido tan rápido como nosotros, me grita.

Así que allí lo dejo y me meto por un pasaje hacia el barrio de Aventin, donde hay un edificio en el que todos los balcones de sus cuatro pisos están sostenidos por unas esculturas de mujeres desnudas.

Eran signo, decía Vico, de una civilización confiada, que exhibía en forma de arte público lo que le gustaba disfrutar en privado.

¡Podrías ser guía turístico!, le espetó Vica.

La mujer esculpida en la esquina del último piso, que tiene los pechos cubiertos de excrementos de paloma, señala con la mano derecha un muro de hormigón. Sigamos hacia donde apunta su mano. Las letras perrunas dicen: LOS LOCOS Y LOS DEMENTES. Giremos a la derecha y encontraremos un callejón donde hay una de esas manos que indican direcciones. Está pintada de azul. El callejón sale a una escalera de hierro que sube a una estación de metro elevada.

Bajo la escalera está la mayoría de las mañanas Aquiles. Suele tener todo el cuerpo lleno de cortes, porque provoca peleas y terminan golpeándolo con botellas. Es una víctima brutal. Hay muchas por aquí. Los ganadores brutales son más difíciles de reconocer, pues su brutalidad está oculta bajo sus ganancias. La brutalidad de los perdedores se considera normal. La mayoría de las mañanas tiene la cara manchada de sangre.

Cuando se echa a dormir bajo la escalera, su perra adopta una curiosa postura. Deja los cuartos traseros en el suelo y extiende el resto de su cuerpo sobre Aquiles, el guerrero. Todas las noches. Abraza así con su peso al pobre hombre, de modo que sólo recuerde una cosa y olvide todo lo demás.

Una cita

con un punto de apoyo

Las muñecas destrozadas

y el cuerpo colgando

Años sin lavarme

las uñas o la camisa

No te rajés ahora

nudo corredizo

Estirar la pata y quitarse

de en medio

Cruzo Treptower Park. A mi izquierda se extiende la antigua ciudad de ladrillos rojos, que huele a cementerio. Aquí hay muertos enterrados por todas partes. Las primeras hojas asoman en los árboles, millones de ellas, rizadas y pálidas como los sonidos de los críos antes de aprender a hablar con palabras. Hay un magnolio florecido, y los pétalos caídos alfombran la hierba a su alrededor. Como las copas de minúsculos sujetadores.

¡Cierra el pico!, susurra Vica.

Meo contra un árbol y mientras meo, observo a un hombre que está sentado en un banco hablando por un teléfono móvil. Lleva una chaqueta con un corte tan bueno como las de Jack, pero de algodón del mejor, con mucho hilo blanco. El hilo blanco le da a la chaqueta un brillo cromado. El teléfono es negro.

Estoy comprando clientes, dice, es una prioridad, y empiezo a ver beneficios, seguro, sin duda...

Una de las canciones de perdedor de Alberto trata de una magnolia. Es una canción para el invierno, explica Alberto, cuando el metro está caldeado y los pasajeros llevan los zapatos mojados, para esa época del año en la que si un hombre pasa siete días y siete noches sin salir del metro, nunca lo hará, tendrá que ser sacado a rastras.

Demasiado tarde, dice el hombre de la chaqueta cromada al teléfono, ¡ya han aceptado la oferta! No, Duke, no puedes hacerlo. Me dejarás por mentiroso, y no puedes hacerme eso.

Sus ojos lanzan pequeñas miradas, como los ojos de alguien manipulando un

videojuego.

Sí, por eso digo que me dejas por mentiroso. No llevaré a cabo ninguna operación en esas circunstancias.

Las primeras margaritas con el borde de los pétalos violeta empiezan a abrirse entre la hierba.

Escucha, te lo aviso, dice, te lo aviso. Estamos a miércoles por la mañana, si no tengo una confirmación para mañana por la tarde, mañana jueves, si no tengo una confirmación para entonces, cruzo la calle iy ya sabes lo que llevaré conmigo!

Se le contrae el cuello, y tiene que tragar de modo que se mueven sus orejas enrojecidas.

Te doy de plazo hasta el jueves por la tarde. Si el jueves por la tarde no tengo una confirmación tuya, cruzo la calle, ¿está claro?

Apaga el teléfono y se saca los puños de la camisa. Luego se coloca el cuello. Tiene todavía una prominente barbilla de muchacho; no sabe lo que sucede cuando se echan faroles. Mientras siga ganando no dejará de ser niño.

Agita el teléfono como si quisiera quitarle el agua y marca otro número. Antes de lo que crees, preciosa, dice, estaré ahí mucho antes.

Por su voz sé que está hablando con una mujer. Ahora escucha y mientras escucha se saca una calculadora del bolsillo y empieza a manipular los botones. Alza la vista. ¡Largo!, grita y hace como si fuera a tirarme una piedra. ¡Largo!

Paso de él. La tierra del parque huele a abandono, como una casa que llevara cincuenta años deshabitada.

Hace un rato vi por el rabillo del ojo una ardilla en busca de clientes. ¿De dónde eres, marinerito?, preguntará. Pero la tierra huele a abandono, demasiados muertos partieron de aquí, partieron hace siglos sin intención de volver, y su ausencia se hace cada vez más precisa. Cada día es más claro que no van a transigir, que se han ido para siempre.

El hombre de la chaqueta cromada marca otro número. Resérveme un billete a Londres para esta tarde.

Me acerco y lo asusto. Que es lo que me proponía hacer. Conoce todas las reglas del juego y lo tiene todo planificado. Pero mis mordiscos no forman parte del juego, y al niño que hay en él le obsesionan mis dientes. No puede apartar la vista de ellos cuando ladro.

Miro sus ojos. Intenta escaparse corriendo por el camino, así que le mordisqueo los tobillos. Se sube de un salto a un banco y se queda de pie encima con los ojos en blanco. Yo me sitúo en el camino para no dejarlo marchar. Permanece de pie en el banco, indeciso.

Eres un perro bueno, dice, ¿verdad?

Hago como si mis orejas levantadas fueran sordas.

¿Dónde vives?, pregunta con dulzura. ¿Tienes casa?

Gruño.

Seamos amigos.

No sabe que yo puedo hablar, pero en esta situación le gustaría que le contestara.

No emito ningún sonido.

¿Sabes?, dice lentamente, como si estuviera hablándole a un niño, todavía tengo que hacer un montón de cosas hoy.

¡Tienes suerte!, le contesto de pronto.

Se queda tan sorprendido, tan estupefacto, que desliza el móvil en el bolsillo de la chaqueta y sin moverse apenas se protege con las manos la entrepierna.

¡Cristo!, exclama.

Por el raballo del ojo veo que se acerca una ardilla. Miro al hombre unos instantes más y luego, como los muertos, me voy.

Cuando me vuelvo a mirar, lo veo en el camino, sacudiéndose el polvo de los pantalones.

¿Me invitas a desayunar?, le pregunta la ardilla. Todavía no me he echado nada a la boca.

Subo las escaleras que llevan a lo alto del cerro donde está la iglesia de San Agustín y desde donde se ve el mar.

Les voy a proponer una excursión a Vico y Vica. Tengo un amigo que es pescador. Se llama Anders. Tiene los ojos azules y la cara del color de la concha de las navajas; lleva siempre una gorra de lana, sea invierno o verano. No es un hombre simpático; tiene una larga experiencia en ser hurraño. Su barco se llama *Galena*, que es el nombre de una piedra.

A veces he salido con él al mar. Me tiendo en cubierta y miro los acantilados de la costa.

¿Por qué estás tan contento?, dice. No sabes nada.

Los perros cuando nadan parecen marsopas, y las marsopas eran buenas amigas de los pescadores. Tengo un vago recuerdo de otra vida entre pescadores. Una vida marina que me vuelve a veces después de follar. Era una vida en la que se hacían más bromas que en ésta. Puede que no hubiera más risa, pero sí más bromas.

Dice Vico que la Marsopa no tiene nada que ver con el Perro, que con lo que tiene que ver es con el Puerco, pues en latín se llamaba *porcus marinus*. Lo que constituye otro ejemplo de cómo los nombres pueden estar equivocados. Más de la mitad de todo lo que existe está mal nombrado: los hombres no son muy buenos poniendo nombres.

En la cubierta del barco de Anders te invade la felicidad —y esto es lo que me gustaría explicarles—, la felicidad te invade porque en la cubierta del *Galena* ya no estás en la ciudad, te ves libre de ella. En tierra, vayas donde vayas, por lejos que vayas, siempre llevas el sitio contigo. No puedes librarte de él. En el barco de Anders —tan sólo un kilómetro mar adentro— te liberas de la ciudad, su nombre deja de asfixiarte, y el barco se mece.

El frío de alta mar, cuando hace frío, lo traen el viento del noroeste y la espuma que forman las olas. Sólo viene de ahí.

El barco surca las olas y va donde quiere Anders. En el mar te orientas. Eso es lo que le diré a Vico. En la cubierta del *Galena*, quiero decirle, Vica se pondrá a cantar. Y si ninguno de los dos quiere regresar, no tienen que hacerlo. Es muy profundo.

3 p.m.

Los rábanos no se vendieron bien. Vico se ha sentado en la entrada de mercancías de la zapatería, que tiene rebajas permanentes y un cartel en el escaparate que anuncia un cincuenta por ciento de descuento en la compra del segundo par. Balancea la cabeza. Las palomas posadas en la marquesina agitan la suya frenéticamente. Para mi sorpresa, Vica no está con él. Si fuera al contrario, me preocuparía. Vico puede extraviarse totalmente, pero Vica no. Lo más seguro es que se esté bebiendo una lata de cerveza en algún sitio. Puede que esté cantando.

Ha cerrado los ojos; sé que no duerme; le gustaría dormir. Los rábanos están a su izquierda, en una caja en la acera. A su derecha, con una cadena en las ruedas, está nuestro segundo carro. Con la cadena es más difícil birlarlo. Los rábanos tienen el rojo subterráneo de las remolachas, salvo que en éstas no hay nada blanco. Los dedos de Vico se crispan en la acera. El blanco de los rábanos sabe a aluminio.

Conocí una vez a una perra trufera. A su amo, afirmaba, le habían ofrecido veinte mil por ella. ¡Y él prefirió quedarse conmigo! Decía esto sacando la lengua. ¡Tendrías que vernos! En septiembre, cuando todavía anochece tarde, trabajamos todo el día y volvemos a casa con cinco, seis, siete kilos. Hablo de las negras. En mayo salimos a por las blancas. Las blancas son más discretas y tienen un sabor más joven.

¿A qué huelen las trufas?, le pregunto. A sexo, me responde, sobre todo a sexo. Sexo en la tierra desnuda, bajo los robles. Huelen a sexo masculino. El problema es que yo no paro de encontrarlas, una y otra y otra, pero nunca echo un polvo. Al final del día odias el olor. No es mejor que trabajar en un local de strip-tease. Y lo que es todavía peor: tienes que andar con mil ojos para no arañarte la nariz.

Me siento junto a Vico y lo observo.

El otro Vico, que se llamaba de nombre de pila Giambattista y vivió hace doscientos cincuenta años, escribió, al parecer, un libro que se llamaba *Principios de una ciencia nueva acerca de la naturaleza común de las naciones*. Cuando lo acabó, nadie quería publicarlo. De modo que en 1725 vendió la única joya que poseía para pagar a un impresor. Era un anillo con un diamante, y el diamante pesaba cinco gramos. Tal vez este Giambattista nunca existió y se lo ha inventado Vico.

Vico también me contó que en Italia hay miles de vicos. Este nombre va siempre delante de otro, pues significa «callejón». Vico Garibaldi. En verano, en la mayoría de los vicos hay ancianas tomando el fresco, ropa tendida y jóvenes sin trabajo que pasan el rato dando vueltas por turno en una moto destartada. En invierno, en la mayoría de los vicos sólo hay gatos hambrientos y avisos de defunción.

Giambattista, me contó Vico, escribía en latín, una lengua que ha desaparecido. En latín había una palabra, *humanitas*, para referirse a la disposición de los hombres a ayudarse unos a otros. Mi antepasado, King, creía que la palabra *humanitas* venía del verbo *humare*, enterrar. En el sentido de enterrar a los muertos. La humanidad del hombre, según él, empezaba con el respeto a los muertos. Pero tú —tú, King— ¿tú también entierras huesos, no?

Vico se echó a reír. Se rió tanto que tuvo que rascarse la oreja con el dedo meñique. Cuando se ríe le suelen picar las orejas.

Tú también entierras huesos ¿no, King?

Con tanta risa y el chiste y el picor de la oreja se le saltaron las lágrimas.

Te voy a decir mi cita favorita de mi antepasado, King. «Deambulamos —decía— indiferentes a los hombres y a los lugares». ¡Imagínate, King! Escribió esto en su modesta casita de Spaccanapoli hace dos siglos y medio. ¡Y cuando lo escribió no se imaginaba que podríamos llegar a existir nosotros!

Contemplo a Vico sentado en la puerta lateral de la zapatería, los ojos cerrados, la cabeza balanceándose levemente, los bajos de los pantalones subidos, dejando ver unas canillas muy blancas, y quiero ofrecerle algo.

Una catarata en un lugar llamado Haslach. El agua caía en dos rápidos que se entrelazaban, el izquierdo sobre el derecho y el derecho bajo el izquierdo, y detrás de ellos caía recta una tercera corriente de agua más oscura.

Le puedo hablar de los tres rápidos, y él se quedará dormido recostado contra la entrada de mercancías de la zapatería.

Corriente abajo había una playa de arena del tamaño de tres almohadones, y sobre la arena el río había depositado unas piedras. Primero unas grandes, que estaban medio enterradas, y encima de ellas unas pequeñas —un puñado— de color negro o rojizo. Las piedras pequeñas se habían acomodado en los huequitos que tenían de las grandes —las moví con el hocico—, sin embargo, parecía que habían encontrado exactamente su lugar en el mundo, el lugar que había sido creado especialmente para cada una de ellas. Si consigo contarle la historia de estas piedras, dejará de clavársele en la espalda el jodido cierre metálico de la puerta.

Cuando bajé desde la catarata supe que la vida, la puta vida, empezó con la primera piedra que existió.

Los hombres tienen siete pieles. El agua, cinco, y yo las distingo todas con la lengua. La primera piel tiene el tacto del viento, y por calmo que esté el aire, siempre sientes su aliento. En la segunda piel sólo sientes la temperatura. En la tercera piel la corriente golpea continuamente el agua a contrapelo. La cuarta es la piel húmeda, la cuarta es realmente agua. ¿Y la última piel? A través de la última piel filtran la luz las diminutas bocas de peces diminutos.

Se ha quedado dormido.

Llevamos más de seis meses viniendo a este sitio con el brasero. Lo tenemos más o menos para nosotros y por eso no hay discusiones. Nadie más lo había elegido.

Las bromas de Vico se parecen a los oscuros callejones llamados vicos: están muy lejos de los bulevares y de las luces. Una broma lleva a otra, si no pasa nada. Al sacar una encuentras otra escondida detrás en el mismo estante oscuro.

Evita las discusiones, dice, te distraen de la tarea de sobrevivir. Si pierdes, te sientes todavía más perdedor que de costumbre, y, si ganas, te has ganado un enemigo.

Cuatro calles salen del Circus: Labiena Street, el bulevar del General Palifax, la avenida Primero de Mayo y Salluste Street. El bulevar es muy ancho y tiene dos hileras de árboles. Hoy tienen hojas nuevas, no más grandes que las orejas de un cachorro. Los hombres nacen de la misma forma que las hojas. El tranvía 38 recorre Labiena. Bajando por Salluste hay una estación de metro que se llama Vaca Negra. En la avenida hay una parada de taxis. Un taxista descansa con las piernas en alto, asomando los pies por la ventanilla al sol de la tarde.

La acera es muy ancha y pasa mucha gente. En este momento pasan unas veinte personas por minuto. Esto es una forma de decir que unas diecinueve veces por minuto Vico y yo somos borrados, no se nos ve. Si no, sería intolerable.

Descanso la cabeza sobre su brazo.

Hay mejores sitios que el Circus, y también los hay peores. Los hombres están todo el tiempo diciéndose: en la siguiente esquina hay más dinero, cuando el mundo es cada día más pobre. La verdadera riqueza se ha trasladado al zoo.

Una cara dormida nunca tiene la misma edad que despierta. La de Vico es más vieja cuando está dormida; la de Vica, más joven. Como soy su centinela, conozco al dedillo sus caras dormidas. ¿Es porque estoy enamorado de Vica por lo que me parece más joven dormida? Él está más cansado que ella, y cuando sus músculos se relajan, la cara se derrumba, se convierte en una ruina. Ella regresa en sueños a cuando todo estaba bien. Y él se anticipa, creo, se anticipa al final.

A unos metros de mis pezuñas están aparcados los vespinos rojos. Como una docena, cada cual con un número. Pertenecen al Pizza Hut que está pegado a la zapatería. En el Pizza Hut todo es rojo. Y los impermeables y los pantalones de plástico y los gorros y las bolsas que llevan los chicos y las chicas que las reparten son del mismo rojo. No hay una flor con este rojo, ni una llama ni un tomate. Es el rojo veloz, el color que reparte rápidamente.

A veces, alguno de los chicos, al bajarse del vespino, me lanza una sonrisa. Hay uno de pelo largo que se ríe con Vico y le llama Abuelo. Vigile bien el fuego, Abuelo, le dijo una gélida mañana de febrero, una de esas mañanas en las que antes de amanecer, en Saint Valéry, oigo crujir el hielo sobre la tierra, y les pregunto a ellos si lo oyen y ellos dicen, No. Bueno, pues el chico de pelo largo le dijo a Vico, ¿Le gustaría cambiar, Abuelo? Usted coge el jodido vespino y yo me caliento las manos. Si tiene suerte, le darán una propina, sobre todo si es una buena comanda, como tres Gigantes y diez latas de cerveza. Puede que le llegue para comprarse un donut. No tiene ganas de andar por ahí al frío, ¿eh, Abuelo? ¿Ha vendido muchas castañas esta mañana? Ninguna, dice Vico, hasta ahora ninguna.

Cuando oigo su voz aterciopelada me lo imagino de joven. De joven tiene una nariz pronunciada, arrogante, de aletas anchas —una nariz que le hará llegar lejos, una nariz inteligente—. Por las mañanas, en Nápoles, su nariz huele el mar y le anuncia el principio de un día todavía fresco. Por la noche, la levanta y la apunta hacia las estrellas sobre la bahía.

Cuando yo quiero mirar al cielo, puedo hacer dos cosas: o bien llevo la cabeza atrás, muy atrás, como para aullar, o bien me echo con las patas al aire, como si me estuviera rindiendo. Con cualquiera de estas dos posturas puedo mirar las estrellas y

nombrar las nubes.

Este invierno he descubierto una nueva constelación. Es fácil de encontrar. Localizas Escorpión y entonces si vas al cerco de cielo opuesto, verás Aries. Si se encuentra primero Aries y no se está seguro, se puede comprobar viendo si Escorpión está justo en la dirección opuesta. Al sur de Aries está el Can Menor. Que no es lo mismo que el Can Mayor. Al norte del Can Menor está Capricornio, y entre Capricornio y el Can Menor hacia el este, Los Gemelos. La Mula está en el centro de este triángulo y casi toca a Los Gemelos con las orejas. Está situada encima de Aries y así lo protege del sol. De vez en cuando Aries se levanta y rasca la barriga de La Mula con los cuernos y a La Mula le gusta que lo haga.

A Aries, que está allí para cubrir a todas las ovejas que dispongan los cielos, y a La Mula, que no puede engendrar nada, les une una inquebrantable amistad. Vico dice que he debido de robar estrellas de otras constelaciones para crear La Mula y que no existe. Vica dice que la ha visto, sin duda, y que claro que existe.

Hoy la nariz de Vico parece un trozo de madera machacada con el martillo. Estoy perdiendo olfato, se quejaba a Vica una noche en que volvíamos los tres andando a Saint Valéry. Espérate a decirlo otra vez, le contestó Vica, espera hasta que haya hecho mi col rellena y cuando la cortes con el cuchillo para que suelte todo su jugo, entonces veremos si has perdido el olfato.

En su día, Vico tuvo la nariz del hombre que podría llegar a rico. Hay narices que nunca pueden salir de la pobreza, esas narices de los callejones que me encanta lamer y cuyas bocas me dicen de todo. Su nariz era diferente: era una nariz distinguida.

Como lo era también su frente. Hoy está grabada con unas profundas líneas y con marcas que muestran lo que sucedió cuando todo se vino abajo. Antes, cuando explicaba sus operaciones económicas en una pizarra delante del consejo —si lo que dice es cierto—, su frente era semejante a una de las cúpulas de la ciudad, y las chicas intentaban tocarla con sus dedos de largas uñas porque prometía paciencia y fortaleza. Una vez me mencionó a una chica llamada Valeria y al hacerlo se pasó por

la frente uno de sus encallecidos dedos, como si quisiera borrar las marcas para que no las viera. Valeria jugaba al tenis y llevaba unos largos calcetines blancos.

Nunca ronca. Eso se debe a que, a diferencia de Vica, duerme con la boca cerrada. Su lengua se ha encogido. Lo respeto demasiado para hablar de estas cosas. Pero no puedo evitar imaginarme cómo sería su lengua antes: comiendo melón, humedeciendo la solapa engomada de un sobre, paladeando el pescado en la playa, buscando la de Vica, relajada con la risa.

La boca cerrada, los ojos cerrados, la puerta cerrada en sus narices. Me levanto y me acerco y le lamo la mejilla.

Abre un ojo, el derecho, que es su ojo de bromista, y en su sorpresa, en ese momento apenas salido del sueño, sin recordar todavía el jodido cierre clavado en la espalda, durante un segundo, en su sorpresa, veo la esperanza que solía verse en él.

Abre los dos ojos y se palpa el cuello de la camisa.

King, murmura, ya estás aquí. Vámonos a casa.

Tenemos que esperar a Vica.

Estaba intentando olvidarme.

Sí, pero tenemos que esperar a Vica.

Algunos días lo consigo, King, y cuando es así, no me siento tan aliviado como

esperaba. Me olvido del pasado y entonces se me viene a la cabeza algo igual de malo y, como no estoy acostumbrado, me parece todavía peor. Me olvido y dejo de preguntarme sobre lo que hice o dejé de hacer hace cinco años. Dejo de preguntarme por qué no tuve más cuidado con el seguro contra incendios. Dejo de preguntarme por qué hice oídos sordos a la última advertencia, la última de todas. Dejo que se escape el pasado, y el pasado se va y viene a sustituirlo la hora siguiente. ¡La hora siguiente, King!

No digo nada. ¿Qué podría decir?

Sí, la hora siguiente. Ocupa el lugar que ha dejado el pasado. La hora siguiente no pesa, está vacía, no tiene documentos ni nombres ni direcciones ni números de teléfono, sólo espera. Y yo, yo ya sé que en la hora siguiente no voy a hacer lo que tengo que hacer. Tengo que poner fin a esa hora. Poniéndole fin, estamparé mi firma en el fracaso.

Y sé que no lo voy a hacer, King. Soy incapaz de acabar con nada en el transcurso de la hora siguiente. Eso es lo peor. El fracaso desaparece igual que desapareció el pasado, sin firmar. Y me quedo vacío, sin nada. El reloj me dice que ha pasado una hora. La siguiente es otra hora más de esperar. Y yo no tengo nada, nada. Nada.

Me acaricia la cabeza para consolarse mientras repite la palabra NADA.

No, eso no es verdad.

¿Cómo que no?

Eres el afortunado Vico, le digo de broma.

Déjame en paz.

Tenemos la Cabaña y tenemos a Vico.

¿Por qué no dices tienes?

¿Qué tengo?

Déjame, dice.

Incluso cuando está desesperado, su voz es leve, como si leyera las palabras que dice en un libro escrito hace mucho tiempo.

Al otro lado de Salluste, encima de la peluquería, distingo una nueva pintada perruna. Los perros han debido de subirse al techo de una furgoneta para haberla hecho tan arriba. Está pintada en azul y blanco y muestra el rompiente de una ola. Alrededor del agua están escritas las letras rizadas, fornicadoras, de la palabra: RUINA.

La mano de Vico me aprieta en los ijares, y la presión que siento tiene todo el peso que le falta a su voz.

Pasa el tiempo, dice, y nueve de cada diez veces, el paso del tiempo empeora las cosas. No es así en el caso de las civilizaciones o del conocimiento, pero sí lo es para los cuerpos que están solos. Incluso para el cuerpo de la lombriz. Cuando el tiempo cura, cura para hacer durar el dolor, para hacerlo más largo. No hay vuelta

atrás, y, cada día, con el paso del tiempo, la vuelta atrás es más larga. Eso es lo que pienso cuando salgo a mear por la mañana.

¡Si yo pensara lo mismo cada vez que meo!

Estamos un día más lejos, me digo. Ahora, sin mí, Vica todavía podría volver atrás. Encontraría la manera. Un poco más y tal vez ya no pueda, podría hoy. Debería irse.

Tengo un amigo pescador, le digo, que se llama Anders y tiene un barco llamado *Galena*. ¿Por qué no salís con él al mar un día? Los dos, tú y Vica.

Deberías abandonarme y llevártela de vuelta, me dice.

Ha terminado el invierno, le recuerdo, durante seis meses se acabó el estar siempre empapado, y he encontrado un barco para que hagas un crucero.

¿Hasta qué punto puede llegar a ser ciego un perro?

Algunos perros se quedan ciegos y otros guían a los ciegos, le digo.

Un mensajero se para a comprar una Fanta en Pizza Hut. Se quita el casco, y sentado a horcajadas en la moto apura la bebida, que arrastra garganta abajo toda la porquería, y su frescor acaricia con una mano suave su fatiga.

¿Qué decías?, pregunta Vico.

He dicho Fanta para el mensajero.

Estás divagando, King. Divagando.

Conozco a un perro ciego que se llama Matthieu. Es viejo, bastante más viejo que tú.

Nada es más viejo que yo, dice Vico.

Su amo es muy metódico, continuo, su amo aprendió el Método —cómo una cosa lleva a otra— durante los años que pasó talando bosques en un campo de prisioneros de Kolyma. Después de ser liberado, volvió a casa con su madre, que tenía un perro llamado Matthieu. Años después la madre murió y Matthieu envejeció y se quedó ciego.

¿No se casó el tipo?

Dice que no pudo organizar el espacio para dos; es como un cangrejo ermitaño. Consecuencias del Gulag.

¿Ruso?

Ruso. Saca a Matthieu a pasear todos los días, lo alimenta bien y cuando hace bueno se sienta en el jardín con él. Hablan mucho. Matthieu ahora sabe un montón de cosas sobre los campos de prisioneros.

¿Es rico?

No, es pobre. A veces sale por la noche a tomar un trago con unos amigos. Si es invierno, deja a Matthieu sobre una manta junto a la estufa, y si es verano, lo deja en la terraza, bajo la parra, con la puerta abierta.

Suena a que es rico.

Comparado con nosotros parece que tiene una situación desahogada, pero no es así. Independientemente de dónde lo deje cuando sale por la noche, extiende por el suelo un camino de periódicos. Éste conduce a la comida y al agua de Matthieu. Así el perro ciego sólo tiene que seguir el camino con las pezuñas.

¿Por qué no se guía por la nariz?

Su nariz también es ciega.

No digo más. Oímos acercarse el tranvía 38.

¿Cuál es el nombre del ruso?

Vadim.

¿Es una historia sobre periódicos?

Sobre un hombre y un perro.

El sonido del tranvía 38 se pierde a lo lejos.

Después de una larga pausa Vico dice, Claro, la Cabaña significa mucho para mí. No me olvido de cuando estábamos en la calle tú y yo. No me olvido. Cuando me muera, me acordaré de la Cabaña y me olvidaré del resto de los lugares en los que he vivido. En mi memoria ya se han convertido en hoteles; nadie recuerda mucho tiempo los hoteles, salvo los pintores. Ellos sí que los recuerdan. No sé por qué.

¿Los pintores perrunos?

Tenía un cuadro de De Plessis que era un cuarto de hotel. Tenía un espejo oval y almohadas de encaje, y las bolas de latón del cabecero de la cama se podían desenroscar.

¿Cómo sabes que se podían desenroscar si sólo era una pintura?

No sabes nada de arte, King. Ni tampoco de la memoria.

En eso te ganaría cuando quisiera.

¿Dónde está Vica?

Ya viene. No está lejos.

¿Estás seguro?

Levanté el hocico para convencerlo.

Estarías perdido sin ella, ¿verdad?, me dice Vico. Llévatela mientras todavía estáis a tiempo. A Vica le encantaba el cuadro de De Plessis, el del cuarto de hotel. Lo compré en Roma y lo colgué en el piso de la empresa en Zúrich. Era por la época del boom del Gore-Tex, un material que se había investigado en los programas espaciales. La membrana del Gore-Tex está hecha de dos polímeros distintos: politetrafluoretileno (e. PTFE), que es repelente al agua, y otro polímero que es resistente al aceite. La membrana de e. PTFE contiene billones de poros por centímetro cuadrado.

Una de las chicas de la peluquería de enfrente ha salido a la acera en su uniforme de pantalón y blusón azul pálido a fumar un cigarrillo. Me relajo porque sé que Vico está ahora perdido en sus recuerdos. Cuando habla así, su boca queda oculta bajo la nariz, y apenas se le oye. No se dará cuenta si me voy a mear.

Cuando vuelvo está todavía en Zúrich.

Había una estufa que llegaba hasta el techo, y los azulejos que la cubrían tenían un dibujo de tulipanes. Tulipanes de la especie *niphetos*, porque los pétalos tenían los bordes desiguales. Vica y yo nos trasladamos allí cinco días después de conocernos.

¿No estabais casados entonces?

No.

¿No os casasteis nunca?

Después de dos noes seguidos dejo de preguntar, aunque en otros momentos le lamo los párpados. No aquí significa: ¡Déjalo ya!

Desde la ventana del dormitorio Vica y yo veíamos el lago, susurra. La estufa estaba construida en el muro que dividía el dormitorio del salón. Debía de ser un modelo fin de siècle.

Ahí es donde estamos ahora, ¿no?

El anterior. No tienes sentido de la historia, King. Las habitaciones eran pequeñas y desde la cama veíamos los tulipanes pintados en los azulejos. Estaban pintados en azul. Tulipanes *niphetos*, de bordes desiguales.

Observo que la chica ha vuelto a entrar en la peluquería.

Una mañana, yo estaba medio dormido —nosotros, los napolitanos, necesitamos café por la mañana, y los holandeses son diferentes, en cualquier caso, Vica era diferente—, una mañana, se levantó a hacer el café y cuando volvió, antes de servirme una sola gota, me dio una lección sobre los tulipanes.

¿Qué dijo?, pregunto. Soy de la opinión de que un recuerdo agradable protege la herida más que hurgar en ella.

Dijo que los tulipanes proceden de Holanda y que las postales no valen para nada. Yo le dije que creía que procedían de Turquía. Yo hablo de ahora, dijo ella, tienes que mirar un tulipán, dijo, y tienes que mirarlo cada hora. Los tulipanes son

mujeres, todos sin excepción. Los hombres son begonias, dientes de león, narcisos, la flor que quieras, pero nunca tulipanes. No pierdas de vista al tulipán, Gianni, y verás cómo se abre y se cierra. ¡Como un ojo!

¿No te llamabas Vico entonces?

Ignoró la pregunta.

Todas las flores se abren y se cierran, pero los tulipanes tienen una manera propia de hacerlo, dijo Vico. Tienen seis pétalos, al igual que nosotros tenemos dos brazos, dos piernas, un torso y una cabeza. Cierra los ojos, Gianni, e imagina.

Recostado contra la entrada de mercancías de la zapatería, con mi cabeza sobre su muslo, que es tan delgado como el brazo de un hombre normal, Vico cierra los ojos.

Dos pétalos se juntan en el medio y forman un estuche. Los cuatro restantes lo rodean, hombro con hombro. Un tulipán cerrado es una flor a prueba de balas, Gianni. No hay nada en el mundo más cerrado que un tulipán cerrado y nada puede abrirlo contra su voluntad. Puedes pisotearlo, puedes rasgarlo, puedes destruirlo en un segundo, pero no conseguirás un tulipán abierto, sino una víctima, habrás hecho algo a lo que no querrás mirar. Eso es lo que dijo.

¿Por qué te llamaba Gianni?

Sentada en la cama, me miró y dijo, Y eso no es lo único. Cuando un tulipán se abre por sí solo, sus seis pétalos se cimbran. Los dos que habían formado el estuche alzan los brazos al cielo, mientras que los otros cuatro se arquean en una torsión tan imposible que sus manos, estiradas por encima de la cabeza, llegan a tocar el suelo. ¡Así! Y quitándose la bata, me hizo una demostración, todo su hermoso cuerpo

arqueado.

¿Por qué te llamaba Gianni?

Porque ése era mi nombre.

Los dos observamos los pies que pasan por Salluste Street. Todas las calles tienen un agujero negro al que puedes caerte, y todos los agujeros de todas las calles del mundo comparten la misma oscuridad, en la que está todo y parece nada.

Todavía podría hacer algo si te la llevaras, dice Vico.

¡Mírame!, digo. No tengo mejor aspecto que tú. ¿Cómo voy a llevarla de vuelta a ningún sitio?

Conoces el camino entre las cosas.

Entre las cosas de aquí puedo guiar a quien sea, pero para lo que pides hacen falta papeles, y yo no los tengo.

Más que papeles se necesita algo que yo ya no tengo y tú todavía tienes. Por eso la gente te habla. Incluso yo. ¿Sabes por qué te habla la gente? Quieren impresionarte. Pero tú no te impresionas, así que siguen hablando. Has visto de todo y estás lo bastante loco para querer seguir. Por eso tienes que llevarte a Vica de vuelta.

No te voy a abandonar.

No abandonas nada, unos rábanos sin vender.

Vica tiene razón, le digo, deberías estar agradecido.

Quando me muera lo estaré. Recordaré la Cabaña con agradecimiento. La Cabaña es lo mejor que he tenido en la vida. En la Cabaña entramos los tres. Es algo inestimable poder entrar. Yo soy de Nápoles, cuyos cimientos son griegos y cuyos templos son romanos, y te digo sin temor a equivocarme que la Cabaña en Saint Valéry es lo mejor que he tenido en la vida. ¿Vale con eso?

En mi vida había oído hablar así a nadie, le digo.

Claro que no. No estoy hablando.

¿No?

Tú escuchas. Eso es lo único que sucede. Nada más. Mírame los labios, ¿a que no se mueven? La Cabaña es lo mejor que he tenido en la vida. El problema es que tengo que vivir en ella y no tengo ninguna razón para seguir viviendo.

Tienes la Cabaña.

Tengo que vivir en ella.

Sí.

Se acabó, dice.

Sólo Dios puede ayudarte. Le digo esto con los ojos.

Hay sitios a los que Dios no viene.

Al descampado.

No. Aquí. Se pone el índice en la sien como si fuera una pistola.

¡Ahí viene Vica!, le digo rápidamente.

¿La ves?, me pregunta.

No.

¿Dónde está?

Está andando entre los árboles. Su nombre está en el aire.

La veo, dice él.

¿Qué le vas a decir?, le pregunto.

¡Has tardado mucho en venir, pero por fin has llegado!

Encenderé una vela, dice ella.

Los dos, Vico y yo, sabemos que ésta será su manera de decir que se ha bebido una lata de cerveza.

Llega; se sienta junto a la caja de rábanos sin vender y reclina la espalda en la entrada de mercancías de la zapatería. Los tres suspiramos como si acabáramos de escaparnos por los pelos de algo y, por fin juntos, nos relajamos. Ninguno dice nada.

Una de las cosas que más me gustan es estar callado.

Varios siglos después, Vica dice, Me duelen los pies.

5.30 p.m.

El rojo, me dijo Vico un día, es el color del sacrificio.

¿De verdad?

Tanto el dolor como el triunfo, dijo, son de color rojo, y también color sangre, claro.

La sangre no es un color, es un sabor, gruñí.

Algunos rojos matan, otros curan, continuó Vico, el matadero y el geranio, King.

A veces me da lástima Vica; a veces creo que Vico se ha vuelto loco.

Los geranios huelen a plata húmeda, le digo bromeando, ve y huélelos en esos ataúdes de cemento que están junto al semáforo.

Luego me avergoncé de haber pensado que estaba loco. Todos en Saint Valéry necesitan algún tipo de locura para recobrar el equilibrio tras el naufragio. Es como caminar con un bastón. La locura es la tercera pierna. Yo, por ejemplo, creo que soy un perro. Aquí nadie sabe la verdad.

Vico hablaba del color rojo por el Pizza Hut de al lado. Los uniformes son rojos, las fachadas de los locales son rojas, las bolsas donde transportan la pizzas son rojas, su logo es rojo, las motos de reparto son rojas, los monederos de los repartidores son rojos, los teléfonos son rojos.

Ya os he hablado del Pizza Hut. Lo veo todo el rato. Siempre está ahí. Así que vuelvo a contároslo otra vez. Nunca nos dan nada, aunque estamos en la puerta de al lado. No se tira nada en Pizza Hut. La pizza más barata es la Margarita.

La pizza Margarita es un invento napolitano, King; fue creada en 1830 para Margarita de Saboya, como una forma de transmitir a su excelencia la lealtad de la ciudad. Tiene los mismos colores de la bandera nacional: el rojo del tomate, el verde de la albahaca y el blanco del mozzarella.

Los observo sentados sobre los cartones que se traen en el carro para mitigar un poco la dureza del pavimento y la porquería que nadie nota, sentados sobre los cartones, la espalda apoyada en la entrada de mercancías de la zapatería. Sentados muy juntos, por casualidad, sin pensarlo, como sólo pueden hacerlo los íntimos. Sobre ninguno de los dos se podría suponer nada decisivo. Aunque vienen aquí todos los días, su presencia parece accidental. Pero es una elección, una respuesta a un problema.

Se podrían quedar los dos en Saint Valéry. ¿Por qué vienen a Salluste Street? Vienen a vender castañas y maíz. A pedir, si está sola Vica. Pero ¿por qué vienen todos los días? Venir aquí cada día es una forma de responder, No.

¡No se van a deshacer de nosotros así como así!, le dijo Vica a Vico una mañana que éste no quería salir de la cama.

¿Qué más da?

No podemos escondernos el día entero en la Cabaña, dijo ella. ¿Estás enfermo?

No, no estoy enfermo.

Iremos juntos, corazón, y nos llevaremos a King, dijo Vica.

Miro la calle. Está ligeramente en cuesta. No es muy empinada, pero una persona que condujera por sí sola una silla de ruedas lo notaría en los brazos. Los edificios son de tres pisos, y las cristalerías del primero de todos ellos sobresalen por encima de la acera, como si las viviendas estuvieran esperando que llegara un gigante y se las llevara a otro lugar en la oscuridad de la noche, y este saliente le diera la posibilidad de agarrarlas por abajo y subirlas de una vez sobre las tiendas para llevar los dos pisos superiores a un lugar más alegre. Arriba de la calle los cables de los tranvías desaparecen, y al otro lado la pendiente es mayor, de modo que no se ve ni el tráfico ni la gente, sólo, borrosos en la distancia, los grandes edificios de oficinas abandonados a medio construir. Cuando me quedo así mirando a lo lejos, con la cabeza reclinada sobre las patas, es cuando pienso, ¿Dónde termina esto?

Malak me enseñó un anillo de oro que le ha regalado Liberto. Cuando lo afané, me dijo, no sabía lo que era, fui yo la que descubrí el secreto. En el interior del anillo había un metal blanco duro, que no era oro, y en este metal había grabadas en relieve unas palabras. Eran muy pequeñas y estaban escritas al revés. Para leerlas necesitabas un espejo. Así que me puse el anillo, King, y me iba muy justo, tuve que usar jabón. Y ahora, imira! Me lo voy a sacar para que veas. Espera. ¡Aquí lo tienes! ¿Qué es lo que dicen las palabras grabadas en mi piel? NO ME OLVIDES. Estas tres palabras impresas alrededor de mi dedo. Imagínate. Puedes lamerme el dedo, King, lamérmelo, y no se van.

Quizás sucede lo mismo con mis tres puentes sobre el río, cerca de la playa. Forman las palabras NO ME OLVIDES sobre el agua. Salvo en las noches muy oscuras.

De pronto Vica se pone a chillar, ¡No venderías ni una botella de Tónica Schweppes en el desierto!

El tono de su voz me hace pensar que por lo menos se ha bebido dos latas de cerveza.

¡Eres inútil para vender nada!

Reconozco la voz. Es la voz que cree contra viento y marea que puede tomarse todo a broma.

Quítate la gorra y déjala en la acera, ordena la voz.

Los ojos de Vico están más tristes de lo que nunca podrán estarlo los míos. Él también reconoce la voz.

Sabes lo que voy a hacer, dice la voz, voy a cantar.

No, Vica, estás cansada.

No estoy cansada.

Pues yo estoy cansado.

Antes me decías que tenía una voz de oro, ¿es que ya no te gusta?

Aquí no, Vica, eso es lo único que te pido, aquí no.

Voy a cantar el aria de «Qui la voce» de *I Puritani*. Ya sé que no tengo la voz de la Callas.

No, ya no.

Si hubieras vendido los rábanos, no tendría que hacerlo, ¿verdad? Quítate la gorra, déjala sobre la acera y lo intentaremos con Bellini.

Espera que nos riamos, pero no lo hacemos. Agarra uno de los ramilletes y empieza a mordisquear un rábano. Tengo hambre, dice. Le alarga otro a Vico, que lo rechaza con un movimiento de cabeza. Luego arroja de nuevo a la caja todo el ramillete.

Estoy esperando que te quites la gorra.

Ahora no.

¿Por qué no?

Porque te he pedido que no lo hicieras, Vica.

Me gusta cantar, siempre me ha gustado cantar.

Otro día, hoy no.

Volveremos a casa con algún dinero si canto.

No creo.

Cuando no estoy contigo, canto: pregúntaselo a él.

Me señala con la barbilla. Yo me levanto y me pongo a su lado, con la cabeza en su hombro. A veces canta, es verdad, y a veces alguien se rebusca en los bolsillos y saca una moneda para darle, pero nadie la escucha. Vica no es como Alfonso. Se sube a la música que lleva en la cabeza como quien se sube al tranvía. Nadie se da cuenta de que está cantando para ellos. Alfonso observa todo el rato: atento a la bofia y a las sonrisas. Sus ojos dicen, Estoy cantando la canción que queréis oír, ¿verdad? Estábamos todos juntos, ¿recordáis? Y todo el mundo se lleva la mano al bolsillo. La pobre Vica cierra los ojos y viaja sola en el tranvía hasta el final del trayecto.

Tenías razón con los rábanos, dice Vico, no iba a ser capaz de venderlos. El maíz se vende bien, es un producto masculino.

¿Te da vergüenza mi voz? ¿Es eso lo que quieres decir?

Tienes una voz muy bonita, Vica.

(Aquí está la lista del resto de los objetos guardados en el tarro de cristal que

ha quedado sobre la cocina de hierro en Saint Valéry, la lista definitiva de los tesoros de Vica y Vico: una nuez, un corcho de botella de champán, un llavero de Alfa Romeo, una bolsa de plástico llena de arena roja, una cinta blanca, una foto tamaño camafeo de Vica en faldones, una redecilla del pelo color vino, una estatuilla de San Saverio que pertenecía a la madre de Vico y una postal de Pozzuoli con la palabra ZIZZA escrita con la letra de Vica. ZIZZA significa pezón.)

¡Te avergüenzas de mí!

No. Me daría vergüenza que utilizaras tu voz...

Si fuera más joven, Vico, ¿te imaginas lo que usaría?

Ni se te ocurra.

Nos daría para vivir los dos. Te lo puedes imaginar, ¿no?

Vámonos a casa.

Vico se pone en pie con dificultad y agarra el carro.

Quando dormíamos en la calle y Vica todavía no estaba con nosotros, Vico me contó una noche su primer invento. Fue mucho antes de tener la fábrica, King, tenía diecisiete años. Un tío mío padecía de esclerosis múltiple. No podía mover los brazos ni las piernas. Sólo podía escuchar y observar y hablar. Le gustaba hablarme. Vivía con mi tía, que era su hermana, en el barrio de Spaccanapoli. Ella era costurera, y no les sobraba el dinero. Su pasión era la radio. Siempre sabía todo lo que pasaba en el mundo, y fue el primero que me convenció de leer a Giambattista. Pero no podía

cambiar de emisora porque no podía utilizar las manos. Tenía que interrumpir a su hermana y pedirle que le moviera el sintonizador. Y eso significaba que ella tenía que dejar su labor. Así que muchas veces oía cosas que no le interesaban por no interrumpirla. Cuando me lo contó, eché un vistazo a los botones del aparato de radio. Hice unos dibujos. E inventé un sintonizador que él podía mover con la nariz.

Tendríamos dinero, grita Vica, y enseguida te acostumbrarías, isi tuviera cuarenta años menos!

Te lo suplico, Vica.

Estaría todas las noches hasta las cuatro de la madrugada, aceptaría el último cliente a las tres.

Por favor, déjalo ya...

Esperaste demasiado a perderlo todo, Vico, tendrías que haberlo perdido cuando yo era más joven, entonces te habría podido ayudar con algo más que mi voz.

Vuélvete a Holanda, grita Vico, y llévate contigo a King. Vuelve a Amsterdam con tu hermano.

¡Hermano!

Se verá obligado a recogerte. Vuélvete. Vuelve mientras todavía estás a tiempo. Déjame solo.

Esperaste demasiado, grita ella.

Los dos están ahora de pie, gritándose, y los viandantes se apartan asustados, repugnados.

Los viandantes ven tres víctimas más de la plaga. En el fondo de su corazón todos saben que nadie dice la verdad. Nadie sabe por qué escoge a quienes escoge. Así que por todas partes hay miedo al contagio.

Cuando la Peste llegó a Nápoles en 1656, King, murieron siete de cada diez habitantes.

La visión que ofrecemos nosotros tres —un viejo, una vieja y su perro gritándose delante de una entrada de mercancías, rodeados de cartones, las manos hinchadas y sucias, la mirada turbia, sin pinta de esforzarse por mejorar su suerte, indiferentes a la esperanza o a la lógica—, esa visión es repugnante e infecciosa. Socava la confianza, y la falta de confianza disminuye la inmunidad.

A ver si los largan de una vez por todas, murmura un hombre que lleva un teléfono en la mano, tendrían que erradicarlos de la calle. Al pasar me da un puntapié.

No pienso abandonarte, dice Vica respirando fatigosamente.

Sin mí podrías sobrevivir, responde Vico.

No.

Déjame el carro y llévate a King. Vete esta misma noche, dice.

Nunca.

No tienes nada nada nada por lo que quedarte. Tú misma lo dijiste.

Yo nunca he dicho eso, me cago en..., nunca. Lo único que he dicho es que te quites la gorra, que voy a cantar.

No quiero que cantes.

Vica se echa a llorar. Unas lágrimas diminutas le corren por las aletas de la nariz. Se sienta y se recuesta en la entrada de mercancías. Él la sigue. Sus hombros se tocan. Intento lamerle la cara, pero ella me aparta. Vico mira la hora.

No voy a hacer en la hora siguiente lo que ha de ser hecho, dice.

Vica llora en silencio.

Durmamos un rato, digo yo.

Ella reclina la cabeza en el hombro de él.

Deberíamos ponernos en camino, dice él, en dos horas será de noche.

Tengo una linterna, dice ella con los ojos cerrados.

Miro los tobillos de los viandantes. Los de los hombres. Los de las mujeres. Con pantalones, con medias, desnudos. Llevan Reeboks, zapatos de plataforma, playeras, botas altas. Las oficinas están cerrando, se empiezan a bajar las persianas. Los laterales de los zapatos están un poco más cerca del tobillo que esta mañana, un pelo más cerca. Todo el mundo es más alto cuando va a trabajar, más bajo cuando vuelve a casa.

Los dos han cerrado los ojos. En el cielo, las nubes cruzan la calle. El viento desgarrá todas las nubes en esta ciudad costera. Nunca se quedan; todas las nubes parten. Cirrus spissatus. Altocumulus lenticularis.

Cinco minutos más y nos vamos, anuncia Vico sin abrir los ojos.

Recuerdo el mensaje de Jack, que todavía no les he dado.

Quiere que todo el mundo vuelva temprano hoy, digo.

¿Quién?, pregunta Vico, sin abrir los ojos.

Jack, el Barón.

¿Por qué?, pregunta Vica.

Tiene problemas, digo.

¿Lo esperaste?

La pregunta de Vica es tan estúpida que finjo no haberla oído. Siempre te hace volver junto a ella. Con Vico puedes avanzar codo con codo.

¿Fue al Ayuntamiento?

Tenía la chaqueta rota, digo.

Me gustaba la que llevaba esta mañana, dice Vica.

Cinco minutos más y nos vamos, anuncia Vico.

Oigo el zumbido de una moto del Pizza Hut, penetrante como el de una abeja furiosa. Las abejas son las otras criaturas que, como nosotros, son especialistas en dar miedo. Pican miedo.

El repartidor la sube a la acera al mismo tiempo que apaga el motor. No me hace falta abrir los ojos para saber lo que está haciendo. Es una rutina. Se quitará el casco rojo, abrirá la caja que lleva detrás, una caja lo bastante grande para transportar ocho Gigantes con Extra de Queso, sacará la bolsa térmica roja y entrará en la tienda a ver si hay otra salida. Todavía es temprano. La última se la llevó a cuatro marineros que acababan de llegar a tierra.

Su respiración me indica que se han quedado dormidos. Los gatos pasan por donde pasan sus bigotes. En nuestro caso son las orejas. Hablo de estas cosas para no pensar en otras.

¡Peligro! ¡Peligro inminente! Una bocina y el estruendo de un muro desmoronándose, que es el ruido que hace un camión de veinticinco toneladas cargado hasta los topes cuando frena desesperadamente en seco. Antes de darme cuenta, me he levantado y observo con los pelos erizados. ¿Y qué es lo que veo?

El camión que ha frenado está al otro lado de la calle. El conductor agita furiosamente un puño en el aire. A este lado de la calle se han detenido varios coches y una furgoneta y un taxi. Todo aguarda. Se acerca un tranvía.

Cruzando la calle —acaba de pasar delante del camión, que, al igual que su conductor, todavía está tembloroso— viene con paso de danzarina la chica de la peluquería, la que salió antes a fumar un cigarrillo, la chica de las uñas color de mora. Ya no lleva puesto el uniforme. Ahora lleva un vestido muy corto azul con pinceladas blancas, como un cielo con nubes rotas. Viene saltando y corriendo y riendo, los brazos extendidos, los pulgares apuntando al cielo y separados del resto de los dedos, el cabello por detrás de las orejas, y enlaza el aire de Salluste Street en su camino hacia las motos rojas aparcadas a nuestro lado.

Junto a las motos, uno de los repartidores, la camisa roja medio desabrochada, el cabello cayéndole sobre los hombros, la cabeza atrás, bebe agua de una botella. Sabe que ella está a punto de llegar. Se está refrescando la boca para ella.

Da un pasito hasta el bordillo y alza los brazos, y la chica se arroja a ellos. Sus manos de uñas color de mora se agarran a los peldaños de su espalda. El camionero sonrío y hace otro gesto: el gesto de un hombre agarrando la fruta en el árbol. Suelta el embrague, y el camión de ocho ejes se desliza hacia Berlín.

King, susurra Vica, ven aquí, tengo que decirte algo. No hagas ruido, no lo

despiertes.

¿La has visto parar el tráfico?, le pregunto.

No, fue él.

Él no se movió de la acera en todo el rato, digo, como una mierda de perro.

¡Fue él!, insiste Vica, subiendo la voz.

Debías de tener los ojos cerrados, le digo, debías de estar traspuesta, fue ella la que paró el tráfico.

Pero no podría haberlo hecho sin él, eso es lo que estoy diciendo.

Él ni siquiera estaba mirando.

¡Estaba ahí! Eso es lo que cuenta, dice la voz todavía más alta.

Y ahora se están besando, digo.

Él estaba ahí, continúa diciendo en el mismo tono. Y eso lo cambia todo. Ella lo vio ahí parado. Ahí, donde antes no había nadie. Ni siquiera era un espacio vacío, como un asiento vacío. No había sitio para nadie. Era la misma asquerosa Salluste Street de siempre... y de pronto él estaba ahí.

La voz obstinada se transforma en un susurro. Sale de la peluquería, King, ha terminado su jornada. Se cambia de zapatos. No puedes llevar tacones cuando estás de pie todo el día lavando cabezas y poniendo tintes, sale de la peluquería y echa un vistazo al Pizza Hut de la acera de enfrente —ha conocido a un par de colegas suyos, con sus cascos rojos, y no le gustaron, pensó que estaban jodidos—, y él es la última persona que espera ver en ese momento, han quedado dentro de dos horas, pero ¡ahí está! Ahí está él junto a su vespino, empujando una botella de agua con la camisa roja medio desabrochada. Va a correr hasta él. Si está él ahí, se jalea ella sola, hoy no pueden atropellarme. Se baja de la acera sin esperar. Nadie hace semejante cosa si no se ha dicho antes a sí mismo, ¡Hoy no pueden atropellarme! Baja a la calzada riéndose, y el tráfico se detiene para ella.

Se están besando ahora, vuelvo a decir.

¡Hoy no pueden atropellarme!, repite Vica para sí, porque él está ahí, ahí.

Veo que la peluquera conoce bien la boca del chico, sabe adónde ir, y le pasa un dedo por el párpado.

Ahora voy a contarte algo, King. Hace mucho tiempo yo fui tan joven como ella. Estaba alojada en casa de mi amiga Saskia. Saskia estaba casada con un óptico y vivía en Zúrich. Yo estaba haciendo un curso en el conservatorio de la ciudad. Tenía unos pies muy chiquitos y llevaba unas sandalias blancas. No puedes imaginarte cómo era yo entonces, King. No es que fuera muy guapa. Creo que resplandecía de pura salud y frescura. Estaba paseando sola a orillas del lago, tomándome un helado. Era agosto, una bochornosa tarde de agosto. Empezó a llover. La lluvia caía con tal fuerza que arrancaba las hojas de los árboles y cuando golpeaba la superficie del lago, éste salpicaba como el aceite en la sartén cuando echas las papas. Llevaba un vestido de algodón. Todavía lo recuerdo. Era verde oscuro, de un verde parecido al del laurel fresco. El verde de las hojas de laurel combinaba muy bien con mi largo pelo rubio. Cuando empezó a llover, crucé la calle corriendo hasta el portal más próximo y tapándome la cabeza con una revista, y allí seguí tomándome el helado. Por entonces todavía no sabía nada de helados. Lo único que sabía es que unos helados iban cubiertos de chocolate y otros no, y luego estaban los sorbetes. Fue él quien me

enseñaría todo sobre los helados, en Nápoles, pero entonces todavía no estaba allí. ¿Cómo iba a saber nada de helados en aquellos tiempos una chica holandesa?

La única chica holandesa que he conocido iba en un camión con dirección a Hamburgo, le digo con la mirada. Por la noche folló con el camionero en la cabina.

Mientras me terminaba el helado, vi venir a un hombre que se cubría la cabeza con la cartera y corría bajo la lluvia como si fuera regateando con un balón entre los pies. Me dio risa. Creo que me reí, de hecho. Corría tan concentrado. Luego vi que venía a refugiarse al mismo portal que yo. Se puso a mi lado, dejó la cartera en el suelo, se sacudió primero un hombro mojado y luego el otro con la mano del lado opuesto, se abrochó un botón de la camisa blanca y agitó suavemente la cabeza para quitarse el agua, como lo haces tú a veces. Tras ello, se volvió hacia mí.

¿Guapo?

¿Qué es guapo, Guapo? Me acaricia la oreja.

¿Te apeteció irte con él?

No lo conocía. Me dio igual. Iba bien vestido. Pensé que sería italiano por su forma de correr, como si estuviera regateando con el balón. No era un hombre al que pudieras confundir fácilmente, hasta ahí llegaba. Claro que tampoco pensaba irme con él. Y no hay dos mujeres que estén de acuerdo sobre la belleza masculina. No es algo que se pueda medir. Y además cambia, ¿eh que cambia?, viene y va. Se va.

Me sentí en la obligación de no mirar a Vico. Vica le cortaría el cuello a alguien si fuera necesario. Se sacaría luego los ojos, pero lo haría si había que hacerlo. Él no. Él no podía. Lo máximo que podría hacer él sería volarse la tapa de los sesos.

¿Con una Beretta?, susurra ella. No sabía que Vica pudiera leerme hasta tal punto el pensamiento.

Llevaba una, dice Vica sonriendo, cuando lo amenazó la Camorra. Tienes razón que nunca habría podido utilizarla, pero se lo decía a todo el mundo y se la sacaba del bolsillo para enseñarla. Era una Beretta cromada. Una vez le amenazaron con cerrarle la fábrica si no pagaba. La fábrica estaba entonces en la Riviera di Chiaia.

Vico, dormido en la acera, se lleva los puños a la boca, como un bebé.

¿Qué dijo él?, le pregunto.

Dijo, No, bajo ningún concepto.

¿Qué te dijo en Zúrich? ¿Qué te dijo esa primera vez que os visteis en el portal?

No dijo nada. Vico nunca ha sido de esos que hablan para calmar los nervios. Yo tampoco dije nada. Parecía tan seguro. No tenía nada que ver con la cabeza su seguridad —no era presunción—. Su seguridad estaba en los pies, en el cuerpo, como un animal.

Yo, por ejemplo.

No, tú no, tú siempre estás asustado. Tú no tienes ninguna seguridad en ti mismo, reconócelo. Él era como un ciervo. Puede que los ciervos sean estúpidos, pero tienen seguridad. Se nota en su forma de estar de pie: parece que han sido

creados de las pezuñas a la cornamenta sin un momento de vacilación. Así estaba él de pie a mi lado, y yo le devolví la mirada, muy tranquila. Todavía le corrían gotas de lluvia por la nariz. Finalmente habló: ¡Así que los dos hemos logrado llegar a tierra! Los dos. Me llamo Gianni. Dime tu nombre. Hablaba de una forma muy graciosa, como si estuviera leyendo un libreto, y hablaba alemán con un fuerte acento italiano, como si tuviera que representar Wagner pero prefiriera Verdi, aunque entonces yo todavía no sabía cuánto le gustaba la ópera. No sabía nada de él. Que estaba allí, eso era todo lo que sabía. Y me dije, Hoy no pueden atropellarme.

Su voz también fue lo primero en que me fijé cuando lo conocí, le digo a Vica.

Para cuando tú lo conociste ya no era el mismo hombre, King.

Tenía la misma voz.

Eso es lo espantoso de las voces, dice ella.

¿Y qué pasó luego?

Me invitó a un café. Le pregunté qué hacía. Me dijo que era inventor.

¿Te contó lo de su tío?

No, me habló de su fábrica y me dijo que llevaba un vestido muy lindo. Me dijo que había un cuadro que se llamaba *La tempestad* donde había un paisaje verde exactamente igual que el verde de mi vestido.

De Giorgione.

¿Cómo lo sabes?

Me lo dijo él.

¿Le queda todavía algo por contarte?

No me ha dicho lo que ha olvidado.

Vica empieza a frotarse los ojos.

Yo no he olvidado nada, dice. Lo vi todos los días y luego él tuvo que volver a Italia, a su fábrica. Me preguntaba si estaría casado.

No, no lo estaba.

Ya lo sé, pero entonces no le creía del todo.

¿Y te trasladaste a vivir con él cuando volvió a Zúrich al mes siguiente?

Sabes demasiado, King, más de lo que debes, por eso estás siempre asustado.

¿Y en su piso de Zúrich había una estufa de azulejos decorada con un motivo de tulipanes?

No.

Eso es lo que me dijo.

No había azulejos con tulipanes.

Da igual, digo.

¿Cuándo te habló de los tulipanes?

No me acuerdo.

Fui yo la que los llevé bastante después para darle una sorpresa, dice Vica.

OK. Antes o después, qué más da, el caso es que le encantaban, le digo.

Ésta es una lista de los sitios en los que prefiero reclinar la cabeza. En Vico, bajo su última costilla, al lado del plexo solar o junto a su cuello, con su clavícula bajo mi mandíbula. Mis lugares favoritos en Vica son entre la tripa y las ingles cuando está sentada, la rabadilla cuando se tumba boca abajo, y un lado de la cabeza cuando está dormida. Acuesto la cabeza ahora junto a sus ingles y escucho.

La mayoría de las sonrisas prometen demasiado, ¿no te has dado cuenta de eso, King? No tienes más remedio que sospechar de ellas y apartarte. La mayoría de las sonrisas están hechas para engañar. La sonrisa de Vico no prometía nada. Nada. Por eso me encantó, y no me pensé dos veces quererlo. Su sonrisa significaba que en ese momento tenía todo lo que quería tener. Podía meter un dedo entre sus dientes. También significaba eso, que saltaría al cuello de quien me amenazara.

No se parecía a nada de lo que había conocido hasta entonces. Era como todo lo que yo no había visto y sabía que no había visto. De modo que me era familiar y desconocido. No hizo ninguna promesa. Y yo tampoco le habría creído si las hubiera hecho.

Suspiro y ladro sin darme cuenta, suavemente. Hay ladridos tan suaves que se quedan bajo la lengua. La peluquera del traje azul claro aparta su boca de la del repartidor del Pizza Hut y se vuelve a mirarme porque me ha oído suspirar.

¿Es joven?, pregunta.

No es tan viejo como yo, le contesta Vica a voces.

Sólo se es joven una vez, dice la chica.

No, contesta Vica gritando, se es joven un millón de veces, se es joven un millón de veces, y luego parecen sólo una.

¿Cuántos años tiene?

No sabría decirte. Mi marido tampoco lo sabe. Ninguno de nuestros vecinos lo

sabe. Cumplió dieciocho hace unos meses.

No hace tanto.

¡Una eternidad!, grita Vica, una eternidad aquí...

¿Cómo se llama?, pregunta el repartidor de Pizza Hut, cegado por el pelo de la chica, que huele a piel, a su piel y la de nadie más. ¿Cómo se llama?

Lo llamamos King. Antes debió de tener otro nombre. Todo es más sencillo si tomas un nuevo nombre, así que lo llamamos King. Te llamamos King, ¿verdad?

Parece muy inteligente, dice el repartidor de Pizza Hut, se nota por cómo nos escucha.

Me gusta la voz de tu novio, dice Vica a la chica, se pueden saber muchas cosas de un hombre por su voz.

Altota boquita linda, susurra la chica al repartidor de Pizza Hut, y le da un lengüetazo en los labios.

Vica continúa: ¡Hoy no pueden atropellarme!, eso es lo que te dijiste esta tarde, ¿a que sí, bonita?, cuando te tiraste sin mirar al tráfico.

Voy a buscarme un trabajo de camionero, dice el chico, y necesitaré un perro.

No voy a dejar que se vaya, dice la chica, quiero irme a vivir al campo y trabajaré de peluquera a domicilio; ya hay una clientela estable en los pueblos, con todas las bodas y primeras comuniones y funerales. ¿No cree, señora?

Tengo la llave de una casa, dice el chico.

¿Lejos de aquí?, pregunto.

No se lo voy a decir a nadie todavía, ni siquiera a ella.

La peluquera y el repartidor de Pizza Hut se separan. Ella relaja la rodilla y el muslo de la pierna que tenía entre las de él y baja suavemente la barbilla, de modo que sus orejas van hacia delante, y se suelta de los peldaños de su espalda, mientras que él, agarrándola firmemente por la caderas, da un paso atrás. Luego se sonríen como dos barras de pan que acabaran de salir del mismo horno. El chico se empieza a descolgar la bolsa roja que lleva a la espalda y ella le abrocha con sus dedos de uñas color de mora los botones de la camisa.

Tiene razón, señora, ¡hoy no pueden atropellarme!, le susurra a Vica y entra de la mano del chico en el local de Pizza Hut.

¿Sabes dónde se diferencian realmente las mujeres de los hombres, King? No donde tú crees, ahí simplemente las cosas están atadas de maneras distintas, con cintas distintas, no, donde se diferencian realmente es aquí, junto a los hombros, en lo que yo llamo el tejado del hombre: esa pequeña pendiente que baja de los hombros al pecho. ¿Por qué todas las estatuas que no tienen cabeza ni brazos ni pollas ni pies siguen pareciendo hombres, inconfundiblemente hombres? Todo tiene que ver con lo que sucede aquí, en este querido tejado. Desde una de las ventanas del piso veíamos el Zürichsee. Sus hombros tenían cuatro protuberancias cada uno, que eran duras o blandas según él quisiera. A mí me gustaba agarrarlas. Jugar con ellas, poner la mejilla en ellas, darles nombres. A una la llamaba Fuerza, a otra Prudencia y luego venía Justicia. Me he olvidado del nombre de la cuarta, perdóname,

King. Él se reía cuando yo las nombraba y decía que era una calvinista redomada. Lo cual no impide que la belleza del cuerpo del hombre siempre tenga algo que ver con lo vertical, con estar vertical.

Hay muchos hombres torcidos, mascullo con el hocico en su muslo.

Por detrás están las paletillas y por delante está este tejado, este tejado hecho para dos. Pregúntale a la peluquera, King, iella seguro que sabe de qué estoy hablando!

Cuando un hombre está más bello es cuando está a punto de dar un paso, con el estómago ondeante como una cortina muy estirada bajo el tejado, cuando está a punto de avanzar, con la polla como una paloma oculta detrás de la cortina, los brazos que te van a tomar colgando todavía a ambos lados, más calientes en la cara interna, donde tocan el cuerpo, y sus delgadas caderas remetidas bajo el tejado, dejándote todo el espacio que precisas durante toda la noche, haga el tiempo que haga. Es entonces cuando está más hermoso, King.

Desde cada hombro salía un caminito que llegaba hasta el pezón. Esa pequeña semilla de pezón que está ahí para nada. Bajé por ambos caminitos con los dientes; entonces eran blancos, King.

Se estrecha de hombros abajo. Así que a veces me echo con los pies a un lado de su oreja, chupándole el dedo gordo del pie, y lo rodeo con los brazos y lo mido como si fuera un árbol.

Un anciano con un sombrero negro de ala ancha se para frente a nosotros. Huele a ropa planchada y a edad. Vica tiene la mano extendida. La tiene extendida mientras me cuenta todas estas cosas. De vez en cuando se le cae o se frota los ojos con ella, pero la mayor parte del tiempo implora a los viandantes. No nos oyen hablar. Simplemente ven a una mujer corpulenta en vaqueros y un perro que descansa la cabeza en su regazo y tras ellos un viejo dormido. La persona del sombrero saca del

monedero un billete de veinte e inclinándose con cierta dificultad lo pone en la mano de Vica. Ésta la cierra como muestra de reconocimiento. No dice nada. Con la otra mano hace una señal: la señal que hace una madre a la entrada de la escuela para animar a su hijo, que no quiere separarse de ella. El anciano se endereza y, más contento consigo mismo que antes, dirige sus pasos hacia el bulevar.

Yo creía en él, King. Siempre que lo tocaba, creía en él. ¿Sabemos alguna vez cómo decir en lo que creemos? Cuando por fin podemos decirlo, ha dejado de ser verdad, la fe ha desaparecido. Yo creía que la Vida me había llevado a ese hombre y la misma Vida le había llevado a él a ser lo que era. Y yo podía tocar lo que era. No escuchaba demasiado sus palabras. Escuchaba su voz sin oír las palabras, y lo tocaba.

Creía que íbamos a tener una vida que daría cosas a la Vida a cambio de la casualidad inaudita de habernos conocido. Nunca me acostumbraría a lo nuevo que me resultaba. Por la tarde, cuando volvía de trabajar, era nuevo, muy nuevo. Por la mañana, cuando se iba a trabajar, era nuevo, muy nuevo. Hoy no pueden atropellarme, me decía a mí misma todos los días. Incluso cuando me lo conocía de memoria y mis dedos eran expertos en cada arruga de su cuerpo, era nuevo. Era mayor que yo, ya había vivido una vida y, sin embargo, para mí era nuevo.

Puedo tocar la pierna de Vico con la cola; está así de pegado a nosotros, echado cuan largo es en la acera. Todo lo que me está contando ella está en algún lugar de los ojos de él. Y sus ojos están cerrados. Dormir es lo mejor.

He conocido a otros hombres, King, tú lo sabes, antes y después de él, y nunca he sentido lo mismo. Otros hombres hacen cosas. Él simplemente era.

Toco la pierna de Vico con la cola.

¡Vamos a la ópera!, me dijo una noche. No hay ópera en Zúrich, le dije. He comprado las entradas, me dice. *Il Trovatore*. En la Scala de Milán! Esta noche

tomamos un coche cama.

Su manera de decidir me intrigó siempre, como si cada decisión fuera un sobre con un secreto dentro y al tomarla cerrara el sobre antes de entregármelo. Lo que más le gustaba era planear sorpresas. Y cuando llegaba la sorpresa, le encantaba verme aplaudir feliz.

Vica empieza a aplaudir y yo pongo el hocico entre sus manos para impedirse lo. Es mejor que no lo despierte todavía. Cuanto más hable después de la cerveza menos posibilidades hay de que se peleen.

¿Qué podríamos regalarle a mi madre por su cumpleaños?, me preguntó. No conozco a tu madre, le digo. Creo que tu persona sería un regalo estupendo. Y ecco!, se saca del bolsillo dos billetes de avión a Nápoles.

Hemos extinguido los fuegos en tu honor, me dijo en el avión, ahí está el Vesubio, sólo humea ahora, bébete el Campari. Lo besé. Y descendimos sobre la bahía para aterrizar. Su madre era una viuda con pendientes negros que tenía muchos pájaros. Tenía seis jaulas colgadas en los balcones del segundo piso donde vivía, y los pájaros cantaban día y noche.

Por suerte murió hace ocho años, así que no puede ver dónde estamos ahora. Creía que yo ejercería un efecto estabilizador en su hijo. Tiene la vista puesta tan lejos que algunas mañanas no es capaz de encontrar los zapatos, me dijo un domingo camino de la iglesia. Recuerda mis palabras, continuó, mi hijo cambiará con la edad, yo no estaré aquí para verlo, pero recuerda mis palabras, Gianni cambiará y tú estarás a su lado, ¿verdad?

Has llegado en el momento justo, mia coccalino, me cuchicheó una noche cuando yo me estaba lavando la cabeza en el cuarto de baño, el sábado puedes ir a ver a Nostra Madonna di Regnos Altos.

La Madonna estaba en el barrio español, en donde todo estaba sucio, salvo la ropa tendida. Lavan sus harapos continuamente. Las casas eran pequeñas, una habitación por planta, y las calles estrechas y oscuras...

No estamos muy lejos de donde vivió Giambattista Vico, me dijo Gianni, no muy lejos de la calle donde nació el primer genio del pensamiento moderno. ¿Sabes por qué fue el primer genio del pensamiento moderno? Fue el primer pensador que se dio cuenta de que Dios no tiene poder. Al oír esto, su madre se santiguó tres veces.

¿Por qué te estoy contando todo esto, King?

Porque sabes que te escucho.

No nos hace ni pizca de bien.

Nos aproxima un poco más.

¿A qué?

A lo que ni tú ni yo sabemos.

La callejuela está llena de gente mudándose, mudándose de casa, King. Hombres, mujeres, niños, tantos en la estrecha callejuela que Gianni y yo tenemos que estar todo el tiempo dejando paso. Su madre ha vuelto a casa. Y lo mismo sucede en las calles que cruzan aquella en la que estamos. No hay una sola esquina tranquila. Todo el mundo se está yendo a otra parte. Los hombres cargan en sus

espaldas haces de junco dos veces más altos que ellos. Las mujeres salen a la puerta con alfombras enrolladas y sábanas dobladas y sus encajes y candelabros. Y los niños construyen torres con un cargamento de cajas de cartón que han encontrado. No sé qué pasa. ¿Va a haber una erupción del Vesubio? ¿Han recibido aviso de llevarse sus objetos de valor y ponerlos a salvo en otro lugar?

No tengo miedo porque estoy con Gianni. Él no me dice nada. Deja que intente adivinarlo yo. En aquel tiempo era así. Era su forma de animarme a aprender cosas, y me observaba con la sonrisa del profesor, que al poco cambiaba a una sonrisa de felicidad, pues mi inocencia también era un misterio para él, un misterio del que se nutría. Cuando me observaba mientras yo tomaba los nocciole gelati recordaba cómo era comer nocciole por primera vez.

Unos hombres transportan farolillos de colores, altas escaleras de mano, largos postes. Un hombre en una silla de ruedas desenrolla unos cordeles que llevan cosidos trozos de papel de colores con corazones y diamantes recortados. Sobre las torres de cartón que han construido los niños, las mujeres extienden paños de terciopelo. Terciopelo y sueños, terciopelo y noche, terciopelo y bienvenida, terciopelo y una puta, terciopelo y amor, King. Sobre el terciopelo colocan unos tesoros que han sido bruñidos para que refuljan.

Otros hombres plantan los juncos en el suelo como si fueran árboles: meten los tallos entre los adoquines, los sujetan con bramante y palos y los curvan por arriba hasta que se tocan; entonces los atan para que se queden así, transformando las calles en las naves de una iglesia, no más anchas que un hombre con los brazos en cruz. Y por estas naves pasa la gente como si fueran parejas camino del altar. Gianni y yo también.

Las calles se están vistiendo. Todas las calles cantarán esta noche. Unas se emborracharán. Otras no pararán de reírse. Otras bailarán sin descanso. Esta calle se sentará la noche entera a comer como un hombre. Esta otra concertará matrimonios como una mujer. Y esta otra, que acaba en unas escaleras, esperará a que vuelvan a casa sus marineros.

Gianni me toma del brazo y me dice, ¿Ves esa ventanita al lado de la puerta? ¿Sí? Se abre hacia fuera y cuando alguien se muere en la casa lo sacan por ahí, nunca por la puerta. Estas casas están abarrotadas, porque son pobres, de modo que no quieren que los muertos regresen inesperadamente, colándose por la puerta abierta. De este modo, los muertos tienen que llamar por la ventana si han olvidado algo. No te preocupes, hace meses que no se ha muerto nadie... Cuando se muere alguien, la calle no se viste durante todo un año.

Las ancianas cuelgan encajes de las paredes, toscas y sucias, impregnadas de orina, haciendo así más blanca la calle. El encaje es lujo, el encaje es soledad, el encaje es espera, el encaje es caricia, el encaje es delicadeza, encaje para los pobres, el encaje es atención, el encaje es seducción. Qué orgullosas estaban colgando sus encajes en la calle. Todas sabían cuáles eran las mejores piezas, aunque no lo dijeran. Tal vez no lo sabían de jóvenes.

Con la amarga experiencia todos aprendemos a tasar el encaje.

Cuando llega la noche hay más flores en la calle que cuando muere un rey. Rosas, azucenas, margaritas gigantes, capullos de almendro, asfódelos, madre selva, hibisco, capullos de manzano, y de los árboles atados sin raíces cuelgan guirnaldas de laurel. Y las luces encendidas brillan con los colores de todos los helados napolitanos: straciatella, fragola, nocciola, tutti frutti, coccomero, albicocca, cereza.

Vica canta. No sabe que está cantando. Vico no la oye. Estamos desplomados ante la entrada de mercancías de la zapatería. No se oye nada, y ella me canta.

Ancianos de manos venosas, King, protegen las llamas vacilantes de las velas blancas, y en el centro de cada grupo de velas, espera en silencio la Madonna que han sacado de la casa.

Todas las Madonnas, King, van cubiertas de azul y oro, algunas son de madera, otras de porcelana, otras de loza. Todos saben cuál es la más rica, nadie sabe cuál es

la más pobre. En las mesas colocadas delante de las puertas de las casas hay dispuestas bandejas de dulces, recién sacados de los pequeños hornos: galletas de almendra, buñuelos color cobre espolvoreados con azúcar plateada, lenguas de gato con sabor a limón, amoretti morbidi.

Las pequeñas Madonnas esperan que baje de su capilla en el cerro a bendecir sus hogares la gran Madonna di Regnos Altos. Cuando llegue llevará rosas amarillas.

Gianni me toma de la mano. Dos carabinieri en moto vienen hacia nosotros a la velocidad de una mula intentando abrir paso en la nave de la calle convertida en iglesia, que ya está abarrotada de niñitas ataviadas con sus mejores galas y cintas —las cintas son lazos, las cintas son trenzas, las cintas son finas muñecas, las cintas son para tirar—, de padres en camisa planchada y brillantes zapatos y sombreros cepillados, de ancianas que ayer se ayudaron a peinarse unas a otras, de ancianos contando —cuentan los muertos, los años, las Madonnas, los nietos, las liras, el número de botellas que les aguardan, la fecha del próximo sorteo de lotería—, de madres que olvidarán su cansancio en cuanto empiecen a bailar y bailarán con todo el que se lo pida, salvo Jacopo o Giorgio, y se desinhibirán sobre todo cuando bailen entre ellas, riéndose al ritmo de sus grandes cuerpos bamboleantes mientras recuerdan cuando les pasaban lista en la escuela: Rosa, Teresa, Paola, Lucietta, Matilda, Brigida.

¿Cómo despejan la calle? Te lo diré, King. Primero las casas se vaciaron en la calle, luego la calle, que era enteramente una casa, se vació en las casas. Todas las puertas están abiertas.

Ahora llega el director de la banda avanzando de espaldas. Me digo, De viejo Gianni será como él. El director de la banda rondará los setenta años, pero tiene la misma ligereza en los pies que Gianni, la misma forma de elevar los codos, la misma autoridad, el mismo sentido del ritmo. Sí, Gianni será como él, y Gianni tiene muy buen oído, así que cuando se jubile puede enseñar música, ¿por qué no?, y probablemente será calvo como el director de la banda.

No lo mires ahora, King.

La banda llena la calle de música hasta que rebosa. Rebosa y cae en todas las alacenas y aparadores y bodegas y áticos y escaleras. Los uniformes de los músicos son rojos y negros y las gorras tienen unas cintas de reps blancas. Treinta músicos de todas las edades.

¿Y las chicas?, le pregunto.

Míralas, King, eran diez años más jóvenes de lo que era yo entonces. Los carrillos hinchados, fruncen los labios en torno a las boquillas de sus instrumentos, faldas cortas, rodillas sonrientes y zapatos de alza a la última, descaradas, se partirían de risa, y su descarado radica en el hecho de que saben con toda seguridad, mientras avanzan lentamente por las naves de la calle convertida en iglesia, que la música escrita en las partituras enganchadas en el extremo de sus clarinetes y de sus flautas, todos los graves y los agudos, las corcheas y semicorcheas, está ahí en el papel pautado para hacer alarde e iluminar su juventud, que bajo su piel bailan las notas sin decir palabra, y a los músicos que las siguen, encarnados con el esfuerzo de soplar sus tubas y sus fagots, no les cabe el orgullo en el cuerpo de poder dar una serenata a las chicas, a punto de abandonar los calcetines blancos, pero todavía lo bastante jóvenes para ser sus hijas.

El director de la banda deja caer lentamente el brazo, y la música se va apagando. Gianni me conduce hasta un murete y me dice que me suba. Yo no me muevo de aquí, me dice para tranquilizarme.

Los músicos se pasan una botella de agua. La Madonna de porcelana, rodeada de su cojín y de sus peras en conserva del año pasado y de sus velas encendidas, espera. Espera a la grande, Nostra Madonna di Regnos Altos.

De pie en el murete recuerdo el milagro de los panes y los peces de la Biblia, que dio de comer a una multitud de cuatro mil almas, y observo el milagro de cuánta gente acoge este pequeño rincón de la calle, dejando todavía espacio para que avance por la nave el cura que guía a la Madonna grande, engalanada con rosas

amarillas y de pie en unas andas que llevan a cuestas cuatro hombres con brazos de boxeador.

Las dos se miran sin palabras, la grande, con su frente lisa y sus largos brazos con las palmas extendidas, y la pequeña, que pasa todo el año en un estante sobre la cama de matrimonio de la minúscula vivienda. El milagroso silencio que se establece entre ellas llena toda la calle. Oigo el pequeño zumbido de uno de los cables de las bombillas de colores que ha debido de quedar mal enchufado. Nada más. Los jarrones de flores esperan, y las colchas de encaje colgadas de las sucias paredes y los hombres que tosen y las mesas y las sillas de los comedores, y los platos y los tenedores y cucharas, las toallas, las camisas planchadas, los zapatos, los calcetines de los niños, los higos recogidos ayer, y todas las habitaciones, llenas de silencio, esperan. Espero y Gianni a mi lado espera, y mientras espero pienso en el tejado de sus hombros cuando me quedé en cueros delante de él.

El cura ruega a Nostra Madonna di Regnos Altos que bendiga esta morada y a aquellos que viven y vivirán en ella durante el próximo año, por los siglos de los siglos, amén.

La Madonna sonreía como sonreía antes y como probablemente seguirá sonriendo ahora. La calle se santigua sobre su estrecho pecho y la banda vuelve a reunirse y los niños chillan y las abuelas pasan bandejas de dulces y los hombres se gritan, ¿Vienes esta noche? ¿Vienes esta noche?, y las chicas pasan la página de su partitura, y Gianni se vuelve hacia mí y me dice, ¿Y si te pido que seas la Señora Vico?

Sí, respondí, sí.

¿Así que estáis casados?

No he dicho eso. He dicho que me lo pidió.

Y tú dijiste, Sí.

Me lo pidió muchas veces y cada vez yo grité de gozo y dije, Sí, King.

¿Por qué no os casasteis entonces?

¿Quién ha dicho que no lo hiciéramos?

Me cuentas lo que quieres. Exactamente lo que quieres.

Quería contarte cómo fue la primera vez y lo de la bendición de las casas, eso es todo.

Deja caer la cabeza y no tarda en cambiar el ritmo de su respiración. El sol se está poniendo en el mar y está ya muy cerca del horizonte. Desde esta puerta de Salluste Street no veo ni el mar ni la puesta de sol, pero sé dónde está el sol por el color de las nubes. Están dormidos los dos, arropados con sus abrigos.

Cuando no queda un resplandor en las nubes, los despierto. Para despertar a Vico le mordisqueo levemente los nudillos. Lo he intentado de otras maneras: ésta es la que prefiere.

En el caso de Vica, le levantaré la mano entre mis dientes y continuaré con el brazo, soltándolo y tomándolo con la boca, sin que la roce siquiera uno de mis colmillos, hasta llegar al sobaco.

¿Por qué no me llevas a casa subida a tu lomo?, me dirá.

Volveré a bajar por su brazo hasta la muñeca.

Estamos perdidos, King.

Y dejaré caer su mano.

8 p.m.

Primero va Vico, luego Vica empujando el carro y luego yo. Caminamos en fila india. Hemos aprendido que es la mejor forma de andar por la noche. Menos agotador, más seguro y más tranquilo. Cada uno va andando con sus propios pensamientos o con su propia frase para esa noche, repetida una y otra vez.

No tienes nada, nada por lo que quedarte.

Hoy no pueden atropellarme.

Hay muchos hombres torcidos.

Las tres frases se arrastran una detrás de la otra.

Por el sureste se ve una luna llena. Camino cerrando la marcha y sueño con una noche en la que los pobres sean ricos. Veo mi playa. El horizonte ha desaparecido y el mar con él. Sólo hay cielo, y el cielo desciende hasta donde acaban los guijarros y empiezan las rocas. El malecón entra en el cielo. Cuando me acerco a chapotear a la orilla de algas, mis pezuñas chapotean en el cielo. Sumerjo la cabeza en la gélida infinitud del universo y al sacudirla luego desprendo estrellas.

Los perros no deben soñar. Nunca deben soñar. La mano de un hombre al pasar a mi lado en la acera roza accidentalmente mis costillas, y me viene un recuerdo, viene tan rápido que no puedo hacer nada por detenerlo y, a diferencia del camión de Berlín, no se detiene y me atropella.

Hace mucho tiempo yo estaba junto a un aeropuerto. Había un campamento: hangares de lona, alambre espinoso, literas, reflectores, cochecitos de niño utilizados como carros, caos, gente que espera, unos solos, otros con parte de su familia, todos esperando interminablemente a volver a sus hogares, a irse, a que les dieran algo. No tenían nada. Era un perro policía.

Una mujer me llama. Me dice que se llama Marina. Entre las dos y las cinco de la madrugada se apagaban algunas luces. Había una manta, sus bultos diversos y una alfombrilla que había desenrollado. Llevaba pantalones y un anorak de hombre, era más o menos de mi misma edad. Me eché a su lado en el suelo. Puso una mano entre mis patas y empezó a moverse para excitarme, lo cual no le resultó difícil. En aquel desolado descampado junto al aeropuerto, estuvimos los dos a punto de encender una lucecita incandescente de placer, en silencio, una lucecita encendería tal vez otra y otra, trazando bajo la manta nuestra propia pista de despegue para dejar atrás el dolor.

Sonreíamos. Y luego nos miramos a los ojos y vimos lo que había sucedido. Yo no podía hacer nada salvo quedarme muy pegado a ella, tragando saliva. Ella agarraba todavía mi sexo empalmado y apuntaba a lo alto con la mandíbula, como si estuviera intentando besar con sus labios cortados algo que no alcanzara a tocar, y sus ojos apenas abiertos señalaban la punta de sus orejas. Cuando un perro nada, con la nariz fuera del agua, anhelando una orilla que nunca alcanzará, tiene la misma cara que tenía ella acostada en el suelo a mi lado. Nada reluce. Había dejado todo atrás, lo había dejado junto con la regularidad de los días laborables, los tranvías que conocía, los impermeables de los niños, su país. Follar era una forma de suplicar un cobijo, un cobijo sólo. Me soltó, me acarició suavemente las costillas y me susurró, ¡Vaya, hombre! Perdóname.

Vico va delante, luego Vica empujando el carro y luego voy yo. Avanzamos despacio, como una barcaza muy hundida por la carga, pero con determinación. Vamos al abrigo donde vivimos.

El Rugido diario disminuye. Hacia Ardeatina oigo otra cosa; los sonidos no tienen nombre y hay tantos sonidos como palabras. Éste me preocupa. Tal vez es un silencio, un abrupto silencio, como el silencio que sigue a un disparo o a un grito. El silencio del golpe antes de sentir el dolor. Levanto las cuatro patas de un salto y echo

a correr. Oigo a Vica llamarme, y no hago caso. Pueden volver solos, a su paso. Yo corro al abrigo.

Cuando me aproximo, huelo a gasolina diésel y a agua encharcada sobre la tierra reseca. No a agua del grifo como la que cogemos Vica y yo de la gasolinera dos veces a la semana. A agua sucia. Agua de lavar los platos o la ropa, agua en la que han lavado hombres, no mujeres —sí, con mi olfato, distingo la diferencia—. Que Dios me ayude. Muchas cosas pueden explicar el olor a agua. Es el olor a gasolina lo que me asusta.

La teoría de Giambattista, me explicó Vico muchas veces, era que todas las civilizaciones de este mundo pasan por cuatro etapas; cuatro etapas muy largas. La primera es la Era de los Dioses, cuando todo es nuevo y todo es posible, incluso lo peor. Luego viene la Era de los Héroes, cuando Helena se puso a joder la marrana en Troya, y los griegos descubrieron la tragedia. Tras lo cual llega la Era de los Hombres, que es el tiempo de la política y de los sacrificios —no ya a los dioses, sino por la justicia humana—. Y finalmente llega la Era de los Perros. Tras la cual, dice mi Vico con su voz de terciopelo, el ciclo volverá a empezar. I ricorsi! I ricorsi! Tal vez se lo ha inventado todo.

Corro más, confuso por un miedo inexplicable, y me paro junto al Pilon. Veo luces al otro lado de la charca que se reflejan en la superficie oleosa del agua. La orilla opuesta de la pequeña charca parece tan recta como el cañón de una pluma en la que las sedosas barbas de un lado son simétricas en relación a las del otro, y entre las barbas, deslumbrándote a un lado y al otro, las mismas jodidas luces. Se me seca el gahnate donde se junta con la nariz. No debería haber luces ahí a estas horas. El abrigo se cierra temprano. Como mucho se vería la luz parpadeante de la linterna de alguno de ellos que ha salido a cagar, o la luz del candil de petróleo de Jack, el Barón, al otro lado de su ventana, porque padece de insomnio y por la noche, cuando no está cosiendo una nueva chaqueta, rellena los boletos de lotería. Y lo que estoy viendo, espantado, son faros de automóvil. Seis por lo menos.

No sé si es muy tarde. Es de noche y estoy echado en la hierba al otro lado del río, cerca de la playa donde viven los cangrejos ermitaños. Todavía tiemblo y oigo el mar. Tal vez el sonido de las olas me calme o me vuelva indiferente. El tiempo lo dirá. Os contaré lo que sucedió.

El abrigo estaba tirado en un montón como cada noche; a la luz de la luna, sus pliegues, sus arrugas y sus bolsillos proyectaban profundas sombras. Lo que me asustó fue el jeep militar aparcado donde estaría la hebilla si fuera un abrigo con cinturón. Tenía los faros encendidos, aunque el motor estaba apagado. Le habían ajustado un reflector en el techo. De pie junto al vehículo había cuatro agentes antidisturbios con sus metralletas Famas entre los brazos. Sentado al volante del jeep había un oficial. Parecía que estaba leyendo.

Pero mucho peor que la presencia de estos hombres y sus uniformes era la amenaza de una gigantesca máquina, dotada de luces propias, que cruzaba lentamente el terreno desde Ostiensis. Se movía sobre orugas, y oí el ruido que hacía al arrastrarse. Un ruido de piedras desgarradas como si fueran trapos. A esta máquina, pintada de amarillo y negro, más alta que todos los camiones de la ruta de Berlín, se la conoce con el nombre de Pala Excavadora.

Me dirigí al pedazo de hierba que había junto a la solapa derecha. Estaba muy alta y me escondí allí. Me había acercado lo bastante para ver que el oficial tenía una marca de nacimiento de color ciruela en la parte izquierda del cuello. Se había bajado del jeep y tenía en la mano un megáfono. Llevaba guantes y con una mano enguantada hizo una seña a uno de los antidisturbios.

Éste se subió al techo del vehículo, encendió el reflector y manipuló el haz de luz con tal exactitud que daba la impresión de que sabía lo que estaba buscando, y el haz barrió lentamente el abrigo.

Este barrido era una señal. En la oscuridad todo es una señal. Los antidisturbios querían mostrarles a todos los que se estaban escondiendo que iban a ser barridos.

El oficial manipuló el amplificador del megáfono, que emitió un rugido interesante.

La Excavadora se acercaba. Tenía la marca escrita en negro sobre amarillo: Liebherr. Estimado Señor. Su mástil era más alto que las farolas de la M-1000. Y podía ladearse y girar y tenía brazos articulados.

El oficial se subió a mi montaña de escombros, el montón desde el que vigilo el terreno, y se llevó el megáfono a los labios.

No tenéis nada que temer, dijo. El volumen estaba tan alto que apenas se entendían sus palabras.

No tenéis nada que temer. Os estamos pidiendo que salgáis, que salgáis todos. Os vamos a dar una comida caliente, de las que no os suelen caer en suerte. Una comida caliente. Os vamos a realojar con mejores condiciones. Tendréis transporte.

El oficial se quitó un guante y reajustó el volumen del amplificador. La Excavadora se había detenido frente al contenedor de Danny.

Os pedimos que salgáis. No tenéis nada que temer.

El oficial se llevó la mano libre a la mancha del cuello.

Os realojaremos con mejores condiciones. Se ha examinado el suelo sobre el que estáis viviendo y se ha demostrado que está contaminado. Hay gases nocivos. Insisto en que tenéis que salir.

Vi la cara del operador de la Excavadora. Parecía confuso. Parecía como si no supiera por dónde empezar.

El oficial hizo un gesto con la cabeza a dos antidisturbios al tiempo que les decía, Comprueben que no hay nadie ahí dentro, ni animales ni bombonas de gas.

Los dos agentes antidisturbios se acercaron al sitio de Danny y rasgaron la manta —era de color gris y tenía una línea de cuadraditos rojos en los extremos—, la manta que colgaba de la entrada que había practicado Danny en la pared de metal del contenedor. Había utilizado el soplete de Marcello. La entrada era estrecha porque Danny es muy delgado. Vica no podría pasar por ella, es demasiado colosal. Cuando Danny le contaba un chiste desde el otro lado de la puerta, ella se tronchaba de risa fuera.

Un hombre llama a la comisaría para informar que ha desaparecido su mujer. ¿Desde cuándo?, le preguntan. Desde hace ocho días, responde él. ¿Por qué no nos lo dijo antes? ¡Creí que se había ido a charlar un rato con la vecina!, responde el hombre.

¡Chiste de tíos!, farfulla Vica.

Danny nunca contaba dos veces el mismo chiste. Los recogía, varios al día, como otros recogían los yogures y el beicon pasados de fecha que tiraba la gente.

Uno de los agentes entró en el contenedor de Danny linterna en mano. ¡Nada, mi capitán!, gritó.

¡Entonces hágase a un lado!

La Liebherr avanzó.

Corina salió corriendo de su furgoneta. De tan delicada que era, a la luz de la luna parecía una pequeña enagua de satén que el viento había soltado de la cuerda donde estaba tendida. Avanzaba maldiciendo: ¡Hijos de puta, fuera de aquí! Ya nos lo habéis quitado todo. ¡Fuera!

El oficial habló por el megáfono.

Os pido a todos que salgáis como lo ha hecho ella. No tenéis nada que temer. Os estamos ofreciendo realojarnos en un buen sitio. Los exámenes del suelo demuestran que viviendo aquí corréis un grave peligro.

¿Entonces qué hacéis que no os largáis inmediatamente?, gritó Corina.

Corrió hacia la Excavadora. ¡Bestia maldita!, gritó y empezó a tirarle piedras. ¡Bestia maldita!

Las piedras eran muy pequeñas y ni siquiera llegaban a dar en la pala de la Excavadora. Cayó de rodillas, y el operador no supo qué hacer. Paró el motor y se quedó sentado en la cabina, inmóvil. ¿Qué se podía hacer en semejante situación?

Parecía avergonzado y también parecía que iba a hacer lo que le ordenaban que hiciera. Encendió un cigarrillo, y Corina seguía arrodillada delante de la pala. Los antidisturbios miraron al oficial, esperando órdenes. Corina alzó las manos al cielo, los dedos entrelazados en actitud suplicante. Yo aullé un poquito para animarla. El oficial indicó que la quitaran de en medio.

Un agente se acercó y la puso de pie. Ven con nosotros, Abuela, dijo. ¡Cabrones!, vociferó ella. No te pasará nada, dijo él, ven con nosotros, que te vamos a dar algo caliente que llevarte a la boca.

Tengo una silla de madera, dijo ella, y pronunció estas palabras como si fuera una reina.

Luego se agachó y cogió del suelo, junto a su pierna, fina como un palillo, un trozo de ladrillo y, girando el brazo derecho como el radio de las ruedas de un carro, lo lanzó al aire antes de que el agente pudiera agarrarla. El trozo de ladrillo rojo cayó sobre el techo de la cabina de la Excavadora. El conductor no se inmutó. Los antidisturbios la condujeron hasta el jeep.

Tengo una silla de madera, repitió ella.

El oficial hizo una seña con el dedo, y la Excavadora reptó de nuevo. La lentitud de la máquina era semejante a una espantosa punzada en el vientre. Cuando te pegan, el golpe suele ser tan rápido que por lo general no lo ves venir. Hay un porrazo y un dolor repentino. La violencia es por lo general rápida. La terrible lentitud de la Excavadora era una amenaza de aniquilación, y anunciaba que no había escapatoria. Me puse a temblar.

La máquina dio una sacudida y se paró en seco. Con el mástil bajo y husmeando el suelo como un hocico gigantesco, se extendió hacia el contenedor de Danny. Las orugas estaban inmóviles. Colgados de unos pistones plateados al final del hocico, como una mandíbula abierta, los dientes rompedores golpearon

levemente el contenedor, y el contenedor retrocedió unos metros. El operador, pálido, observó desde detrás del cristal irrompible de la cabina y por fin se decidió. La Excavadora alzó la cabeza y golpeó con la mandíbula el tejado de Danny. El tejado se abolló y se dobló y nada más se movió hasta que se perdió en el aire el último eco del golpe hueco.

Corina rompió a llorar.

La Excavadora bajó la cabeza y mordió una esquina del contenedor, hincándole bien los dientes. Ahora ya podía agarrar la caja, elevarla del suelo, lentamente, más lentamente de lo que pude soportar mirar, arriba, arriba en la oscuridad, hasta que los dientes se separaron dejándola caer violentamente al suelo.

Otro chiste de Danny: ¡Camarero! ¿Qué hace esta mosca en mi helado? Esquía, responde el camarero.

Cuando el contenedor se estrelló en el suelo y se volcó a un lado, no se oyó nada dentro. Sonó como si estuviera vacío. Desesperadamente vacío.

Danny no poseía nada, salvo una bicicleta robada en la que se iba todas las mañanas. Dentro del contenedor, en la pared de metal junto al colchón en el que dormía había pegado una foto. La foto la había tomado Jack y mostraba a Luc y Danny y Marcello y Joachim con Catastrophe el día de Navidad del año pasado. Dos de ellos se han ido.

Cinco minutos después, volcado y aplastado, el contenedor de Danny parecía un ahorcado. Seguía estando reconocible, pero se veía que habían acabado con él.

La máquina se dirigía ahora hacia el sitio de Alfonso. Yo di un rodeo pegado al suelo y llegué antes. Alfonso estaba sentado en el escalón delante de su chamizo,

donde a veces deja un plato para mí. Llegué sin resuello. Tenía los ojos cerrados. Sabía que esto era lo que iba a hacer cuando llegara la Excavadora.

Tocaba la guitarra y no tenía una guitarra en la mano. Distinguí una funda de guitarra dentro, tirada sobre el colchón, en el chamizo que se había construido el otoño pasado aprovechando una tapia de ladrillo que quedaba en pie. La brillante funda negra estaba cerrada, y en el suelo había tres botellas de vino vacías. Si hubiera podido entrar, las habría hecho rodar con el hocico. Alfonso había encontrado los tablones del suelo en un salón de baile abandonado, los había cargado hasta Saint Valéry en cinco viajes y los había puesto él mismo. Los mantenía muy limpios.

Se oyó un grito a lo lejos. El viento del mar soplaba con fuerza. Y otra vez el mismo grito. Supe que era Jack. Era Jack pidiendo que lo iluminaran. Los antidisturbios giraron el reflector hacia el cuello del abrigo, de donde venía el grito. Iluminó a Jack de pie sobre el montón de neumáticos. Tenía una campana en la mano.

Miré a Alfonso, que seguía con los ojos cerrados. Los dedos de su mano izquierda pisaban unas cuerdas invisibles, las pisaban sabiendo dónde lo hacían, sabiendo y bajando sobre unos trastes invisibles. Su mano derecha revoloteaba como una alondra, los dedos extendidos, separados, tocando rápido. Rasgando las penas invisibles y silenciosas que le atenazaban el estómago, sacándolas. Llevaba el ritmo con el pie. Me asusté y, como Alfonso, no quise ver qué era lo que me asustaba.

No pienso andarme con huevadas, retumbó la voz de Jack. Se le oía sin megáfono, tenía una voz que llegaba muy lejos. No llegaban todas sus palabras, pero sí llegaba la vara de su autoridad. Por un momento me olvidé de mi miedo. Alfonso continuó llevando el ritmo con el pie. Me abrí para reunirme con el Barón junto al montón de neumáticos.

No pienso andarme con huevadas, y menos aquí, gritó Jack. No tienen derecho a tocar estos techos mientras viva gente bajo ellos y en todos hay gente, ¿entendido? Todos los techos están habitados. ¡En algunos incluso se reciben cartas! Mala suerte,

capitán, no pensamos dejarnos eliminar como si fuéramos una mierda, por el váter.

El oficial daba instrucciones a los agentes. Las manos sobre sus Famas, dos de ellos se encaminaron hacia el sitio de Alfonso.

¿Sabe cuánta gente vive en Saint Valéry?, gritó el Barón. Viven ciento diecisiete personas.

Tocó la campana para hacer verosímil la mentira. Ciento diecisiete, y todos los techos van a ser defendidos. Volvió a tocar la campana con una expresión solemne en la cara.

Hay momentos en la vida en los que una mentira es lo único a lo que puedes agarrarte, como esos huesos de plástico que algunos jubilados pobres les compran a sus perros.

Mala suerte, capitán. Le han dado las cifras equivocadas. Le voy a dar un consejo. Retírese ahora, vuelva a recibir órdenes. Esta mañana he estado en el Ayuntamiento. ¡Media vuelta, capitán! ¡Media vuelta!

Oculto en los neumáticos, junto a los pies del Barón, había una escopeta. Normalmente la tenía colgada a la cabecera de la cama: una Panther 440 de acero impoluto. A un lado, por donde se abría para cargarla, tenía una chapita de metal muy linda, con un grabado de un perro rodeado de rosas.

Me subí al montón para estar a su lado. Los neumáticos apilados huelen a bosque de algas. Arrimado a su pierna, alcé la vista y lo observé; su cara era tan fuerte y tan imperturbable como el radiador de un camión Iveco. Y esto me dio miedo, porque sabía del valor de los hombres como Jack. Cuanto más cerca se saben del desastre, más serena es su actitud.

Necesita que sea de día, capitán. Y también una autorización. Déjelo por esta noche. Si persiste, se le acabará descontrolando la situación. ¿Espera que mantenga el orden con una campana? Es lo único que tengo.

Agitó la campana arriba y abajo; iluminado por el foco, el metal lanzó varios destellos. Se permitió mostrar los dientes, pues este gesto podía explicarse por el esfuerzo que estaba haciendo; no delataba nada más. Luego, de pronto, dejó de agitar el brazo y metió la otra mano dentro de la campana para silenciarla. El badajo le lastimó en los dedos.

Necesita que sea de día, capitán. Si la situación se le escapa de las manos esta noche, yo no respondo de lo que suceda.

Dejó que la mano lastimada revoloteara por el aire.

Usted tampoco podrá responder, capitán, y le harán responsable, ¿no es así, King? Me pasó los dedos por el hocico y, discretamente, comprobó con el pie que la escopeta seguía en su sitio.

Le lamí los dedos y me fui. Tenía que avisar a Vico.

¿Dónde estaban? Abrí la boca y dejé que el aire de la noche me frunciera el morro y me acariciara levemente las encías. No había mensajes. No estaban en la Cabaña, ¿dónde estaban, pues? Se me ocurrió que podría haber otra razón para que no hubiera ningún mensaje de la Cabaña, y de esta razón salí huyendo a toda prisa. Corrí en la dirección opuesta, hacia el hombro izquierdo del abrigo, con la intención de bajar por la manga.

Pasé delante de la caseta de Anna.

iKing, ven! ¡Aquí! Por lo que más quieras, King. ¿Adónde vas tan corriendo? ¡King! ¡Quieto! ¡Quédate conmigo! Los asustarás si llegan a venir aquí. No se atreverán a pasar. La pasma es muy miedosa, siempre lo ha sido. Una vieja como yo puede asustar a uno o dos. Pero si vienen cuatro, estoy perdida. Si vienen cuatro, dos me agarran y dos acaban conmigo. Ven conmigo, King. Te daré algo de comer, abriré una lata.

Seguí corriendo, aplastando su voz con las patas, aplastando su voz de anciana, su voz fina como los pañuelos con los que limpian el culito a los niños. La locura no es un camino equivocado, es un follaje que cubre los caminos.

Saul estaba sentado en el Rancho de Luc, junto al sobaco izquierdo, con una linterna en la mano. Tenía el sombrero puesto y la Biblia abierta en el regazo. Sus rodillas anunciaban lo que estaba leyendo.

Porque sobreviví a la oscuridad, y Él no me impidió verla.

Estaba sentado en la televisión que le había dado Marcello. Al alcance de la mano en el suelo, junto a la televisión, había dejado un cuchillo de carnicero. No levantó la vista mientras estuve en el umbral.

Seguí corriendo, golpeando con las patas. No suelo tropezarme con las cosas por la noche. Las cosas me avisan. Me avisan de dónde están sin revelar su verdadera identidad o su razón para estar allí. En la oscuridad esquivaba la valla de madera que cada día estaba más caída y no tardaría en convertirse en un suelo. Esquivaba las dos grandes estructuras de metal destrozadas, que parecían tendedores, lo bastante grandes para colgar en ellos las alfombras de los banqueros. Esquivaba un pedazo de pilar de hormigón, alto como un hombre, en cuya superficie truncada se iban soltando los guijarros y casi se desprendían como los trocitos de tocino en una rodaja de mortadela seca. Todas estas cosas extrañas me resultaban conocidas porque

pertenecían al lugar que habíamos convertido en nuestro abrigo.

Vi a un agente subiendo por la manga. Se dirigía a la chabola de Marcello, que estaría abandonada. Viré hacia el este y luego torcí hacia el sitio de Joachim...

Me asomé bajo la lona. No vi nada, ni siquiera su radio llena de lucecitas. Oscuridad total. La poliamida que cubría su chabola tenía el tamaño y el color de un elefante gris, de todos modos hoy pensó que era mejor no encender nada. Estaba en algún rincón, invisible en la oscuridad. Olí su cuerpo gigantesco y su tatuaje de Eva y su terquedad para no dejarse hundir. También olí a su gata, Catastrophe, que estaba allí con él, igualmente invisible.

Entonces le oí susurrarle, ¿Con que sabes lo que pasa, eh? Por eso te has puesto a girar como un torbellino en la puta oscuridad. La galerna te roza los bigotes antes de llegar, ¿no? Ven, Catastrophe, ven aquí. Te hueles algo más. Fuerza nueve, gatita. Mi gatita linda, que no le gusta mojarse. A las gatitas debería gustarles mojarse. Te asusta abandonar el barco, ¿eh, gatita? Pero ¿a quién le gusta abandonar el barco, eh? ¿A quién? No hay un alma a la que le guste. Te subes a mi cabeza y te agarras con las zarpitas a mi barba y así no te mojarás. Esta vez nos lo llevaremos todo atado en la balsa, todo, salvo la ventana y la puerta. Que se las queden. Esta vez esos hijos de puta no van a tocar una sola de nuestras cosas, Catastrophe.

El gigante Joachim hablando a su Catastrophe en la más negra oscuridad me animó y cambié de dirección. Retrocedí sobre mis pasos, como lo hago muchas veces. Iría y comprobaría si había sucedido lo peor. Me enfrentaría cara a cara con lo que temía. Volví al cuello y bajé por la manga derecha.

Nuestra Cabaña estaba exactamente igual que la había dejado aquella mañana. Los tres pocillos colgaban de sus ganchitos detrás de la puerta. Los trozos de hormigón que sujetaban el plástico del tejado seguían en su sitio. Lo peor todavía no nos había sucedido.

Liberto y Malak hablaban en la axila.

Nos van a echar uno a uno, decía ella.

No, si luchamos.

Nos echarán por la fuerza.

No si luchamos, Malak, no tenemos elección. ¿Tienes algún Tampax?

Está loco, King. ¡Se ha vuelto loco!

Te estoy preguntando si tienes Tampax.

¿Cómo?

Te estoy preguntando.

Una caja casi entera.

Bien. Vuelvo enseguida.

No me dejes sola, no me dejes, ¡Liberto!

Localízame tres botellas de litro. Vacías. De cristal, no de plástico. Enseguida vuelvo.

No te vayas.

Voy a la gasolinera. También necesitaremos unos trapos. Y tres Tampax.

¿Tienes alguna botella vacía, King?

Se las mostré.

Sólo quienes resisten saben cómo resisten mis amigos.

Tenía que encontrar a mi feliz pareja. En Ardeatina Street no había rastro de ellos. Volví a la esquina desde la que había echado a correr. Allí me puse a ladrar. Vi el resplandor de una televisión al otro lado de una ventana. Sobre los tejados, la noche se iba haciendo más oscura. Las nubes que venían del mar ocultaban la luna. Bajo los tejados, las parejas de viejos ya estaban en la cama. Volví a ladrar, esta vez llamando a Vica. Y ella me oyó, como siempre. Salió de un bar, un poco más abajo en la misma calle, y se quedó en lo alto de unos escalones...

Yo no me moví de la acera, mirándola.

Le he comprado un whisky, King. No ha protestado como creí que lo haría. ¿Y sabes lo que dijo, King? Me has perdonado, dijo. ¿Y yo?, dije yo, iperdóname!, dije.

¡Rápido, jadeé, tenéis que daros prisa!

Espera que se termine el whisky, King. No ha comido nada en todo el día, y está contento.

No tenemos tiempo.

Nadie nos va a cerrar la puerta, dormiremos en nuestra cama, como todas las noches. Te voy a contar un secreto, ven.

Subí junto a ella, en lo alto de los escalones.

¿No quieres que te cuente el secreto? Te lo diré al oído.

No, ahora no. Voy a buscar a Vico.

Es un secreto que quiero contarte a ti solo.

¡Rápido!

¿A qué viene tanta prisa? Me ha llevado años darme cuenta de lo que te quiero contar ahora.

¡Nos quieren echar!, le digo brutalmente.

¿A nosotros?

De donde vivimos.

No a estas horas. ¿Qué te has estado metiendo por la nariz, King?

Acércate a la esquina de la calle, digo, y verás unas luces que no deberían estar allí, vuelve a casa, yo me encargo de Vico.

Nada más empujar la puerta me di cuenta del tipo de bar que era.

En estos bares no suelen verse mujeres y nunca hay camareras. Un local pequeño, en donde el reloj se para un poco después de las diez de la noche. Los hombres que están en la barra ya se han perdido la cena, así que no hay nada que les obligue a volver a casa, aunque viven a la vuelta de la esquina. Están aquí la mayoría de las noches. Se saben muchos secretos unos de otros y todos son expertos en guardar silencio, incluso cuando se les pone lengua de trapo. Cuando se para el reloj, nadie vuelve a pedir, pero retrasan el irse, porque aquí en este pequeño bar son reconocidos y nadie los traiciona y eso les da calor. El secreto que todos comparten y quieren olvidar es por qué no quieren volver a casa. Es diferente en cada caso, pero la consecuencia es la misma para todos. Durante dos años de mi vida pasé mis noches en uno de esos bares.

Los tres hombres que estaban en la barra se volvieron cuando la puerta se cerró detrás de mí.

¡Oye, tú!, dijeron, como si supieran que era uno de ellos.

Pasé de largo. Vico estaba sentado solo en una mesa en un rincón. Agarraba el vaso con las dos manos y con la cabeza gacha olisqueaba el whisky que quedaba. Parecía que iba a meter la lengua y lamer las últimas gotas, como lo hacen los animales sin manos. Sonreía. No me vio hasta que lo toqué en la rodilla.

Así que has venido a por mí.

Asentí.

Vica me ha comprado un whisky. Me dijo que me lo merecía.

Tenemos que volver a casa, dije.

¿Qué prisa tienes?

Han venido.

¿A estas horas de la noche?

Nos están echando. Están destrozando todo. Han destrozado el sitio de Danny y el de Marcello y probablemente ahora estén destrozando el de Alfonso.

¿No está allí él?

Ha perdido el valor, así que lo ha perdido todo. Se limitó a cerrar los ojos. Si estamos allí, no se atreverán, se echarán atrás. El Barón les ha avisado. Tiene una escopeta. Si estamos allí, se echarán atrás.

¿Y adónde se van a llevar a la gente?

Los van a realojar en algún otro lado, dicen.

¿Sabes lo que escribió Giambattista?

¡Me has contado todo lo que escribió!, respondí exasperado.

Una vez le pregunté a Liberto, que lee un montón, si conocía a Vico. ¿Vico?, me contestó, no, nunca había leído nada. De Rulfo sí, pero no de Vico.

Escucha esto, dijo Vico apurando su whisky: «Me parece muy improbable la noción de Aristóteles de que los cuerpos están compuestos de puntos geométricos. ¿Cómo puede salir nada real de una abstracción?». Eso es lo que decía Giambattista. En realidad ninguno de nosotros será realojado, King. Todo lo que nos dicen son abstracciones. La realidad es...

¿Dónde está el carro?, le interrumpí.

Está fuera, lo escondí ahí detrás. Si metes uno de esos carros del supermercado en un bar no te servirán, te señalarán la puerta por la que has entrado. Ya ha pasado la Era de los Héroes, King, ya no es el tiempo de Orestes.

¡Agárralo y corre!

Fue la primera y única vez que le hablé con brusquedad.

Mal que bien cruzamos Ardeatina, los tres, y emprendimos una penosa marcha por el descampado. Parecía que estábamos luchando contra una ventisca, todos nuestros movimientos estaban ralentizados, como si ninguna acción llegara a su fin. No hacía frío. Las ráfagas de viento eran feroces y azotaban el polvo y la arena contra nuestras narices, contra nuestro pecho. Y aunque todavía había algo de luna, ninguno de ellos veía dónde ponía los pies, y el terreno estaba lleno de peligros. Ninguno de los dos podía llevar el carro, que continuamente se bloqueaba, daba bandazos, se caía.

Tendremos que abandonarlo, dijo Vico exhausto, vendremos a buscarlo por la mañana.

Si lo dejamos aquí, podría desaparecer, dijo Vica.

No, si lo recojo temprano, antes de que amanezca, antes de que se levante nadie. King y yo vendremos a buscarlo mañana.

La referencia a la mañana siguiente los tranquilizó, y dejaron allí el carro.

Agarraos a mí, y me puse entre los dos, Vica a mi izquierda y Vico a mi derecha.

Me agarraron y los conduje por un camino que sólo yo veía entre las zanjas, los vertederos, los taludes medio derruidos, los agujeros llenos de agua y los tubos de

rayos catódicos machacados. Tengo el don de ver caminos donde no los hay, caminos que nadie ha transitado. La mano de Vico, cálida y escamosa, descansaba en mi cuello; debía de transmitirle cierta confianza. Con una uña de sus manos hinchadas, Vica me rascaba de cuando en cuando detrás de la cabeza, como lo había hecho cuando estábamos echados en la calle.

Quise pararme para señalar el momento. Sintiendo sus manos sobre mí, me olvidé de mis miedos. Confiados en mi olfato, los dos pensaban que sabían a dónde íbamos. Tan breve fue la parada para marcar ese momento de confianza mutua que ninguno de los dos se dio cuenta. Un minuto después, Vica anunció, silbando, King nos está llevando a casa.

Cuando por fin llegamos al Pilón, no se veía la Excavadora por ningún lado. El operador hablaba con el oficial delante del jeep, y parecía que estaban discutiendo. Los agentes antidisturbios rodeaban el vehículo, aburridos con la espera. Uno de ellos se subió y barrió el abrigo con el reflector. Luego lo apagó, saltó con los pies juntos y midió la distancia que había saltado; así de aburrido estaba. El haz de luz reveló dónde estaba la Excavadora. Estaba aparcada al lado de la montaña de escombros y su mástil era más alto que ésta.

Corriendo, tropezándonos, los tres vimos al mismo tiempo lo que había sucedido. Había desaparecido la Cabaña. La Cabaña había sido desparramada, comprimida, hendida, aplanada y abandonada. Ni siquiera los bombardeos —y he visto unos cuantos— arrasan de esta forma, porque entonces la atroz destrucción baja del cielo en un instante. Aquí la aniquilación había sido lenta, a ciegas, a corta distancia.

Vica se tiró sobre los fragmentos de lo que había sido la Cabaña. Se arrastró de bruces y se le subió una pernera del pantalón. Bajo su pantorrilla regordeta vi un araño cubierto de sangre y oí cómo se rompía su corazón.

Tomad la letra V y rompedla así. Esto es lo que le sucedió.

Me senté a su lado. Vico asintió con la cabeza y dijo, Espera aquí. Luego se volvió y se dirigió lentamente hacia el jeep.

No la lamí ni la toqué. Sólo respiraba para que supiera que yo estaba allí. Bajo los somieres hundidos y retorcidos de las paredes y el poliestireno aplastado, distinguí dónde había estado la cocina de hierro. Sin moverme de su lado, busqué algún fragmento del tarro de los tesoros. Me temblaba el hocico. Creí haber visto un trocito de la goma roja.

Entonces oí la voz de Vico: Nos están barriendo de la tierra, no de la faz de la tierra, ésa ya la perdimos hace tiempo, del culo de la tierra. Somos su gran error. ¡Escúchame, King!

Lo vi alejarse. Todos los detalles de su persona se veían recortados, definidos, a la luz de los faros del jeep. Las mangas de la chaqueta le colgaban medio descosidas. Tenía el cabello blanco alborotado. Llevaba un brazo levantado como un hombre amenazando con un palo a alguien que huye...

A los errores se los odia más que a los enemigos. Los errores no se rinden como los enemigos. No existe un error derrotado. Los errores existen o no existen, y si existen, han de ser escondidos. Somos su gran error, King. Nunca lo olvides.

Ha cambiado su forma de andar; de pronto, deja de arrastrar los pies. Empieza a caminar con decisión, ligero, casi como si bailara. No se oía música y los hombros de su chaqueta estaban deformados y rotos. Le conté todo esto a Vica, y no sé si me oyó o me entendió.

El oficial había descubierto a Vico y con su mano enguantada le hizo una seña para que se acercara. Le pediría a este vejestorio, a este desecho humano, que se dirigiera por el megáfono a los otros, diciéndoles que salieran, como había hecho él con muy buen criterio. Comprobó la hora.

Tal vez era el resplandor de los faros lo que hacía difícil juzgar las distancias o el tiempo. Vico caminaba con paso decidido hacia el jeep, pero el tiempo que le estaba llevando recorrer esa distancia pareció larguísimo. Todo lo que le observaba notó este fenómeno. Todo tuvo la sensación de que no bien acababa de pasarlos, los montones de escombros y las piedras y los electrodomésticos destripados del vertedero se trasladaban espontáneamente y se volvían a poner delante de él.

Humare, King, la palabra latina para *enterrar*, está en desuso. La nueva palabra es demoler. Demoler, demolición, ni rastro. Demoler para que nada pueda ser visto. Como las estrellas que pintó Vica en la pared, que ya no se pueden ver.

Vica no se movió. Apoyó la cabeza en su espalda. Tenía arena en el cogote, ese cogote que solía sonreír, a pesar de ella, cuando algo le gustaba. Apreté cuanto pude la oreja contra su cuerpo, escuché. Oí el lejano latido de una Cabaña aplastada bajo la clavícula. No dio señales de ir a moverse. Los dedos hinchados de su mano izquierda estaban crispados, retorcidos. Metí mi hocico húmedo dentro de su mano.

King, ¿me oyes?

Me levanté como movido por un resorte, las patas tensas. El oficial le ofrecía el megáfono a Vico al tiempo que le decía, Por favor, dícales a sus compañeros que salgan.

Giambattista lo vio venir, King.

Corrí hacia Vico lo más rápido que había corrido nunca hacia él.

No tenía las palabras y no conocía el dolor, King. Se pasó la vida intentando

resolver el enigma de cómo había salido exactamente el hombre de la barbarie, qué etapas había pasado hasta llegar a donde había llegado. Eso era la Nueva Ciencia, como él llamaba a la historia. Vaticinó una segunda barbarie, King, mucho peor que la primera. En la primera, según él, había cierta generosidad. Qué extraño que utilizara esa palabra, verdad, y, sin embargo, es la que utiliza. Era generosa porque sólo afectaba a los sentidos del hombre. La segunda barbarie se implanta en el pensamiento mismo, lo que la hace mucho más vil y mucho más cruel. La segunda barbarie mata a los hombres y se lo lleva todo al tiempo que promete y habla de la libertad.

Queremos que lo recojan todo cuanto antes, dijo el oficial.

La cara minada de Vico permaneció impasible. Levantó la mano izquierda como si estuviera pasando una página. La derecha la tenía oculta a la espalda. Agarraba en ella su navaja de cachas de asta. Tras años de uso, la mano conoce la navaja y la navaja reconoce la mano. Con la misma impasibilidad en su rostro destrozado, Vico alzó la mano que tenía a la espalda y hundió puño y navaja en la dirección del vientre del oficial.

A veces sucede que los viejos hacen cosas que nadie más se atrevería a hacer.

Un momento después, Vico se desplomó y cayó de bruces en el suelo. La navaja, tirada a su lado, estaba manchada de sangre. No sé de quién. El oficial se frotó la rodilla, la rodilla de la pierna con la que había dado la patada que había derribado al viejo que era mi amo. De pie a su lado, un agente antidisturbios le apuntaba a la cabeza con la metralleta descolgada del hombro.

Vico sabía dónde estaba yo. Lo estaba observando entre las botas del agente. Vai da Vica, dijo.

Lo obedecí, y en el camino me encontré con Liberto y Malak acurrucados juntos al lado de la Excavadora.

Quítate de en medio, King, y rápido, y también tú, Malak.

Yo podría encenderla y tú la tiras.

Nunca. Si estás aquí me preocupo.

Yo sostendré la linterna, intentó persuadirlo ella.

Sólo son tres segundos y no hay tiempo para andarse preocupando. Hay que hacer un trabajo limpio, lo que significa que solo.

¿Qué quieres que haga?, preguntó ella.

Vuelve y espérame. Enseguida iré.

Ciao.

Espera, dame el mechero.

Liberto... no podría vivir sin ti.

Te daré un minuto, dijo él.

Vica no se había movido. Tenía los dedos retorcidos. Yacía boca abajo, como Vico.

Los dos besando el suelo, a doscientos metros uno del otro.

Cuando Liberto lanzó su bomba contra la Excavadora, sentí como si el aire fuera aspirado por las llamas e instantáneamente escupido. Fue un sollozo, un sollozo explosivo.

Empezaron a oírse voces a nuestro alrededor y era fácil distinguir unas de otras. No debería ser tan fácil distinguir al débil del fuerte. Los gritos que venían del abrigo eran ansiosos, desesperados, insistentes; los chillidos de los antidisturbios sonaban jubilosos y aliviados porque por fin se había acabado la espera, enseguida darían por concluida la misión y se irían a casa, a la cama, a echar un polvo, tal vez.

Vica no levantó la cabeza ni movió el cuerpo. Sólo sus manos hinchadas palparon el polvo junto a su hombro, como la mano de un durmiente rebusca a veces un pañuelo bajo el hatillo. Le lamí la pierna. Estaba fría, demasiado fría. Corrí al sitio de Jack en busca de una manta o algo con que taparla.

Jack se había levantado una fortaleza junto al montón de neumáticos. Había construido una torre con los más grandes —los de las ruedas traseras de los tractores—, uno sobre otro, y se había metido dentro, de modo que lo rodeaban. Cuando se agachaba, estaba totalmente protegido, invisible. De pie, podía apoyar el codo en el último neumático, apuntar y disparar. Ocho cartuchos —me dio tiempo a contarlos: tres rojos, para jabalíes, y cinco amarillos, para aves de caza— estaban colocados en fila en el neumático superior. Supongo que tenía la Panther cargada con dos cartuchos rojos.

Estaba de pie, con la escopeta cruzada sobre el pecho, los ojos tensos en la

inspección del terreno, alerta al menor movimiento. Giró lentamente sobre sí mismo, trazando una circunferencia completa, como un faro, dispuesto a defender su casa contra todo el que se acercara. Tardó como un minuto en completar el círculo.

Las atroces variedades, Agamenón, de un mismo destino.

¿Cuántos minutos estuve mirándolo? En un momento se colocó el gorro en la cabeza. Sin levantar el pulgar de la mano derecha del seguro del arma.

Antes de poder cerrar la boca, antes de sentirlo subir por el pecho, estaba aullando, la cabeza atrás, bajo las estrellas.

Sólo en otra vida se puede contar la historia de lo que sobrevive a la destrucción, de quien la sobrevive.

Fue el desamparo, la desolación y la irrevocabilidad de esta verdad lo que me hizo aullar.

¡Aquí, King, aquí!

¿Quién sobrevive, Barón, por qué? ¿Quién y por qué?

¿Qué pasa? ¿Dónde está tu Vica? ¿Dónde está su marido? ¿Así que os han largado, eh? Te lo avisé. Teníais que estar allí, por vuestros cojones teníais que estar si queríais defenderla.

Besó la escopeta sin sonreír.

Somos su error, dijo el perro.

¿Dónde está Vico? ¡Carajo! ¿Estás seguro?

El Barón y el perro se miraron. Luego el Barón volvió a inspeccionar el terreno.

Hay que tener cojones para hacer lo que hizo Vico, dijo por fin.

Su verdadero nombre es Gianni, le dijo el perro.

Ve a por ella, dijo el Barón, puede quedarse bajo mi techo, ve y tráela.

Sonó un disparo. De un rifle, hacia el cinturón del abrigo. El Barón guiñó los ojos e instantáneamente se puso la escopeta en el hombro. Sentíamos en la cara el viento del mar. Nada se movía entre las sombras del suelo. Apoyó el codo izquierdo sobre el neumático superior.

Respeto los reflejos de los viejos soldados. Lo que odio con toda el alma son los megáfonos.

Otro disparo, y esta vez sentimos un zumbido en los oídos, un sonido de propulsión, el ruido de algo imparables.

El Barón alzó los ojos al cielo, el cielo en el que, según Vico, no existía una constelación de La Mula ni nada por el estilo. Seguí la mirada del Barón y vi dos sucias

almohadas rajadas cuyo relleno salía en llamas y caía revoloteando. Un tercer disparo. Las almohadas eran del color del capote del ejército sueco.

Gases lacrimógenos, anunció Jack rápidamente.

El relleno de las almohadas estaba formando una nube.

Un trapo húmedo, me exhortó el Barón, átate un trapo húmedo a la nariz y la boca. Avísalos, King, avísalos rápidamente. No nailon, que usen algodón o lana, iy que estén húmedos!

El Barón se quitó el gorro, lo mojó en el agua que se había acumulado en uno de los neumáticos, lo cortó con una navaja por la coronilla y se lo metió de forma que le tapara la cara. Puede que nos ayude el viento, añadió, y el suelo está muy seco, así que los gases subirán enseguida, mantente abajo, lo más abajo que puedas, rápido, ve a avisarlos. Yo me ocuparé de la señora.

Conforme se alejaba, el perro le contó al Barón que la barbarie de hoy recorre el mundo arramblando con todo mientras promete y promete y habla de libertad.

Me mantuve en el borde de la nube. Todos oyeron mi aviso. El gas era tan siniestro como la Excavadora. El silencio del gas era tan siniestro como la lentitud de la Excavadora. Sigilosamente convertía el aire en un enemigo.

El veneno es perezoso. Empuja al cuerpo que ataca, lo empuja a la catástrofe. Opera de forma semejante a la desesperación. La desesperación también es un veneno. La fuerza descontrolada procede entonces de la víctima.

El cloro que contiene el gas tiene que entrar en contacto con la humedad, con el agua, a fin de producir cloruro sódico. Así que los ojos húmedos de Anna cuando se asomó a la puerta de la caseta no hicieron sino colaborar en su ceguera; al sentir un escozor como si le estuvieran clavando agujijones en los globos oculares, empezó a frotárselos furiosamente con los puños, con lo que el cloruro sódico penetró aún más, hasta atacar las trompas de Eustaquio. Tras lo cual el dolor le hizo doblar las rodillas y salió a gatas de la caseta y así se dirigió hacia el cuello del abrigo, donde la nube parecía menos densa.

Viendo a la anciana que me había suplicado que me quedara con ella y recordando el megáfono y empezando a sentir en mis propios ojos el insoportable picor, quería preguntarle a Vico si la pereza no sería la madre y el padre de toda cobardía. Vico se creía cobarde y no lo era. Corrí por la oscuridad ladrando su nombre: ¡Vico! ¡Vico! En algunos sitios el viento se arremolinaba en el gas ponzoñoso y lo rasgaba en sucios velos que subían a la deriva. ¡Vico! Entonces, amortiguada pero diáfana, oí su voz, su voz de terciopelo en el aire envenenado: I ricorsi, King! I ricorsi!

En algunos sitios el viento plegaba el gas, haciéndolo más fino aquí y más denso allá, y en uno de los claros me pareció reconocer el bolsillo derecho del abrigo, salvo que la chabola de Joachim había desaparecido. Había desaparecido la lona de poliamida del tamaño de un elefante. Ya no estaba el letrero de PROHIBIDO ENTRAR EN LA OBRA SIN CASCO que Joachim había clavado de broma en el suelo. Sólo había una puerta cuidadosamente dejada en el suelo y una ventana encima de ella. La casa había desaparecido, pero no se veían huellas de la Excavadora. La Excavadora deja huellas.

El viento volvió a plegar el gas y vi unas cosas apiladas. La lona de poliamida enrollada y atada con un nudo marinero, una bombona de gas, dos cubos de plástico, la cafetera más pequeña del mercado, la radio de la que Joachim estaba tan orgulloso, y un cochecito de niño de los que tienen cuatro ruedas. Al lado, el hombre se arrastra a cuatro patas con Catastrophe metida en la chupa. Este gigante de hombre a gatas en el suelo eructaba como un niño que no sabe vomitar.

Los gases lacrimógenos contienen un elemento constrictor. La sal del ácido nítrico irrita la tráquea, que intenta cerrarse, de la laringe a los bronquios, provocando una pavorosa sensación de ahogo. Como era un gigante, el cuerpo de

Joachim reaccionaba de una forma particularmente violenta. No tenía ni idea de dónde estaba. Tiré de él y lo conduje hasta el cuello. Más o menos a ciegas conseguimos llegar a donde se podía respirar un poco mejor. Nos echamos sobre la tierra.

Oímos el megáfono a lo lejos, en la oscuridad: Dispérsense hacia la M-1000, allí no hay gases y serán conducidos al transporte que les espera. No se demoren más. Se lo pedimos en su propio...

El mensaje se interrumpió porque el Barón había disparado uno de los cartuchos para jabalíes. Tras un minuto de silencio total, el megáfono vociferó, Os lo habéis buscado.

Ésa es la frase que por lo general suele preceder a la tortura, a la violación o al asesinato. Hasta ahí llegaba. En esta ocasión anunciaba la última fase de una torpe operación de desalojo de chabolistas ilegales de un suelo que había sido comprado para la especulación inmobiliaria. Todavía olía a azufre y amoníaco. Me pregunté dónde podría llevar al gigante, que seguía ciego y dando voces desesperado de dolor. Me vino la idea como si de pronto hubiera olido un rastro. Lo llevaría al Boeing. No estaba a más de trescientos metros. Tendríamos que rodear numerosas nubes de gas, densas, visibles, y yo lo conduciría. Llegado un momento le dije que se montara en mí como si yo fuera una mula. Y él se montó y los pies le arrastraban por el suelo, y yo tuve la fuerza necesaria para llevarlo.

De entre una nube de gas salió dando tumbos Saul, con los brazos por delante para no tropezar con el demonio y la cara cubierta de sangre. Los dos tuvieron la prudencia de no abrir la boca. Me miraron y tenían los ojos jodidos. El Boeing se encontraba en dirección al mar, de donde venía el viento, y estaba en una hondonada, así que perseveré en mi intento porque al estar el suelo muy seco los gases subirían. Normalmente habría dudado mucho. Esta noche, el dolor del gigante y del matarife jubilado me era tan cercano que no quedaba lugar para las dudas. Si los hubiera dejado donde estaban habrían sobrevivido. Sin embargo, se me ocurrió vagamente la extraña idea de que si lográbamos alcanzar el Boeing iríamos a un lugar mejor.

Apresuramos el paso y alcanzamos a Alfonso, que tenía la cara cubierta con el sombrero y la funda de la guitarra a la espalda. El gigante me desmontó y el cantante lo agarró. Nadie dijo una palabra. Los tres hombres que yo estaba guiando iban tan silenciosos como invisibles son las sombras en la oscuridad.

De no haber ido yo guiándolos, se habrían tropezado con Anna, que estaba tirada en el suelo con su abrigo negro puesto.

No es momento para morir, y le mordisqueé la oreja.

Voy a matar a alguien, dijo casi sin resuello.

¡Levántate!, le ordené.

Quiero estrangular a alguien, dijo.

No le conté lo de Vico. La empujé con el resto.

Por fin llegamos al Boeing. De común acuerdo, por un instinto de supervivencia, los cuatro se deslizaron de culo por el desnivel. Abajo el aire estaba limpio y la oscuridad era total. Las nubes ocultaban la luna. Malak y Liberto habían tenido la misma idea y ya estaban instalados. No se habían quitado los trapos que se habían puesto de mascarilla siguiendo las instrucciones del Barón. Nadie habló. No porque tuvieran que cuidarse del aire, sino porque cuando se ha perdido todo, el tiempo se detiene y para hablar es necesario el tiempo.

El tiempo se había detenido para mí, por eso me quedé allí tirado resoplando en lugar de ir a buscar a Vica enseguida. Y de nuevo se me ocurrió vagamente la

extraña idea de que todos, Vica incluida, podríamos ir a un lugar mejor.

¿Está alguno de vosotros ahí en el Boeing 747? Era la voz de Danny, desde arriba.

Sí, dijo Malak.

Danny encendió su mechero y bajó el talud casi a tuestas. Tenía buen aspecto y debía de haberse librado de los gases.

¿Sabéis aquel del que...? Preguntó.

Silencio.

¿No lo sabéis ninguno?

Se echó al lado de los otros, que también estaban tirados cuan largos eran.

Un hombre se acerca a otro que está al volante de un coche parado en el semáforo, y muy agitado le dice, Oiga, señor, ¡la rueda de atrás pierde! ¿Seguro?, pregunta el del coche. Sí, contesta el hombre. La de delante gana.

¿Has visto tu sitio?, le preguntó Liberto.

Sí, sí que lo he visto.

Ésta fue la última palabra pronunciada. Los siete esperaron, ocultos en el Boeing, tirados en la tierra. No sé por qué esperaban. La oscuridad era total. La Excavadora Estimado Señor había llevado a cabo más de la mitad de su cometido. Los antidisturbios no tardarían en empezar a buscarlos. Había un autobús aparcado en las proximidades que los alejaría de allí y los separaría. Les ardían los ojos. Esperaron porque no sabían adónde ir. Respiraban con facilidad ahora. Suspiraron tranquilizados. En un suspiro no sabrían adónde ir. Por eso esperaban.

Se sabían acompañados, y en el Boeing esto era mejor que estar solo. No sabían adónde ir. Anna echó un sonoro escupitajo. Joachim empezó a toser. Danny se puso a temblar, dando diente con diente. Malak le echó su pañoleta sobre los hombros. Saul se aclaró la garganta varias veces como si estuviera a punto de hablar. La tos de Joachim se fue haciendo más y más seca, como un ladrido. Esto me hizo ladrar.

Un ladrido es una voz que se escapa de una botella diciendo, Aquí estoy. La botella es silencio. Roto el silencio, el ladrido anuncia, Aquí estoy.

La tos de Joachim volvió a ladrar. Alfonso ladró. El ladrido de otro te pincha en las orejas, te presiona en la lengua y fuerza a las mandíbulas a abrirse para responder: ¡Aquí estoy! Saul ladró, vomitando el gas diabólico que había tragado. Malak ladró, girando el anillo en su dedo. No sabían adónde ir. Eran como yo. Liberto ladró. Eran como yo.

Pasado un rato te olvidas de que estás ladrando, y cuando sucede esto oyes a los otros, oyes el coro de ladridos y, aunque ninguno ha cambiado y todos son claros y concretos, tan concretos que pueden romperte el corazón, el coro dice algo diferente, dice, ¡Aquí estamos!, y este *Aquí estamos* golpea un recuerdo casi muerto, y lo hace revivir como las cenizas apagadas de una hoguera que vuelven a encenderse gracias a una ráfaga de viento nocturno, y el recuerdo es de la jauría, del miedo, del bosque y de la comida.

Ladraban echados en la hondonada y yo escuché los nombres de los ladridos: Danny el terrier, Joachim, Saul, Malak, Anna, Alfonso, Liberto el lulú de Pomerania. Acurrucados en el erial polvoriento del Boeing no tenían nada, como nada tenía yo. Éramos iguales y todos ladrábamos.

Siendo como era la primera vez, pareció que lo mejor era que yo los guiara y marcara el paso. La luna estaba oculta tras jirones de nubes invisibles, y la noche era muy oscura. Me siguieron porque estaban muy juntos, tocándose, hocicos contra ijadas, las colas rozando las orejas, una estela de polvo en la oscuridad que dejábamos atrás. Me siguieron.

Salimos trepando del Boeing, y me dirigí hacia el cuello del abrigo en busca de Jack y de Vica. Los dos debían de habernos oído llamarlos mucho antes de que llegáramos, porque ya estaban preparados junto al montón de neumáticos, esperando.

Vica, xolo colosal de la Sierra Madre, con tu hocico de trufa y tus párpados tirantes, ven y corre a mi lado, eran los xolos los que conducían a los aztecas muertos, amor mío, hasta la otra vida.

Una jauría de perros salvajes, corriendo y ladrando de madrugada en el extrarradio de una gran ciudad, acobarda a cualquiera. Una sola ráfaga de metralleta sería suficiente para despacharlos y dejar a la mayoría agonizante, gimiendo en el suelo. Pero el recuerdo ancestral de la aparición es tan profundo que el agente antidisturbios se olvida de que tiene una metralleta.

Para cuando lo recuerda y se la descuelga del hombro, Corina y Vico se han reunido con nosotros y hemos girado hacia el este, de modo que el agente abrió fuego a ciegas contra una oscuridad en la que no había nadie ni nada.

Vico, nuestro pequeño cazador.

Corina, flaca como un crápula que no come, Corina que de joven cuando se picaba heroína nunca comía, Corina, la afgana de hocico más largo, levantado al corner, como si estuviera sonriendo en lugar de esnifando pegamento.

Jack el Gran Danés.

Los llevaba hacia el mar por el atajo. Íbamos lentos, a medio galope. Ya no corríamos peligro. El ritmo de sus patas golpeando la tierra al unísono aliviaba su fatiga. Incluso los viejos pueden bailar toda la noche al ritmo de su propia música.

Sus patas de diferentes tamaños, sus delicadas canillas, sus codos, impelidos baldío tras baldío, y con cada zancada el salto en el aire era un poco más confiado y el contacto con la tierra un poco más breve, de modo que el aire se transformó en una música que los transportaba. El cielo era tan oscuro que yacía mejilla con mejilla con la escoria y la chatarra; la oscuridad posó sus manos en su testuz y sus ijares, y la jauría perdió el recuerdo de su sufrimiento y sólo oyó el latido de su furia y de su apetito.

Llevábamos la lengua fuera para soltar la sal del sudor.

Creí todo esto hasta que llegamos al río y al puente cubierto de hierba desde el que todo se desliza hacia el mar. Desde lo alto de este puente miré atrás por primera vez y vi que nadie me seguía. Había huido solo del Boeing.

Liberto, Malak, Jack, Corina, Danny, Anna, Joachim, Saul, Alfonso, Vica y Vico, el cazador, siguen cobijados en lo que queda del abrigo.

La duplicidad de las palabras. No, tengo que volver a corregirme. Una de cada

tres sale del corazón.

Éstas las encontré en el suelo de mármol junto a la pila de agua bendita de la iglesia de Santa María, en el cerro:

De porcelana la pila del agua bendita

y sobre la pila de porcelana

los brazos abiertos

un Cristo de porcelana

del tamaño de un dedo

y el pincel azul del creador

le sombrea en el manto

el perfil izquierdo

oscuro como la sangre

como la oración azul

Estoy echado en la hierba al otro lado del río y no sé si es muy tarde.

Tú, Vica, tú, amor mío, eras azul como una oración.

No hay brazos en los que dejarse caer.

ESTA HISTORIA
HA SIDO ESCRITAS POR
JOHN BERGER
QUIEN QUIERE
AGRADECER LA AYUDA,
EL ANIMO Y LA CONFIANZA
QUE LE HAN DEMOSTRADO
ALINE, ANDERS, ANDRE,
ANNE, BEVERLY, ERICA,
GHISLAINE, GIANNI, GIOVANI,
HANS, HERVE, JANA, JEAN-JACQUES,
JUAN, KATYA, LATIFE, LILO,
MARC, MARÍA, MARISA,
MARTIN, MICHAEL, MIQUEL,
NELLA, NIKOS, PILAR, RICCARDO,
ROBERT; RONALD, ROSTIA,
SANDRA, SIMON, TIM
WITEK, YVES, YVONNE

Biografía

John Berger (Londres, 1926) se formó como pintor en la Central School of Arts. Además de un gran escritor —con G. obtuvo en 1972 el prestigioso Premio Booker—, es uno de los pensadores más influyentes de los últimos cincuenta años. Autor de novelas, ensayos, obras de teatro, películas, colaboraciones fotográficas y *performances*, ninguna manifestación artística se ha escapado a su talento. Sus ensayos y artículos revolucionaron la manera de entender las Bellas Artes, y su compromiso con el campesinado europeo en la trilogía «De sus fatigas», compuesta por *Puerca tierra*, *Una vez en Europa* y *Lila y Flag*, es ya un modelo de empatía y lucidez. Alfaguara también ha publicado *Hacia la boda*, *Un pintor de hoy*, *Aquí nos vemos*, *Fotocopias*, *King*, *Un hombre afortunado*, *De A para X* y *Con la esperanza entre los dientes*.